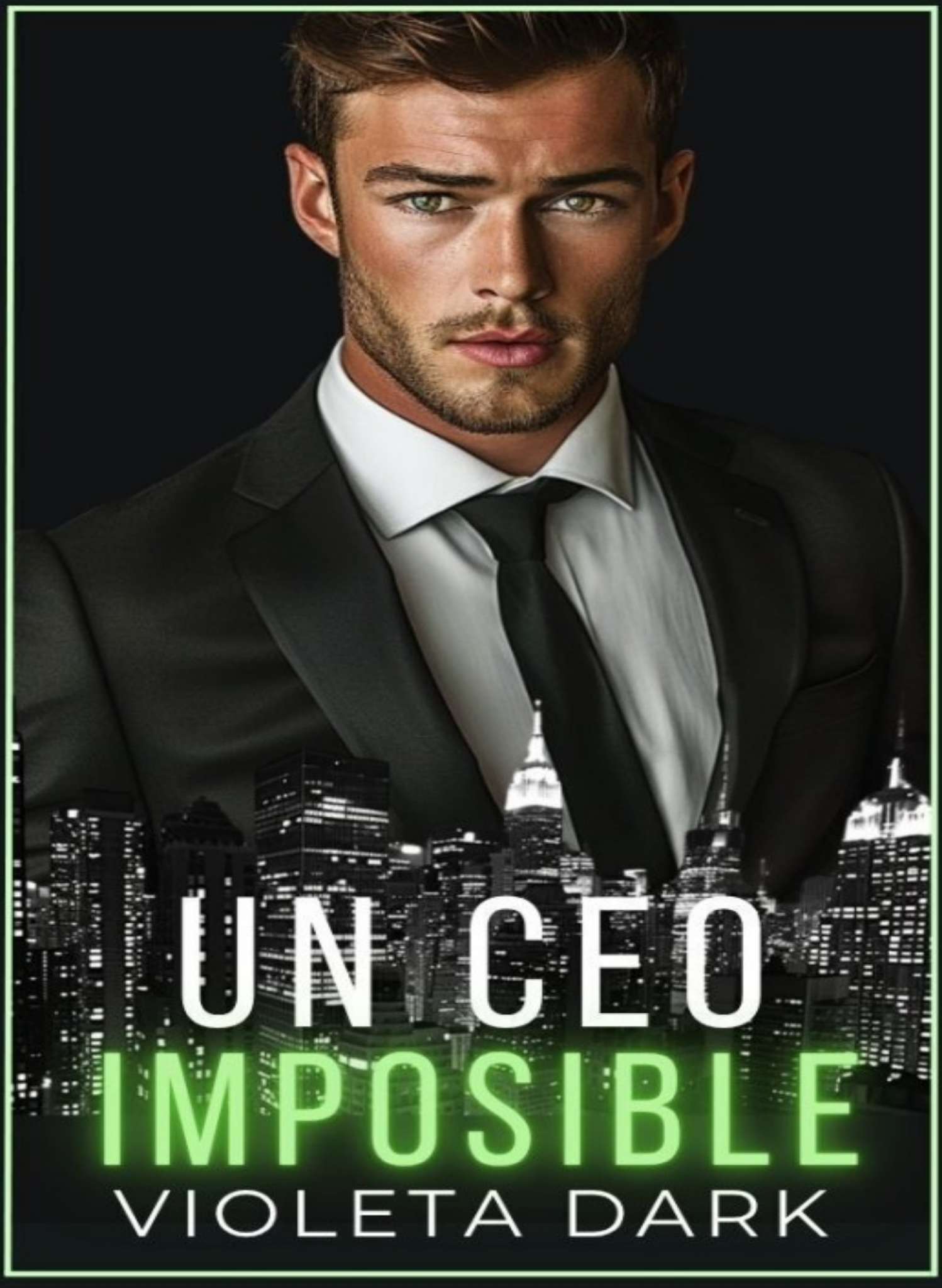

UN CEO
IMPOSIBLE
VIOLETA DARK

UN CEO IMPOSIBLE

SERIE LOS HALCONES DE WALL STREET
LIBRO 3

VIOLETA DARK

© 2026 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Jax y Elsie

¡Únete al **club DARK** y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

RONAN

El silencio de mi apartamento me recibe como siempre cuando llego: absoluto, predecible, perfecto.

Son las siete y veinticinco de la tarde de un miércoles cualquiera, y acabo de terminar de trabajar después de doce horas analizando proyecciones financieras que harían llorar a la mayoría de la gente. Pero no a mí. Los números siempre me han encantado. Los números tienen sentido. Son lógicos. Predecibles.

A diferencia de las personas.

Dejo el maletín junto a la puerta, me quito la americana del traje y la cuelgo en el armario del recibidor. La corbata es la siguiente. Luego los gemelos. Coloco cada objeto en su sitio exacto. Cada acción que realizo es parte de una rutina que llevo perfeccionando durante años.

El control es lo único que me mantiene cuerdo.

Voy al dormitorio y saco la ropa de correr del cajón donde siempre está: pantalones técnicos negros, camiseta de compresión, calcetines sin costuras que no rozan. Las zapatillas esperan junto a la puerta, limpias, con exactamente doscientos kilómetros de uso antes de necesitar un reemplazo.

Corro todos los días. Sin excepciones. Diez kilómetros. Siempre hago el mismo recorrido. Es lo único que silencia el ruido constante de mi cabeza que nunca deja de calcular, proyectar, analizar.

Cuando corro, finalmente hay paz.

Me cambio con movimientos automáticos, y mientras lo hago, mi cerebro hace esa cosa irritante que lleva haciendo durante nueve años.

Piensa en ella.

En Skylar Banks.

Su imagen aparece sin invitación, como siempre, trayendo consigo una cascada de pensamientos que he intentado bloquear mil veces y que siempre encuentran la forma de filtrarse.

Me siento en el borde de la cama para atarme las zapatillas, y dejo que los pensamientos vengan. Es más fácil que luchar contra ellos.

He construido mi vida sobre el control absoluto. No me permito sentir nada demasiado fuerte. Sí, siento ambición. Sí, amo a mis hermanos. Pero nada más allá de eso. He aprendido a controlar hasta mis instintos más básicos. El sexo, por ejemplo. Solo me acuesto una vez cada tres meses. Siempre mediante una agencia. Siempre con una mujer diferente. Sin nombres. Sin repetir. Es una necesidad fisiológica, nada más. Como comer o dormir.

No quiero relaciones. No las necesito. No las voy a tener.

Si hubiera querido algo así en mi vida, ya lo tendría.

O por lo menos hubiera intentado tenerlo.

Cuando tenía veintiún años y estudiaba en Columbia, conocí a la mujer perfecta. Y la mantuve a distancia. Deliberadamente. Dolorosamente.

Skylar Banks.

Ella era la que insistía en acercarse a mí. Se encargaba de iluminar todo con esa dulzura que parecía inagotable. De hablarme como si fuera una persona normal y no un genio antisocial que prefería los números a las personas. De sonreír de esa forma que hacía que algo en mi pecho —algo que creía muerto— intentara despertar.

Y yo la mantenía a distancia. Siempre.

Porque desde la primera vez que la vi, supe algo con una claridad que me aterrorizó: Skylar Banks había venido al mundo para dar amor. Amor puro, incondicional, del tipo que la mayoría de la gente solo lee en los libros. Quizás por eso terminó siendo asistente social. Porque necesitaba un canal para entregar toda esa capacidad de amar que le desbordaba.

Y yo… yo ya estaba jodido de serie. Por todo lo que viví en mi casa. Por mis padres que eligieron las drogas antes que a sus hijos

una y otra vez. Por todos los años que pasé aprendiendo que amar es sinónimo de sufrir.

Incluso si no hubiera estado roto, no sé si habría sido capaz de darle lo que ella necesitaba. Nadie tiene tanto amor como para estar a la altura de Skylar Banks. Nadie tiene suficiente calidez, suficiente pasión, suficiente… luz.

Y definitivamente no yo.

Que soy todo oscuridad y control y emociones congeladas.

Termino de atarme las zapatillas, sintiendo ese peso familiar en el pecho que aparece cada vez que pienso en ella.

Pero sigo haciéndolo.

Porque, aunque la alejé hace nueve años, aunque nunca le permití acercarse de verdad, no puedo dejar de saber de ella. Cada lunes recibo un informe de un investigador privado. Sé dónde vive. Dónde trabaja. Qué hace. Con quién sale.

Es enfermizo. Lo sé.

Pero no puedo parar.

Necesito saber que está bien. Que es feliz. Que su vida es todo lo que merece, incluso si yo no puedo estar en ella.

El intercomunicador suena, interrumpiendo mis pensamientos.

Frunzo el ceño. Nadie viene sin avisar. Nunca.

Me acerco y presiono el botón.

—¿Sí?

—Señor Hawke, discúlpeme. —Es Marcus, el portero, y su voz suena tensa—. Hay una mujer aquí abajo. Muy alterada. Dice que necesita verle urgentemente.

—No tengo citas esta noche.

—Lo sé, señor, pero… —Hace una pausa, y puedo escuchar voces de fondo—. Creo que debería bajar. Por favor.

Hay algo en su tono. Una preocupación real que hace que dude.

Marcus lleva quince años trabajando en este edificio. No me pediría esto sin una razón.

—Bajo en dos minutos.

El ascensor desciende con suavidad silenciosa, y uso esos segundos para preparar mi rechazo educado a lo que sea que esta mujer quiera.

Probablemente dinero. O una oportunidad de inversión. O quizás sea de alguna organización benéfica buscando donaciones.

Las puertas se abren en el vestíbulo.

Y veo algo que no esperaba.

Una mujer de unos veintitantos años, rubia, con la ropa arrugada y aspecto de no haber dormido en días. Está de pie junto a Marcus con las manos retorcidas y los ojos rojos.

Y a sus pies, en el suelo de mármol frío, hay un portabebés.

Con un bebé dentro.

Durmiendo.

Me detengo a tres metros, procesando la imagen con la misma lógica que uso para analizar balances financieros.

Mujer alterada + bebé = situación que no me concierne.

—Señor Hawke —dice ella, con la voz temblando.

—Sí.

—Puede que no te acuerdes de mí. —Da un paso adelante, y puedo ver cómo las lágrimas empiezan a acumularse en sus ojos—. Pero estuvimos juntos hace más o menos un año. Trabajo para… una agencia.

Algo frío se instala en mi estómago.

La miro con más atención. Es rubia. De complexión media. ¿Junio del año pasado? ¿O fue marzo?

No lo sé. Nunca me fijo. Son todas iguales. Anónimas. Funcionales.

—Este bebé es tuyo —dice entonces, y las palabras caen entre nosotros como cristales rotos—. Y yo no puedo hacerme cargo de él. Lo siento. Me ha costado mucho tiempo encontrarte.

Me quedo paralizado.

A pesar de que el mundo continua sin mí. El vestíbulo sigue igual. Marcus sigue ahí. La ciudad sigue rugiendo afuera.

Pero algo dentro de mí se congela completamente.

—Eso es imposible —digo, y mi voz sale más fría de lo que pretendía—. Siempre uso protección.

—Los preservativos fallan. —Su voz se quiebra—. Y este bebé es tuyo. Lo siento. Lo siento mucho. Pero yo no… no puedo…

Y antes de que pueda procesar lo que está pasando, antes de que pueda decir nada más, se gira y corre hacia la puerta.

—¡Espere! —Marcus sale tras ella, pero está muy motivada a largarse.

Desaparece entre la gente de Manhattan como si nunca hubiera estado aquí.

Y yo sigo sin poder reaccionar.

El portabebés sigue en el suelo.

Con el bebé dentro.

Durmiendo pacíficamente, completamente ajeno al hecho de que acaba de ser abandonado en el vestíbulo de un edificio de lujo por una madre desesperada. Frente a un hombre que no está preparado para atenderlo.

Marcus vuelve sin aliento.

—Se ha ido. Lo siento, señor Hawke. Voy a llamar a la policía…

—No.

La palabra sale automática, sorprendiéndome incluso a mí.

Me acerco al portabebés con pasos que parecen pertenecer a otra persona. Me agacho. Miro dentro.

Es una niña. Eso creo. Lleva un pelele rosa, así que probablemente sea una niña. Es tan pequeña que parece imposible que sea real. Tiene el puño cerrado junto a la mejilla. Los labios fruncidos. La respiración es tan suave que tengo que inclinarme para asegurarme de que está viva.

Algo extraño se retuerce en mi pecho. Algo que no reconozco porque llevo años sin sentirlo.

¿Miedo? ¿Pánico? ¿Algo más?

No lo sé.

—¿Señor? —Marcus está a mi lado, claramente esperando instrucciones—. ¿Llamo a los servicios sociales?

Las palabras activan algo en mi cerebro.

Servicios sociales.

Skylar.

Skylar trabaja en servicios sociales. Está especializada en niños. En situaciones exactamente como esta. Bebés abandonados. Madres desesperadas. Casos imposibles que requieren a alguien que sepa no solo de leyes, sino de cómo cuidar.

Y si hay algo que Skylar sabe hacer, es cuidar. Dar amor.

Llevo nueve años evitándola. Nueve años recibiendo informes sobre su vida como un acosador patético que no puede soltar lo que nunca tuvo.

Porque acercarme a Skylar Banks es peligroso.

Siempre lo ha sido.

Pero ahora, mirando a esta criatura diminuta que quizás lleve mi sangre, sé que no tengo otra opción.

Voy a tener que llamarla.

Voy a tener que verla.

Después de todo este tiempo.

Cojo el portabebés con manos que sorprendentemente no tiemblan, y me levanto.

—No llame a nadie todavía, Marcus. Necesito… procesar esto primero.

—¿Está seguro, señor?

—No. Pero lo haré de todas formas.

Camino hacia el ascensor con el bebé, sintiendo cómo cada paso me aleja más de la vida perfectamente controlada que tenía hace diez minutos.

Las puertas se cierran.

El ascensor sube.

Y lo único en lo que puedo pensar es en un nombre que llevo evitando durante nueve años.

Skylar.

Si alguien sabe lo que tengo que hacer con un bebé abandonado, es ella.

El problema es que verla significa enfrentarme a todo lo que llevo negándome desde hace nueve años.

Y no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a eso.

CAPÍTULO 1

SKYLAR

Voy a matar a mi compañera.

En serio. Voy a matarla.

Chloe me juró —me *juró*— que Chad era encantador. «Súper interesante», dijo. «Es un tío con la cabeza bien amueblada». «Te va a encantar, Sky».

Mentira. Todo mentira.

Porque Chad —sí, se llama Chad, como si el universo hubiera decidido ponerle un nombre que gritara «soy un capullo»— lleva exactamente cuarenta y tres minutos hablando de sí mismo sin parar.

Cuarenta. Y. Tres. Minutos.

Lo sé porque he mirado el reloj. Varias veces. De forma nada disimulada.

Y él no se ha dado cuenta. Porque está demasiado ocupado explicándome, con pelos y señales, cómo cerró un trato millonario la semana pasada que «cambió las reglas del juego en el sector inmobiliario de Manhattan».

Sus palabras. No las mías.

Estamos sentados en un restaurante italiano en el Upper East Side que es bonito, eso tengo que admitirlo. Tiene las luces tenues, velas en las mesas, es el tipo de sitio donde la gente viene a enamorarse o a fingir que lo está.

Yo no estoy haciendo ninguna de las dos cosas.

Estoy contando los segundos hasta que pueda largarme de aquí sin parecer una completa borde.

—...y entonces le dije al cliente: «O aceptas mi oferta o te vas a arrepentir el resto de tu vida» —Chad se ríe de su propia historia,

mostrando unos dientes blanquísimos que probablemente le han costado una fortuna—. Y ¿sabes qué pasó?

—¿Aceptó? —aventuro, removiendo la pasta que apenas he probado.

—¡Exacto! —Se inclina hacia delante como si acabara de decir algo brillante—. Porque soy bueno en lo que hago, Skylar. Muy bueno.

Ajá.

Creo que voy a vomitar. Solo rezo porque eso no haya sido una insinuación sexual, porque antes prefiero morir de forma lenta y dolorosa que estar a menos de un kilómetro de una cama a su lado.

Pero, por supuesto, no puedo decirle eso.

Así que, asiento. Sonrío. Hago un gesto con la cabeza que espero que parezca impresionado pero que probablemente solo parece cansado.

Porque lo estoy.

Estoy cansada de esto. De las citas que mi compañera Chloe me organiza con «hombres maravillosos» que resultan ser todo menos maravillosos. De fingir interés en conversaciones que me importan cero. De seguir buscando algo que sé —con una certeza dolorosa que me acompaña desde hace nueve años— que no voy a encontrar.

Porque ya lo encontré una vez.

Y me rechazó.

El pensamiento llega sin invitación, como siempre, trayendo consigo esa presión familiar en el pecho que nunca termina de irse del todo.

Ronan Hawke.

Ni siquiera debería estar pensando en él. No después de tanto tiempo. No cuando está sentado frente a mí un hombre que técnicamente cumple todos los requisitos para gustarme: guapo, exitoso, interesado.

Pero no es él.

Y ese es el problema.

Ninguno es él.

Chad sigue hablando —está diciendo algo sobre una casa en los Hamptons ahora— y yo finjo que lo escucho mientras mi cerebro

hace esa cosa patética que lleva haciendo durante años.

Comparar.

Chad es rubio. Ronan tenía el pelo negro.

Chad gesticula constantemente. Ronan apenas se movía, como si cada gesto fuera calculado.

Chad llena todos los silencios con palabras vacías. Ronan dejaba que los silencios existieran, cómodo en ellos de una forma que me fascinaba y me frustraba a partes iguales.

Es ridículo. Lo sé.

Han pasado nueve años desde la última vez que hablé con Ronan Hawke. Nueve años desde que me dejó claro —con esa gentileza dolorosa que fue peor que cualquier crueldad— que no me quería cerca. Que era una distracción.

Y aquí estoy. Comparando a cada hombre que conozco con un recuerdo. Con un fantasma. Con alguien que probablemente ni siquiera se acuerda de mi nombre.

Aunque yo me acuerde de él casi cada día.

He visto su nombre en las noticias. En artículos sobre Hawke Capital, la empresa de inversión que dirige junto a sus hermanos. En fotografías de eventos benéficos donde siempre aparece con un traje impecable y una expresión que no revela absolutamente nada.

Sigue siendo guapo. Más incluso que en la universidad, si eso es posible. Como si los años le hubieran dado un barniz de poder que lo hace todavía más inalcanzable. Más masculino.

No es que lo siga en redes sociales ni nada así.

Solo… leo las noticias. Es lo que hace la gente normal.

La gente normal que definitivamente no está obsesionada con un hombre que la rechazó hace casi una década.

—Skylar, ¿me estás escuchando?

La voz de Chad me devuelve al presente de golpe.

Parpadeo. Me obligo a sonreír.

—Perdona. Me he distraído un segundo.

—Te preguntaba si querías otra cosa de comer —dice, y hay algo en su tono que me hace pensar que no es la primera vez que lo pregunta.

—Ah. —Miro mi plato, donde la pasta se ha quedado fría—. No, gracias. Estoy llena.

No es verdad. Apenas he comido. Pero la idea de alargar esta cita un minuto más me resulta insoportable.

Chad chasquea los dedos —literalmente chasquea los dedos— para llamar al camarero.

Y algo dentro de mí se rompe.

No puedo hacer esto. No puedo seguir sonriendo y asintiendo y fingiendo que esto es aceptable. Que él es aceptable.

—Perdona —me levanto antes de pensármelo dos veces, cogiendo el bolso—. Necesito ir al baño.

—Claro. —Chad ni siquiera levanta la vista de su teléfono, donde probablemente está revisando sus propias publicaciones en redes sociales—. Te espero aquí. Luego podemos hablar de dónde quieres ir cuando acabemos de cenar.

Ni de broma.

Camino hacia los baños con pasos que son demasiado rápidos para parecer casuales, pero me da igual. El corazón me late con fuerza contra las costillas y tengo un nudo en la garganta que me avisa de que estoy a punto de hacer algo impulsivo.

Pero es que no puedo más.

No puedo seguir haciendo esto. Aceptando citas con hombres que no me interesan porque mi compañera insiste en que «necesito salir más» y «darle una oportunidad al amor».

Como si no le hubiera dado ya una oportunidad.

Como si no hubiera pasado meses en la universidad intentando que Ronan Hawke me viera. Me eligiera. Me dejara entrar en ese mundo frío y controlado donde vivía.

Y fracasé.

Entro en el baño con tanto impulso que la puerta se abre con más fuerza de la que pretendía. Por suerte está vacío. Me apoyo contra el lavabo, mirándome en el espejo.

Llevo un traje azul cielo que Chloe me obligó a comprar para esta cita. «Te hace parecer dulce», dijo. Como si necesitara ayuda con eso. Todo el mundo siempre me ha dicho que soy dulce. La chica que ilumina las habitaciones.

Excepto la única habitación que quería iluminar.

La de él.

Cojo el móvil con manos que me tiemblan ligeramente y busco el contacto de Chloe. Marco. Espero.

—Hola, preciosa. —Su voz suena alegre, claramente espera que le dé buenas noticias—. ¿Cómo va la cita con Chad? ¿A que es encantador?

—Chloe. —Respiro hondo, intentando que mi voz no suene tan desesperada como me siento—. Está siendo horrible. Necesito que me hagas un favor si no quieres que me muera.

—Oh no. —Puedo escuchar cómo su tono cambia, pasando de alegre a preocupado en un segundo—. ¿Tan mal está yendo?

—Peor. —Me paso una mano por el pelo, deshaciendo el peinado que tardé veinte minutos en hacerme esta tarde—. Lleva casi una hora hablando de sí mismo sin parar. Ha chasqueado los dedos al camarero. *Chasqueado los dedos*, Chloe.

—Ay, no.

—Sí. —Siento cómo algo en mi pecho se afloja al poder decirlo en voz alta—. Así que necesito que me llames en exactamente diez minutos, Chloe. Invéntate una emergencia. Lo que sea. Pero sácame de aquí. No pienso ir con él a ningún sitio después.

Hay una pausa al otro lado de la línea.

—¿Estás segura? —pregunta, y su voz ha perdido toda la alegría —. Había pensado que esta vez …

—Esta vez qué. —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía—. ¿Que finalmente conocería a alguien que me hiciera olvidar a Ronan Hawke?

El silencio que sigue es ensordecedor.

—Sky…

—No. —Cierro los ojos, sintiendo cómo el cansancio de años me cae encima de golpe—. Perdona. No quería hablarte así. Solo llámame en diez minutos, por favor. Te lo suplico.

—Está bien. —Su voz es suave ahora, con esa ternura que me recuerda por qué le sigo haciendo caso—. Te llamo en diez minutos. Lo prometo.

—Gracias.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. Antes de que podamos tener la conversación que yo sigo evitando.

La conversación sobre por qué sigo comparando a todos los hombres con uno que me rechazó hace casi una década. Sobre por qué leo artículos sobre Hawke Capital como si fueran novelas románticas. Sobre por qué la simple mención de su nombre hace que algo en mi pecho se contraiga dolorosamente.

Han pasado nueve años.

Nueve años desde aquella tarde en la biblioteca cuando finalmente reuní el coraje para decirle lo que sentía. Cuando le pregunté si quería tomar un café. De verdad. No en la cafetería del campus rodeados de gente, sino algo real.

Y él me miró con esos ojos grises que nunca revelaban nada y dijo: «No puedo darte lo que necesitas, Skylar».

Como si supiera lo que necesitaba mejor que yo misma.

Como si tuviera derecho a decidir por mí.

Me obligo a respirar. A soltar el recuerdo que me ha acompañado durante todos estos años como una cicatriz que nunca termina de sanar.

Me retoco el pintalabios, aunque no lo necesito. Me lavo las manos, aunque están limpias. Cualquier cosa para alargar estos minutos de paz antes de volver a la mesa.

Pero no puedo quedarme aquí para siempre.

Cojo el bolso y salgo del baño con los hombros cuadrados como si fuera a una batalla.

Que básicamente es lo que es.

Chad sigue en la mesa, con el teléfono en la mano y una sonrisa que probablemente cree que es seductora pero que solo me da ganas de salir corriendo.

—Ya está aquí la chica más guapa del restaurante —dice cuando me siento, y me guiña un ojo.

Me. Guiña. Un. Ojo.

El estómago se me cierra de una forma que no tiene nada que ver con mariposas y todo que ver con náuseas.

—La cuenta ya está pedida —añade, dejando el móvil sobre la mesa—. Pero estaba pensando… mi apartamento está a solo dos

manzanas de aquí. Tengo una botella de vino increíble que he estado guardando para una ocasión especial. Podríamos ir y disfrutarla.

—Ah, yo… —Las palabras se me atrancan en la garganta.

¿Por qué no me llama Chloe? ¿Todavía no han pasado diez minutos? NECESITO que me llame ya.

—Venga, va a ser divertido —insiste Chad, inclinándose hacia delante con esa confianza que solo tienen los hombres que nunca han escuchado un no en su vida—. Prometo comportarme. Bueno, más o menos.

Se ríe de su propia gracia.

Y yo estoy a punto de levantarme y largarme sin más excusas cuando el móvil vibra sobre la mesa.

Gracias a Dios.

—Perdona, tengo que coger esto —digo, prácticamente abalanzándome sobre el teléfono.

Ni siquiera miro la pantalla. Solo deslizo el dedo y me lo llevo al oído con una sonrisa de alivio que no puedo disimular.

—Chloe. Está todo…

—Hola, Skylar.

La voz que interrumpe mis palabras no es la de mi compañera.

Es masculina. Profunda. Contenida. Con ese control perfecto que siempre me fascinó y me frustró a partes iguales.

Y aunque han pasado nueve años desde la última vez que la escuché, la reconozco.

La reconocería en cualquier parte. En cualquier momento. Aunque hubieran pasado noventa años en lugar de nueve.

El mundo se detiene.

Chad está hablando, pero ya no lo escucho. El restaurante desaparece. Las velas, las conversaciones de otras mesas, todo se desvanece como si alguien hubiera bajado el volumen del universo entero.

Solo existe esa voz.

Y el shock que me atraviesa como un rayo.

El teléfono casi se me resbala. Tengo que sujetarlo con las dos manos porque me están temblando de una forma que no puedo

controlar. El corazón se me ha disparado, golpeándome contra las costillas con una fuerza que me duele físicamente. La garganta se me ha cerrado y no consigo tragar. No consigo respirar.

No consigo hacer nada excepto quedarme completamente paralizada mientras mi cerebro intenta procesar lo imposible.

Porque no puede ser.

No puede ser él.

Después de nueve años. Después de todo este tiempo. Después de convencerme de que nunca volvería a saber de él.

—¿Skylar? —La voz habla otra vez, y hay un matiz nuevo en ella. Algo que no estaba antes. ¿Tensión? ¿Duda?

Y entonces mi boca se mueve. Las palabras salen solas, son apenas un susurro que me sale roto y lleno de todo lo que llevo guardando durante casi una década.

—¿Ronan?

CAPÍTULO 2

Nueve años antes

RONAN

Esto tiene que parar.

Cierro el libro de Microeconomía Avanzada con fuerza y el golpe resuena en la biblioteca casi vacía. Dos estudiantes levantan la vista desde sus mesas, me miran con esa mezcla de curiosidad y cautela que me acompaña desde que llegué a Columbia, y vuelven rápidamente a sus pantallas.

Bien.

No estoy aquí para hacer amigos. Estoy aquí para sacar la mejor nota posible, para graduarme cuanto antes y centrarme en lo que de verdad importa: la empresa que estoy montando con mis hermanos.

Hawke Capital va a ser algo grande. Yo lo sé. Jax lo sabe. Todos lo sabemos.

Y para eso necesito concentración absoluta.

No puedo permitirme distracciones.

Especialmente no distracciones rubias con una sonrisa que ilumina habitaciones enteras y una risa que suena como si el mundo fuera un lugar mejor de lo que realmente es.

Aprieto la mandíbula y abro el portátil. Tengo que revisar las proyecciones financieras que Zane me ha mandado esta mañana. Luego necesito terminar el trabajo de Análisis de Mercados que entrego mañana. Y, por último, tengo que leer tres capítulos de Comportamiento Organizacional antes del viernes.

No tengo tiempo para pensar en ella.

En Skylar Banks.

Joder.

Ni siquiera puedo evitar pensar en su nombre completo. Como si fuera importante. Como si me importara.

No me importa.

Llevo repitiéndome eso desde hace meses. Desde el primer día de clases, cuando entró en el aula de Estadística —la única clase que compartimos— con unos vaqueros ajustados y un jersey rosa que hacía que su piel pareciera brillar, y se sentó tres filas por delante de mí, completamente ajena al hecho de que acababa de arruinar mi capacidad de concentración para el resto del semestre.

Al principio pensé que era solo atracción física. Algo lógico. Natural. Ella es objetivamente hermosa. Cualquier hombre con ojos en la cara se daría cuenta.

Tiene el pelo rubio que le cae en ondas naturales hasta los hombros. Los ojos del color de la miel cuando le da el sol. Y una figura que ha hecho que me ponga duro en momentos completamente inapropiados, como en medio de una clase sobre regresión lineal, por ejemplo.

Pero entonces empecé a darme cuenta de otras cosas.

La forma en que sonríe a todo el mundo en los pasillos. No la sonrisa falsa y educada que la mayoría de la gente usa, sino una genuina. Como si realmente se alegrara de ver a las personas.

También me he dado cuenta de que siempre tiene las manos llenas: libros, café, su bolso enorme del que sobresalen carpetas. Siempre llega tarde, siempre está un poco despeinada, siempre se disculpa con todo el mundo.

La he visto ayudar a una chica a recoger sus cosas cuando se le cayeron en medio del campus. La he visto quedarse después de clase para hacerle preguntas al profesor no porque no las entendiera —es muy inteligente, eso está claro— sino porque parecía genuinamente interesada en saber su opinión.

Hay algo irresistible en ella. Algo que hace que la gente gravite a su alrededor como si fuera el sol y el resto de nosotros simples planetas atrapados en su órbita.

Incluido yo.

Y eso es un problema.

Porque la he investigado. No debería haberlo hecho. Debería haber usado ese tiempo para trabajar. Para construir algo que importe. Pero lo hice de todas formas.

Sé que está estudiando Trabajo Social. Sé que quiere especializarse en protección infantil. Sé que viene de Portland. Sé que trabaja los fines de semana en una cafetería cerca del campus para ayudar a pagar sus estudios a pesar de tener una beca.

Nunca hemos hablado.

Ni una sola vez.

Pero sé todo eso porque no puedo dejar de buscar información sobre ella como si fuera un acosador.

El amor no existe. Eso lo sé. Lo que la gente llama amor es solo química. Oxitocina, dopamina, serotonina. Reacciones químicas que te hacen vulnerable. Que le dan a la otra persona el poder de destruirte.

Lo vi con mis padres. Lo que sentían el uno por el otro —si es que alguna vez sintieron algo más allá de necesidad y codependencia— no los salvó de ser unos adictos. No nos salvó a nosotros de que nos abandonasen una y otra vez.

El amor te hace débil.

Y yo no puedo permitirme ser débil.

Especialmente no con alguien como Skylar Banks. Alguien que probablemente espera cosas que yo no sé cómo dar. Conversación. Conexión. Toda esa mierda emocional que la gente normal parece necesitar.

Yo no soy normal.

Soy frío. Cerrado. Y estoy roto de una forma que ni siquiera ella con toda su luz podría arreglar.

Así que mantengo la distancia.

La observo desde lejos como el idiota que soy y me aseguro de que nuestros caminos no se crucen más allá de esa clase de Estadística donde me siento detrás de ella y paso cincuenta minutos intentando no fijarme en cómo se muerde el labio cuando está concentrada.

Hasta hoy.

Salgo de la biblioteca con la mochila al hombro. Son casi las tres de la tarde de un miércoles y el campus está relativamente tranquilo. La mayoría de la gente está en clase o en la cafetería.

Entro en el edificio de Ciencias Sociales —tengo que dejar un trabajo en el buzón del profesor— y entonces la veo.

Al final del pasillo.

Skylar.

Corriendo.

Lleva el bolso abierto colgando de un hombro. Está rebuscando dentro con una concentración absoluta. No mira por dónde va. Casi choca contra dos personas que tienen que apartarse para esquivarla. Ella se disculpa sin dejar de correr ni de buscar en ese bolso del demonio.

Y viene directa hacia mí.

Podría apartarme.

Debería apartarme.

Tengo tiempo de sobra para hacerlo.

Pero no lo hago.

Me quedo exactamente donde estoy, en medio del pasillo, y espero.

Tres metros.

Dos.

Uno.

Y entonces, se choca contra mí con toda la fuerza de su metro sesenta y cinco de pura energía caótica.

El bolso se le resbala del hombro.

Y ella rebota contra mi pecho como si fuera una pared de hormigón.

Mis manos se mueven por instinto —o eso me digo— y la cojo de los brazos antes de que se caiga hacia atrás. Mis dedos se cierran alrededor de sus brazos, y joder, es tan pequeña comparada conmigo que puedo rodearla por completo.

Es suave.

Cálida.

Completamente sólida y real bajo mis manos de una forma que hace que algo en mi pecho se apriete dolorosamente.

Ella levanta la cabeza para mirarme y el mundo se detiene.

Estamos a centímetros de distancia. Tan cerca que puedo ver las motitas doradas en sus ojos color miel. Tan cerca que puedo oler su champú —algo dulce, como vainilla y coco. Tan cerca que si me inclinara solo un poco podría saborearla.

No.

Joder. Tengo que controlarme.

Pero no puedo apartar la vista.

Nadie tiene derecho a ser tan guapa. Es casi ofensivo. La forma en que el sol que entra por las ventanas del pasillo ilumina su pelo como si fuera oro líquido. La forma en que sus mejillas se ponen rojas mientras me mira con esos ojos enormes llenos de sorpresa y… ¿calor?

Tiene pecas. No las había visto antes desde mi asiento en clase. Pequeñas, dispersas por el puente de la nariz y las mejillas. Como si alguien hubiera salpicado pintura dorada sobre un lienzo perfecto.

Y sus labios.

Joder.

Están entreabiertos, probablemente porque está sin aliento por la carrera, y son del color de las rosas que mi madre solía intentar cultivar en casa antes de que las drogas la consumieran por completo.

No debería estar pensando en sus labios.

No debería estar pensando en nada excepto en soltarla y seguir con mi día como si esto no hubiera pasado.

Pero mis manos siguen en sus brazos.

Y ella sigue mirándome.

Y algo en mi interior —algo que he mantenido bloqueado durante años, algo que no tiene nombre pero que reconozco como profundamente peligroso— se despierta.

Mierda.

SKYLAR

Voy a llegar tarde.

Otra vez.

Corro por el pasillo del edificio de Ciencias Sociales con el corazón latiendo como un tambor y maldiciendo mi incapacidad crónica para salir de cualquier sitio a tiempo. La clase de Desarrollo Infantil empieza en dos minutos y todavía tengo que subir dos plantas y sentarme y sacar los apuntes.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro mientras rebusco en mi bolso intentando encontrar el bolígrafo que sé que he metido esta mañana.

¿Dónde está? ¿DÓNDE ESTÁ?

Casi choco contra alguien. Me disculpo sin mirar. Sigo corriendo.

El bolso que cuelga de mi hombro izquierdo amenaza con caerse. Y yo sigo sin encontrar ese maldito bolígrafo que…

Me estampo contra una pared.

Excepto que no es una pared.

Es sólido como una pared, eso seguro. Duro. Firme. Pero definitivamente no es una pared porque las paredes no son cálidas y no huelen a algo limpio y masculino que hace que mi cerebro se cortocircuite completamente.

Escucho el golpe del bolso contra el suelo, pero no lo veo porque estoy cayendo hacia atrás y voy a aterrizar de culo en medio del pasillo. Voy a hacer el ridículo más espectacular de mi vida universitaria y…

Unas manos me cogen.

Grandes. Fuertes. Se cierran alrededor de mis brazos con una firmeza que debería asustarme pero que en cambio hace que algo en mi estómago dé un vuelco completamente inapropiado.

Y entonces levanto la cabeza.

Y me olvido de respirar.

Porque el hombre que acaba de evitar que me estampe contra el suelo —el hombre contra el que acabo de chocarme como una idiota sin coordinación— es ÉL.

Ronan Hawke.

Dios mío.

Es él.

Lo reconocería en cualquier parte. Es imposible no reconocerlo. No cuando todo el campus femenino —y una buena parte del

masculino— habla de él constantemente.

¿Has visto al chico de Finanzas? ¿El alto, el del pelo negro y los ojos grises?

Es guapísimo pero no habla con nadie. Es súper raro.

He oído que tiene dinero. Mucho dinero.

He oído que tiene cuatro hermanos y que todos son igual de guapos.

He oído que nunca sonríe.

Y tienen razón.

No está sonriendo ahora.

Me mira con una intensidad que hace que se me cierre la garganta. Sus ojos son del color del acero fundido —grises, profundos, imposibles de leer. Su mandíbula está tensa, como si estuviera conteniendo algo. Y sus manos siguen en mis brazos, sujetándome, quemándome a través de la tela del jersey de una forma que hace que todo mi cuerpo se ponga en alerta máxima.

Es más alto de lo que pensaba. Mucho más alto. Tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo y aun así siento como si me estuviera ahogando en esos ojos que no se apartan de los míos ni un segundo.

Y entonces mi cerebro vuelve a encenderse.

Y hago lo que siempre hago cuando estoy nerviosa.

Empiezo a hablar.

—Dios, lo siento mucho. Lo siento muchísimo. Iba corriendo y no miraba y tú estabas ahí y yo no te he visto.

Cállate, Skylar.

Pero no puedo.

—…y llego tarde a clase que es algo que hago todo el tiempo, llegar tarde, no chocar contra la gente, bueno, también choco contra la gente bastante pero no es algo que haga a propósito obviamente y tú eres…

CÁLLATE.

—…muy alto. Eres muy alto. Lo cual es una observación completamente innecesaria que acabo de hacer en voz alta porque al parecer no tengo ningún tipo de filtro entre mi cerebro y mi boca.

Sus labios se mueven.

Solo un poco. Casi imperceptible.

¿Acaba de sonreír?

No. Imposible. Todo el mundo dice que nunca sonríe.

Pero hay algo en la comisura de su boca. Algo que hace que mi estómago dé otro vuelco ridículo.

Me doy cuenta de que estoy sonrojada. Puedo sentir el calor en mis mejillas, subiendo por mi cuello, probablemente es visible desde el espacio.

Y él sigue sin decir nada.

Solo me mira.

Como si fuera… no sé. Como si fuera algo que necesita analizar. Un problema matemático que no termina de resolver. Una ecuación con demasiadas variables.

Es la mirada más intensa que he recibido en mi vida.

Y me está derritiendo desde dentro.

—Yo… —Trago saliva, intentando recuperar algo de compostura—. Soy Skylar. Banks. Skylar Banks. Creo que compartimos la clase de Estadística los martes y jueves. Me siento tres filas delante de ti. Bueno, no es que te esté observando ni nada. Solo me he dado cuenta. Una vez. O dos.

Para.

POR FAVOR PARA.

Él parpadea. Una vez. Lento.

Y entonces habla.

—Ronan.

Su voz es grave. Profunda. Con un control perfecto que hace que suene como si cada palabra hubiera sido cuidadosamente medida antes de salir de su boca.

—Soy Ronan Hawke.

Como si yo no lo supiera ya.

Como si todo el campus no supiera quién es.

—Sí. —Me río. O algo que suena a una risa pero que probablemente parece más un graznido nervioso—. Sí, lo sé. Quiero decir, te conozco. No personalmente. Obviamente. Porque nunca hemos hablado antes. Pero sé quién eres porque… bueno, compartimos clase y…

Sus manos siguen en mis brazos.

Me doy cuenta de repente.

Ha pasado ¿cuánto? ¿Treinta segundos? ¿Un minuto? Y sigue sujetándome como si no se le hubiera ocurrido soltarme.

Como si no quisiera hacerlo.

O quizás solo estoy proyectando lo que quiero ver porque mi cerebro está claramente funcionando mal.

—Tengo que irme —Señalo vagamente hacia las escaleras—. A clase. Llego tarde. Otra vez. Como siempre.

Él asiente. Casi imperceptible.

Pero no me suelta.

Y yo no me muevo.

Estamos en medio del pasillo, probablemente bloqueando el paso, y ninguno de los dos se mueve.

Hasta que escucho la campana que indica que la clase ha empezado.

Mierda.

—Tengo que irme. —Esta vez sí me muevo. O intento moverme. Pero sus manos se demoran un segundo más antes de soltarme—. Perdona otra vez. Por todo. El choque. El parloteo interminable.

Me agacho para recoger mi bolso. Cuando me levanto, él sigue mirándome con una intensidad que hace que me olvide de cómo funcionan mis pulmones.

—Bueno. —Retrocedo un paso. Luego otro—. Nos… nos vemos por ahí, supongo.

Y entonces él dice algo que hace que mi corazón estúpido se dispare como si acabara de ganar la lotería.

—Sí. Nos vemos por ahí.

No es mucho. Solo cinco palabras. Dichas con un tono neutro que no revela nada.

Pero hay algo en la forma en que me mira cuando las dice.

Algo que hace que sienta como si acabara de pasar algo importante.

Aunque probablemente solo sea mi imaginación hiperactiva.

Salgo corriendo hacia las escaleras, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas puedo escuchar mis propios pensamientos.

¿Por qué he tenido que hablar tanto?

¿Por qué no puedo ser una de esas chicas misteriosas y calladas que los chicos encuentran interesantes?

¿Por qué tengo que convertirme en una máquina de hablar sin sentido cada vez que me pongo nerviosa?

Llego a mi clase cinco minutos tarde, sudada y con las mejillas todavía ardiendo.

Pero no puedo dejar de sonreír.

Porque Ronan Hawke —el chico más guapo y misterioso del campus— acaba de decirme «nos vemos por ahí».

Y mi corazón ridículo e ingenuo ya está esperando ese momento.

Aunque sea una completa idiota por hacerlo.

CAPÍTULO 3

Dos horas antes de la llamada

RONAN

Las puertas del ascensor se abren en mi piso con ese sonido suave que normalmente me resulta familiar. Reconfortante, incluso. Pero ahora solo suena extraño. Como si perteneciera a otra vida. A un mundo donde hace diez minutos no tenía un bebé.

Un bebé que posiblemente sea mío.

Joder.

Camino hacia mi apartamento con pasos que no suenan como los míos. El portabebés pesa más de lo que esperaba. O quizás es solo que mis brazos no están acostumbrados a cargar nada que no sea un maletín o un portátil.

Abro la puerta.

El silencio de mi apartamento me recibe como siempre: absoluto, predecible, controlado.

Excepto que ahora no lo está.

No tengo nada controlado.

Porque hay un bebé durmiendo en el portabebés que sostengo. Y ese hecho simple transforma todo. El orden que he construido durante años, la rutina que me mantiene cuerdo, la vida perfectamente controlada que he diseñado.

Todo eso acaba de explotar.

Entro. Cierro la puerta detrás de mí con más cuidado del que uso normalmente. Como si el sonido pudiera despertarla.

No sé nada sobre bebés.

Camino hacia el salón. Mis pasos suenan demasiado fuertes contra el suelo de madera. Todo suena demasiado fuerte. Mi

respiración. El latido de mi corazón. El silencio que se cierne sobre nosotros como algo vivo y amenazante.

Dejo el portabebés sobre la mesa del centro con movimientos que intento que sean suaves pero que probablemente son torpes. La mesa es de cristal y acero. Minimalista. Cara. Completamente inadecuada para tener un bebé encima.

Todo en este apartamento es inadecuado para tener un bebé.

Empezando por mí.

Me siento en el sofá frente a ella. O quizás me dejo caer. No estoy muy seguro. La verdad es que en este momento de mi vida no tengo claro absolutamente nada.

La miro.

Sigue durmiendo. Tiene el puño cerrado junto a la mejilla, los labios fruncidos en algo que casi parece una sonrisa.

Es tan pequeña.

Tan jodidamente pequeña que me aterra tocarla.

¿Y si la rompo? ¿Y si hago algo mal y le pasa algo?

Trago saliva. Intento que mi cerebro funcione de la forma lógica y analítica que siempre ha funcionado. Identificar el problema. Dividirlo en partes manejables. Encontrar soluciones.

Pero no puedo.

Porque esto no es un problema financiero que pueda resolver con una hoja de cálculo. No es una proyección que pueda calcular. No es nada a lo que me haya enfrentado antes.

Es un bebé.

Que posiblemente lleve mi sangre.

Intento buscar algún parecido. Algo que me conecte con ella de forma tangible. Pero es imposible. Es tan pequeña que apenas tiene rasgos definidos. Nariz diminuta. Mejillas redondas. Labios como pétalos de rosa.

De lo único que logro darme cuenta es de que es la cosa más bonita que he visto en mi vida.

Y que ha tenido la mala suerte de que la dejen conmigo.

Algo se retuerce en mi pecho. Algo que no sé nombrar porque llevo años sin permitirme sentir nada demasiado fuerte.

¿Miedo? ¿Pánico? ¿Algo más intenso?

No lo sé.

Solo sé que no soy la persona adecuada para esto.

Debería llamar a la policía. Explicar lo que ha pasado. Que una mujer dejó un bebé en el vestíbulo de mi edificio afirmando que es mío y desapareció.

Eso es lo correcto.

Lo lógico.

Pero entonces me imagino a alguien llevándose a esta criatura diminuta. Metiéndola en el sistema. En algún hogar de acogida donde quién sabe qué le pasaría.

Y algo en mi interior se rebela con una violencia que me sorprende.

No.

Esa palabra resuena en mi cabeza con una certeza absoluta.

No voy a dejar que se la lleven.

Necesito tiempo. Necesito pensar. Necesito…

A Skylar.

Si hay alguien que sabrá qué hacer, es ella.

Si hay alguien de quien me fio es ella.

Pero llamarla significa verla.

Después de nueve años de evitarla deliberadamente. Nueve años de recibir informes sobre su vida. Nueve años de mantenerla a distancia porque acercarme a ella es peligroso.

Ha sido siempre peligroso.

Porque Skylar Banks me hace sentir.

Y sentir es lo que he pasado la mayor parte de mi vida intentando evitar.

Pero ahora, mirando a esta bebé que duerme pacíficamente ajena al hecho de que su vida acaba de volverse infinitamente más complicada, sé que no tengo otra opción.

Pero la fuerza con la que quiero llamarla me aterra.

No es solo que sea la decisión correcta. No es solo que necesite su experiencia profesional.

Es que mi jodido corazón quiere tenerla aquí. Entre estas paredes. En mi espacio. Cerca de mí.

Después de todos estos años manteniéndola lejos, lo único que quiero es tenerla cerca.

Y eso debería asustarme más que el bebé.

Pero no lo hace.

Me levanto de un salto. El movimiento es brusco, descontrolado. Nada que ver con la precisión calculada con la que normalmente me muevo.

Empiezo a pasear de un lado a otro del salón. Tres pasos en una dirección. Giro. Tres pasos en la otra.

Mi apartamento de repente parece demasiado pequeño. Demasiado ordenado. Demasiado frío.

No hay nada aquí para un bebé.

Nada.

La miro otra vez. ¿Cuánto tiempo tiene? Meses, quizás. No tengo ni idea.

¿Toma leche? ¿Leche materna o de fórmula? ¿Se la tengo que calentar? ¿Cuánto tiempo puede estar sin comer?

El pánico empieza a filtrarse a través de las grietas de mi control.

¿Y si se despierta llorando y no sé cómo calmarla?

¿Y si tiene hambre y no tengo nada que darle?

¿Y si le pasa algo y es culpa mía porque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo?

Necesito ayuda.

Ya.

No puedo hacer esto solo.

Pero no puedo llamar a Skylar. No todavía. No hasta que sepa con certeza qué está pasando. No hasta que tenga respuestas.

¿A quién puedo llamar?

Jax sería el obvio. Pero por alguna razón no puedo hacerlo.

Esta bebé es mi responsabilidad.

A Zane tampoco. Es eficiente. Práctico. Pero también demasiado involucrado. Y necesito espacio para pensar.

Oliver es demasiado joven para que lo meta en este asunto.

Lo cual me deja con…

Kai.

Kai que nunca juzga a nadie. Que hace bromas incluso en las peores situaciones. Que es lo suficientemente dulce para no hacer que esto sea más difícil de lo que ya es.

Sí.

Kai.

Saco el móvil del bolsillo con manos que sorprendentemente no tiemblan. Y marco su número antes de pensármelo demasiado.

Responde al segundo tono.

—¿Ronan? —Su voz suena alegre. Relajada—. ¿Qué pasa?

—Necesito que vengas a mi apartamento. —Las palabras salen atropelladas, nada que ver con mi tono habitual medido y controlado.

Miro al bebé. Durmiendo pacíficamente como si no acabara de descolocar mi vida entera.

—Han dejado un bebé en el vestíbulo del edificio. Una mujer apareció con un portabebés. Dijo que era mío. Y desapareció.

—¿Qué? Espera, ¿QUÉ?

—Lo que has oído.

—Ronan, más despacio. ¿Cómo que un bebé? —Puedo escuchar cómo empieza a moverse al otro lado del teléfono—. ¿De quién? ¿Cómo...?

—No lo sé. —Me paso una mano por el pelo, destruyendo el peinado perfecto que me llevó cinco minutos esta mañana—. Era una chica de la agencia. Creo. Debí estar con ella hace un año, más o menos. No me acuerdo de ella. Nunca me acuerdo. Y ahora tengo un bebé. No tengo pañales ni biberones…

Kai suelta algo que suena entre una risa histérica y un gemido.

—Vale, vale. No te muevas. Voy ahora mismo. —Hace una pausa —. No hagas nada. Solo… mantén al bebé vivo hasta que llegue. ¿Puedes hacer eso?

La pregunta debería ser insultante.

Pero es completamente razonable.

—Creo que sí.

Cuelga.

Y yo me quedo ahí de pie, en medio de mi salón minimalista y frío, con un bebé durmiendo en mi mesa de centro y la certeza

absoluta de que mi vida acaba de cambiar para siempre.

Miro a la niña otra vez.

Tan pequeña. Tan vulnerable. Tan completamente dependiente de mí.

Y lo único que puedo pensar es en un nombre que llevo evitando durante nueve años.

Skylar.

Voy a tener que llamarla por más que lo esté intentando alargar.

Voy a tener que verla.

Y no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a eso.

CAPÍTULO 4

RONAN

Kai llega exactamente ocho minutos después.

Lo sé porque he estado mirando el reloj. Contando los segundos. Intentando no entrar en pánico mientras la bebé sigue durmiendo sobre mi mesa de centro.

Escucho sus pasos en el pasillo antes de que llame al timbre. Abro la puerta antes de que pueda hacerlo.

—¿Dónde…? —empieza a decir, pero se detiene en seco cuando me ve.

Probablemente tengo aspecto de estar al borde de un colapso nervioso.

Probablemente porque lo estoy.

—Entra —murmuro, haciéndome a un lado.

Kai pasa junto a mí, sus ojos ya están buscando por el salón. Se detiene cuando ve el portabebés sobre la mesa.

—Joder.

—Sí.

Se acerca despacio, como si el bebé fuera una bomba a punto de explotar. Se inclina para mirar dentro. La bebé sigue durmiendo, completamente ajena al hecho de que dos hombres completamente inútiles están contemplándola como si fuera un extraterrestre.

—Es… pequeña —dice Kai finalmente.

—Lo sé.

—Muy pequeña.

—Lo sé.

—¿Estás seguro de que es tuya?

—No. Pero las fechas podrían cuadrar. Y la mujer parecía desesperada. No creo que estuviera mintiendo.

Kai se gira hacia mí, y hay algo en su expresión que no he visto antes. Preocupación real. Kai nunca está preocupado. Kai hace bromas y sonríe y convierte todo en algo ligero.

Pero ahora no está sonriendo.

—Ronan, nosotros somos literalmente las personas menos preparadas del mundo para cuidar a un bebé.

—Lo sé.

—Joder. —Se pasa una mano por el pelo—. Vale. Vale. Tenemos que… no lo sé. ¿Buscar en Google?

—Ya lo he intentado. —Saco el móvil del bolsillo—. Pero hay demasiada información. Y contradictoria. Y no sé ni por dónde empezar.

Kai coge su propio móvil.

—Preguntémosle a la IA. ChatGPT sabe de todo, ¿no?

—¿En serio?

—¿Tienes una idea mejor?

No la tengo.

Así que nos sentamos en el sofá, frente al portabebés, como dos idiotas mirando nuestros teléfonos mientras una bebé duerme frente a nosotros.

—Vale. —Kai empieza a teclear—. Le estoy preguntando qué necesita un bebé recién nacido para… espera, ¿cuánto tiempo tiene?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—La mujer no me lo dijo. Solo dijo que era mío y se fue.

—Mierda. Vale. Le pregunto cómo calcular la edad de un bebé.

Espero mientras Kai lee la respuesta de su pantalla.

—Dice que por el tamaño y… no sé, características físicas. Pero que lo mejor es llevarlo al médico. —Me mira—. ¿La has llevado al médico?

—Kai, me la han dejado hace una hora.

—Cierto. Vale. Vamos con una pregunta diferente. —Vuelve a teclear—. ¿Qué come un bebé de… vamos a suponer que tiene menos de tres meses?

—¿Por qué tres meses?

—Porque parece muy pequeña. No lo sé. Estoy improvisando.

Leo mi propia pantalla donde he escrito la misma pregunta.

—Dice que leche materna o fórmula. Que hay que calentar el biberón a temperatura corporal. Que hay que sostener al bebé en cierto ángulo. Que hay que hacerle eructar después.

—¿Eructar?

—Eso dice.

—Joder. —Kai suelta el móvil sobre el sofá—. Ronan, no podemos hacer esto. No tenemos ni idea de lo que estamos haciendo.

—Lo sé.

—¿Y si le pasa algo? ¿Y si se despierta y tiene hambre?

—Lo sé, Kai. —Mi voz sale más cortante de lo que pretendía—. Créeme que lo sé.

Nos quedamos en silencio durante varios segundos. La bebé se mueve ligeramente en el portabebés, frunciendo el ceño en sueños. Mis músculos se tensan inmediatamente.

¿Se va a despertar? ¿Qué hago si se despierta?

Pero se calma otra vez, volviendo a ese sueño profundo que parece ser su estado natural.

Por ahora.

—Tienes que llamar a Jax —dice Kai finalmente.

La respuesta automática sale antes de que pueda detenerla.

—No.

—¿Por qué no? Nos crio prácticamente. Sabe más de niños que cualquiera que conozcamos. Ha cambiado pañales, ha dado biberones…

—No quiero que tome el control.

Kai me mira como si acabara de decir algo completamente ridículo.

—Ronan, tienes un bebé del que no sabes ni la edad. No es momento para tu mierda de control.

—Es mi responsabilidad. —Las palabras salen más duras de lo que pretendía—. Si es mi hija, entonces es mi responsabilidad. No de Jax. Mía.

—Nadie está diciendo que no lo sea. Pero necesitas ayuda. Ayuda de verdad.

Sé que tiene razón.

Lo he sabido desde el momento en que Marcus mencionó los servicios sociales en el vestíbulo. Desde el segundo en que su nombre apareció en mi cabeza sin invitación.

Skylar.

He estado retrasando esto durante más de una hora. Primero subiendo aquí. Luego llamando a Kai. Ahora fingiendo que buscar respuestas en internet va a ser suficiente.

Pero no lo es.

Y lo sé.

—Entonces llama a alguien más —insiste Kai—. A los servicios sociales. Deben tener gente de guardia. Alguien especializado en esto.

El pecho se me aprieta.

—Conozco a alguien —digo finalmente.

Las palabras salen más bajas de lo que pretendía. Casi un murmullo.

Kai me mira con atención.

—¿A quién?

—Una asistente social. Especializada en protección infantil.

No menciono su nombre. Todavía no puedo.

—¿La conoces? ¿Personalmente?

—Sí.

Hace nueve años que no hablamos. Pero sigo sabiendo todo sobre ella. Dónde vive. Dónde trabaja.

—¿Y crees que vendría? ¿Ahora? —Kai mira su reloj.

—No lo sé.

Es la verdad.

No tengo ni idea de si Skylar querrá ayudarme después de todo este tiempo. Después de cómo la alejé. Después de años de silencio.

Pero no tengo otra opción.

La bebé se mueve otra vez en el portabebés. Esta vez abre los ojos. Solo durante un segundo. Me mira directamente, con unos ojos que no tienen un color definido, y algo en mi pecho se contrae tan fuerte que casi duele.

Y entonces vuelve a cerrarlos.

Pero es suficiente.

Es suficiente para que me dé cuenta de que no puedo seguir retrasando esto.

—Llámala —dice Kai, como si pudiera leer mis pensamientos—. Ahora.

Tiene razón.

Lo sé.

He sabido desde el principio que terminaría aquí. Marcando su número. Escuchando su voz después de todos estos años.

Solo he estado alargando lo inevitable.

Porque verla significa enfrentarme a todo lo que llevo evitando desde hace nueve años. Significa tenerla cerca. En mi espacio. Destruyendo las murallas que he construido tan cuidadosamente.

Pero la bebé necesita ayuda.

Y eso es más importante que mi terror.

Saco el móvil del bolsillo. Mis dedos están sorprendentemente firmes mientras busco el número que tengo memorizado aunque nunca lo he marcado.

Skylar Banks.

El corazón me late con una fuerza que no debería ser posible. Como si estuviera corriendo en lugar de estar sentado en el sofá. La garganta se me ha cerrado y tengo que obligarme a respirar profundamente.

Presiono el botón de llamada antes de que pueda cambiar de opinión.

El teléfono suena una vez.

Dos.

Tres.

Cada tono se siente como una eternidad.

Kai me mira, expectante. Preocupado.

Y entonces escucho un clic.

Una respiración.

Y una voz que hace que todo en mi interior se detenga.

—Chloe. Está todo…

No es así como esperaba que empezara la conversación.

Pero su voz.

Joder.

Su voz.

No ha cambiado. Sigue siendo cálida. Suave. Con un matiz de alivio que hace que algo en mi pecho se apriete de una forma que no he sentido en nueve años.

Como si una parte de mí que estaba congelada acabara de despertar.

—Hola, Skylar.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Más graves de lo que pretendía. Cargadas con nueve años de silencio y todo lo que nunca me permití decir.

El silencio que sigue es absoluto.

Puedo escucharla respirar al otro lado de la línea. Rápido. Superficial. Como si el shock le hubiera robado el aire de los pulmones.

Sé exactamente cómo se siente.

Porque yo tampoco puedo respirar.

—¿Skylar?

Mi voz suena otra vez, y hay algo en ella que no pretendía dejar ver. Tensión. Duda. Algo peligrosamente cercano a la vulnerabilidad.

Cada segundo de silencio se siente como si durara una hora.

Kai me mira con los ojos muy abiertos, claramente dándose cuenta de que esto es más que una simple llamada profesional.

Y entonces ella habla.

Y su voz sale rota. Apenas un susurro. Llena de shock.

—¿Ronan?

CAPÍTULO 5

SKYLAR

—¿Ronan?

Su nombre sale de mi boca como si llevara nueve años esperando pronunciarlo en voz alta. Como si cada día de silencio hubiera sido solo el preludio de este momento.

Y entonces él habla otra vez.

—Sí. Soy yo.

Su voz suena exactamente como la recuerdo. Grave. Contenida. Con ese control perfecto que siempre me fascinó y me frustró a partes iguales.

Excepto que ahora hay algo más. Algo que no estaba antes.

¿Tensión? ¿Duda?

No lo sé.

Solo sé que no puedo respirar.

Me levanto de la mesa sin pensarlo. Chad dice algo —probablemente me pregunta qué pasa— pero no lo escucho. No puedo escuchar nada excepto el sonido de mi propia respiración y el latido frenético de mi corazón contra las costillas.

Camino hacia la salida del restaurante con pasos que no siento como míos. La gente me mira. Una camarera tiene que apartarse para no chocar conmigo. Pero me da igual.

Lo único que me importa es salir de aquí. Encontrar un sitio donde pueda escucharlo sin distracciones. Sin Chad mirándome. Sin el ruido del restaurante ahogando su voz.

Necesito saber por qué me está llamando.

El aire frío de la noche me golpea cuando salgo a la calle. Todavía hace fresco por las noches en Nueva York. Pero apenas lo noto. Todo mi cuerpo está concentrado en el teléfono que sostengo contra mi oído como si fuera lo único real en este momento.

—Skylar, ¿sigues ahí?

—Sí. —Mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. Sí, estoy aquí.

Silencio.

Puedo escucharlo respirar al otro lado. Lento. Controlado. Como si estuviera intentando encontrar las palabras correctas.

Y entonces dice algo que hace que todo mi mundo se detenga.

—Te necesito.

Dos palabras.

Dos palabras que nunca pensé que escucharía de Ronan Hawke.

El hombre que dejó claro que yo era una distracción que no podía permitirse.

Y ahora está diciéndome que me necesita.

No puede estar pasando.

Tengo que estar soñando. O delirando. O quizás Chad puso algo en mi bebida y esto es una alucinación elaborada que mi cerebro ha creado porque soy una romántica y llevo nueve años fantaseando con este momento.

—Skylar.

Su voz suena otra vez, y hay algo en ella que me devuelve a la realidad de golpe.

Urgencia.

—Dime —consigo decir finalmente—. ¿Qué te pasa?

—Siento molestarte. —Las palabras salen rápidas, atropelladas, nada que ver con el Ronan controlado que recuerdo—. Sé que no tengo derecho a llamarte después de todo. Pero no sé a quién más…

Se detiene.

Respira hondo.

Y cuando vuelve a hablar, su voz es más firme. Más controlada.

—Han dejado un bebé en mi casa. Una mujer. Dice que es mío. Y se ha ido. Y yo… no sé qué hacer.

Las palabras tardan varios segundos en procesarse en mi cerebro.

Un bebé.

Abandonado.

Suyo.

—¿Qué? —Es lo único que consigo decir.

—Una mujer ha aparecido en el vestíbulo de mi edificio con un bebé. Ha dicho que es mío. Y ha desaparecido. Y ahora tengo un bebé en mi apartamento —repite y luego hace una pausa—. Trabajas en servicios sociales. He pensado que quizás podrías…

No termina la frase.

No necesita hacerlo.

Mi cerebro finalmente se pone en marcha. Pasando del shock de escuchar su voz al modo profesional que he desarrollado durante años trabajando con casos como este.

Un bebé abandonado.

Una madre que ha desaparecido.

Un padre que no sabe qué hacer.

Debería activar el protocolo oficial. Llamar a mi supervisor. Enviar a alguien del departamento a su casa. Documentar todo.

Pero entonces pienso en Ronan Hawke —el hombre más controlado que he conocido en mi vida— diciendo «no sé qué hacer» con una voz que suena al borde del pánico.

Y algo en mi pecho se ablanda de una forma peligrosa.

No debería implicarme en esto.

Pero no puedo evitarlo.

—¿El bebé está bien? —pregunto, intentando que mi voz suene profesional. Calmada—. ¿Está durmiendo? ¿Llorando?

—Durmiendo. Por ahora.

—¿Cuánto tiempo hace que la mujer se fue?

—Más de una hora.

—¿Y no has llamado a la policía? ¿A los servicios sociales?

—No.

—¿Por qué no?

Silencio.

Y entonces:

—Porque quería que fueses tú la que se encargase.

Y Dios, odio que esas palabras me ablanden.

Odio que después de nueve años de silencio, de rechazo, de hacerme sentir como si fuera demasiado intensa para su mundo ordenado, siga siendo capaz de desarmarme con una sola muestra de vulnerabilidad.

Debería mandarle a la mierda.

Debería decirle que llame al número oficial y que otra persona se encargue.

Debería protegerme.

Pero entonces pienso en el bebé. En una criatura que no pidió nacer. Que no tiene culpa de nada. Que necesita ayuda ahora.

Un bebé precioso que tiene su sangre.

Y no puedo.

Nunca he podido rechazar a un niño que me necesita y mucho menos a uno que es hijo de Ronan.

Ni siquiera cuando ayudarlo significa acercarme al único hombre que ha sido capaz de romperme el corazón.

—Dame tu dirección —digo finalmente.

—¿Vas a venir?

Hay algo en su voz. ¿Alivio? ¿Sorpresa?

—Sí. Pero solo porque el bebé no tiene la culpa de que su padre sea…

Me detengo antes de terminar la frase.

No es profesional. No es apropiado decirle que es un insensible trozo de hielo.

—Dame la dirección —repito.

Me la da. La memorizo mientras la tecleo en mi móvil con dedos que tiemblan más de lo que deberían.

Edificio Hawke. Tribeca.

Por supuesto.

Por supuesto que vive en un edificio que lleva su apellido.

—Llegaré en veinte minutos —digo—. No hagas nada hasta que llegue. Solo mantén al bebé seguro. Y cálido. Si se despierta llorando…

—Skylar.

Su voz me interrumpe. Y hay algo en la forma en que dice mi nombre que hace que todo en mi interior se contraiga.

Mi cuerpo es un traidor.

—Dime dónde estás. Te mando un coche.

Y ahí está.

El control.

Su necesidad de gestionar cada variable. De asegurarse de que todo sucede exactamente como él quiere.

Algo en mi interior se rebela.

—No. Puedo coger un taxi perfectamente.

—Skylar.

—No. —Mi voz sale más dura de lo que pretendía—. Ya puedes ir dejando ese control enfermizo conmigo, Ronan. Sé cuidarme sola. Llegaré pronto.

Y cuelgo antes de que pueda decir nada más.

El teléfono casi se me cae de las manos.

Estoy temblando.

Todo mi cuerpo está temblando de una forma que no puedo controlar. Las piernas. Las manos. Incluso la respiración me sale entrecortada.

Nueve años.

Han pasado nueve años desde la última vez que hablé con él.

Y acabo de colgarle.

—Demonios —susurro al aire frío de la noche.

¿Qué acabo de hacer?

¿Por qué he aceptado ir?

Debería llamar a mi supervisor. Activar el protocolo. Dejar que alguien más se encargue de este caso.

Pero entonces pienso en Ronan con un bebé en brazos —torpe, asustado, completamente fuera de su elemento— y algo en mi pecho se aprieta dolorosamente.

Porque conozco a Ronan Hawke.

Sé cómo creció. Sé lo que vivió. Lo investigué todo cuando estaba en la universidad intentando entenderlo. Intentando encontrar la forma de traspasar esas murallas que había construido alrededor de su corazón.

Tuvo unos padres adictos que iban y venían.

Y ahora tiene un bebé.

Un bebé que quizás lleve su sangre.

Y está pidiendo ayuda.

Ronan Hawke está pidiendo ayuda.

Eso por sí solo debería decirme lo desesperado que está.

Levanto la mano para parar un taxi. Uno se detiene casi inmediatamente. Me subo sin pensar. Le doy la dirección con una voz que no suena como la mía.

El taxi arranca.

Y yo sigo temblando.

El trayecto dura exactamente diecisiete minutos. Los cuento. Uno por uno. Intentando calmar mi respiración. Intentando preparar lo que voy a decir cuando lo vea.

Han pasado nueve años desde que me destrozó.

Pasé meses intentando entender qué había hecho mal. En qué momento fui demasiado intensa. Demasiado yo.

Y ahora voy camino de su casa porque me necesita.

No a mí.

A mi experiencia profesional.

Tengo que recordarlo.

Esto no es personal. Es un caso. Un bebé que necesita ayuda. Nada más.

El taxi se detiene frente a un edificio que me hace tragar saliva.

Alto. Moderno. Completamente de cristal y acero. Con letras enormes en la entrada que dicen: EDIFICIO HAWKE.

No es ni siquiera gracioso lo poderoso que es.

El dinero que debe tener para ser dueño de un edificio entero en Tribeca. Para que lleve su apellido como si fuera una declaración.

Esto es su mundo.

Un mundo de lujo y control y poder que yo nunca voy a entender.

¿Cómo pude pensar alguna vez que un hombre así podría estar interesado en mí? En la chica de clase trabajadora de Portland que trabajaba los fines de semana para ayudar a pagar su formación. Que vive en un apartamento minúsculo en Queens. Que compra su ropa en rebajas.

Somos de mundos completamente diferentes.

Siempre lo hemos sido.

Pago al taxista con manos que todavía tiemblan. Salgo del coche. Me quedo de pie frente al edificio mientras el taxi se aleja.

Puedo darme la vuelta. Llamar a mi supervisor. Decirle que esto es un conflicto de intereses porque conozco al padre.

Sería lo correcto.

Lo profesional.

Pero entonces pienso en el bebé. En una criatura que no pidió nada de esto. Que necesita ayuda ahora.

Y no puedo irme.

Respiro hondo. Cuadro los hombros. Y camino hacia la entrada con pasos que intento que parezcan más seguros de lo que me siento.

Un portero me abre la puerta. Me mira con ese tipo de evaluación automática. Calculando cuánto vale mi ropa. Si pertenezco aquí.

—Buenas noches —digo, intentando que mi voz suene firme—. Vengo a ver al señor Ronan Hawke.

—¿Tiene cita?

—Sí. Me está esperando.

El portero duda. Coge un teléfono. Marca.

—Señor Hawke, hay una señorita en la recepción que dice…

Hace una pausa. Escucha. Asiente.

—Sí, señor. Enseguida.

Cuelga y me mira con una expresión que ha pasado de evaluadora a respetuosa.

—El señor Hawke está en el piso 57. El ascensor de la izquierda le llevará directamente a su planta.

Por supuesto.

—Gracias.

Camino hacia el ascensor con el corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que todo el vestíbulo puede escucharlo. Las puertas se abren. Entro. Presiono el botón 57.

Las puertas se cierran.

Y mientras el ascensor sube, lo único que puedo pensar es:

¿Qué demonios estoy haciendo?

Voy a ver a Ronan Hawke.

Después de nueve años.

En su casa.

Con un bebé.

Y no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a esto sin que vuelva a romperme el corazón.

CAPÍTULO 6

Nueve años antes

RONAN

Skylar está sentada frente a mí en la biblioteca.

Otra vez.

Como ha estado sentándose frente a mí durante los últimos cuatro meses.

Desde que chocó conmigo en ese pasillo y todo cambió.

Cuatro meses de permitirle acercarse centímetro a centímetro cuando debería haberla mantenido a distancia desde el principio.

Pero no lo hice.

Y ahora estamos aquí.

Tiene un libro de Psicología del Desarrollo abierto frente a ella, pero no lo está leyendo. Me mira por encima del borde de las páginas con esos ojos color miel que me han perseguido en sueños desde la primera vez que la vi.

—¿Vas a ayudarme con esto o solo vas a quedarte ahí sentado frunciendo el ceño como si el ordenador te hubiese ofendido? —pregunta, y hay diversión en su voz.

Bajo la vista a mi portátil. Al trabajo de Finanzas Corporativas que debería haber terminado hace una hora.

No he escrito ni una palabra nueva.

Porque no puedo concentrarme cuando ella está cerca.

Y ella está cerca constantemente.

Empezó de forma inocente. O eso me dije. Una semana después del choque en el pasillo, apareció en la cafetería del campus cuando yo estaba tomando café entre clases. Se sentó en mi mesa sin pedir permiso, con esa sonrisa luminosa que hace que algo en mi pecho se apriete.

«Hola, Ronan. ¿Te importa si me siento? Todas las otras mesas están llenas.»

Estaban llenas. Eso era verdad. Así que asentí.

Y ella se quedó.

Habló. Sobre su clase de esa mañana. Sobre un caso que había leído. Sobre su amiga de la infancia que acababa de llamarla. Sobre todo y nada.

Y yo escuché.

Me dije que solo estaba siendo educado. Que rechazarla sería de mala educación cuando solo estaba siendo amable.

Aunque la verdad es que lo disfruté.

Pero entonces volvió a hacerlo al día siguiente.

Y al siguiente.

Y de repente tomar café entre clases se convirtió en nuestra rutina.

Nunca planeada. Nunca acordada. Pero siempre sucedía.

Luego empezó a aparecer en la biblioteca. «Coincidencias», las llamaba. Pero la biblioteca es enorme y de alguna forma siempre terminaba estudiando en una mesa cerca de la mía.

Y cuando levantaba la vista, ella estaba mirándome.

Y sonreía.

Y algo dentro de mí que había estado congelado durante años empezaba a descongelarse.

Eso debería haberme aterrado.

Me aterró.

Pero no lo suficiente para detenerlo.

Hace tres semanas empezamos a estudiar juntos. De verdad. En la misma mesa. Compartiendo apuntes. Ella me explicaba conceptos de psicología que no entendía para sus trabajos. Yo le explicaba estadística cuando se atascaba.

Y funcionaba.

Joder, funcionaba demasiado bien.

Porque no es solo que sea hermosa. No es solo que su risa haga que todo el mundo en la biblioteca se gire para mirarla. No es solo que huela a vainilla y coco y que ese olor se haya quedado grabado en mi cerebro de una forma que debería ser ilegal.

Es que es lista. Brillante. Ve conexiones que otros no ven. Hace preguntas que me obligan a pensar de formas diferentes.

Y cuando me mira —realmente me mira, como si pudiera ver más allá de las murallas que he construido— siento como si estuviera desnudo.

Como si pudiera ver todo lo roto que hay dentro de mí.

Y en lugar de huir, se queda.

Eso es lo que me está matando.

Que se queda.

—Ronan.

Su voz me devuelve al presente. Está inclinada hacia delante ahora, con los codos apoyados en la mesa. Tan cerca que si extendiera la mano podría tocarla.

No lo hago.

Nunca lo hago.

Porque sé que si la toco, si cruzo esa línea, no seré capaz de parar.

—¿En qué piensas? —pregunta, y hay curiosidad y calidez en su expresión. Y algo más que no puedo identificar pero que hace que el estómago se me cierre.

—En el trabajo.

—Mentiroso.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Que eres un mentiroso. —Se ríe, y el sonido es suave, íntimo en el silencio de la biblioteca—. Llevas veinte minutos mirando la pantalla sin escribir nada. Y cada vez que levanto la vista, me estás mirando a mí.

Mierda.

—No pasa nada. —Se muerde el labio, un gesto que me tiene obsesionado desde hace meses—. Yo también te miro.

El corazón se me dispara.

¿Acaba de decir eso?

—De hecho —continúa, y hay nerviosismo en su voz ahora, pero también determinación—. Hay algo que quiero preguntarte.

No.

Sé lo que va a preguntar antes de que lo diga.

Lo he visto venir durante semanas. La forma en que me mira. La forma en que encuentra excusas para estar cerca. La forma en que cada conversación se vuelve más íntima, más personal.

La forma en que yo lo he permitido.

Como un idiota.

—¿Quieres tomar un café conmigo?

Ahí está.

La pregunta que he estado temiendo y deseando a partes iguales.

—Tomamos café todo el tiempo —respondo, aunque sé perfectamente lo que quiere decir.

—No. —Niega con la cabeza, y unos mechones rubios se escapan de su coleta—. No me refiero a en la cafetería del campus entre clases. Me refiero a… algo real. Fuera de aquí. Los dos solos.

Los dos solos.

Esas tres palabras se repiten en mi cabeza como una alarma.

Porque sé lo que significan.

Significa cruzar la línea que he estado evitando con desesperación.

Significa pasar de «conocidos que estudian juntos» a algo más.

Significa darle esperanza de que esto —lo que sea que es esto— puede ir a algún lado.

Y no puede.

No debe.

Porque yo no soy el hombre que ella necesita. No soy el hombre que merece esa sonrisa. Esa luz. Esa bondad infinita que irradia como si fuera lo más natural del mundo.

Soy frío. Cerrado. Roto de formas que ni siquiera ella con toda su calidez podría arreglar.

Y si dejo que se acerque más, si acepto ese café, si le doy aunque sea una migaja de esperanza…

La destruiré.

Como todo lo que toco.

—No puedo —digo finalmente.

Algo en su expresión cambia. La esperanza que había en sus ojos vacila.

—¿Por qué no?

Porque te deseo demasiado.

Porque no puedo dejar de pensar en ti.

Porque si me das una hora a solas contigo, no sé si podré mantener las manos quietas.

Porque me aterra lo que me haces sentir.

Pero lo que digo es:

—Porque no puedo darte lo que necesitas, Skylar.

Las palabras salen más duras de lo que pretendía. Como un cuchillo entre nosotros.

Puedo ver cómo la atraviesan. El momento exacto en que entiende lo que estoy diciendo.

—¿Qué? —Su voz sale apenas en un susurro.

—Estoy aquí para graduarme. Para construir algo con mis hermanos. No tengo tiempo para… —Hago un gesto vago entre nosotros—. Esto.

—¿Esto? —repite, y hay dolor en su voz ahora—. ¿Qué es esto exactamente, Ronan?

Tú.

Nosotros.

Lo que podríamos ser si yo no fuera un cobarde.

—Una distracción.

Las palabras caen entre nosotros como una bomba.

Y veo cómo explota en su interior. Cómo algo en su expresión se rompe.

—Pensé que estábamos a gusto juntos. Que tú...

No termina la frase.

Cierra los ojos. Respira hondo. Y cuando los abre otra vez, hay algo diferente en ellos.

Lágrimas.

Contenidas.

Joder.

No quiero hacerle llorar.

Pero es mejor esto. Un dolor rápido ahora que un desastre mayor después.

—Pensaba que te estaba conociendo —dice finalmente—. Que estabas dejándome entrar. Que quizás… —Se detiene. Se pasa una mano por la cara—. Pero estaba viendo solo lo que quería ver, ¿verdad?

Sí.

No.

No lo sé.

Lo único que sé es que, si no detengo esto ahora, si no pongo distancia entre nosotros, voy a hacer algo estúpido.

Como decir que sí.

Como inclinarme sobre esta mesa y besarla hasta que olvide su nombre.

Como permitirme sentir todo lo que llevo reprimiendo durante meses.

—Mereces a alguien que pueda darte lo que necesitas —digo, intentando que mi voz suene firme aunque por dentro estoy desmoronándome—. Atención. Tiempo. Yo no puedo dártelo.

—No te he pedido nada.

—Lo sé.

—Solo un café, Ronan. Solo conocernos de verdad.

Y ese es exactamente el problema.

Porque ya la conozco demasiado.

Sé que canta cuando está nerviosa. Que se muerde el labio cuando está concentrada. Que habla con las manos. Que quiere salvar a cada niño del mundo.

Sé que es bondad pura. Luz en forma humana.

Y sé que yo soy oscuridad.

Y la oscuridad siempre destruye la luz.

—Lo mejor es que mantengamos las distancias desde ahora —digo finalmente, obligándome a sostener su mirada aunque me está matando hacerlo—. Para los dos.

Silencio.

Ella me mira durante varios segundos. Con esos ojos color miel que ahora están brillantes por las lágrimas contenidas.

Y entonces asiente.

Una vez.

—De acuerdo —dice, y su voz sale quebrada—. Entiendo.

No. No lo entiende.

Pero es mejor así.

Se levanta. Recoge sus cosas con movimientos rápidos, casi frenéticos. Los libros se le caen. Los recoge sin mirarme.

—Skylar…

—No. —Levanta una mano, deteniéndome—. No digas nada más. Por favor.

Y entonces se va.

Camina hacia la salida de la biblioteca con pasos rápidos, la cabeza baja, el bolso colgando de un hombro.

Y yo me quedo ahí sentado.

Mirando la silla vacía donde estaba hace un momento.

Diciéndome que he hecho lo correcto.

Que nos he protegido a ambos.

Que esto es lo mejor.

Pero lo único que siento es un vacío tan profundo que me cuesta respirar.

Y la certeza dolorosa de que acabo de cometer el error más grande de mi vida.

SKYLAR

No lloro hasta que llego a mi habitación.

Me contengo durante todo el camino desde la biblioteca. A través del campus. Subiendo las escaleras de la residencia. Abriendo la puerta con manos que tiemblan tanto que apenas puedo meter la llave.

Pero en el momento en que la puerta se cierra detrás de mí, todo se desmorona.

Me dejo caer en la cama y las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se derraman.

Estúpida.

Soy tan estúpida.

He pasado cuatro meses acercándome a él poco a poco. Ganándome su confianza. Haciendo que se riera. Que hablara. Que me mirara como si…

Como si le importara.

Pensaba que estaba atravesando esa armadura de titanio que tiene. Pensaba que cada café compartido, cada hora estudiando juntos, cada conversación que se alargaba más de lo planeado era una grieta en sus murallas.

Pensaba que me estaba dejando entrar.

Pero estaba equivocada.

Completamente equivocada.

Estaba viendo solo lo que quería ver.

Una distracción.

Esas palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez. Como un disco rayado que no puedo apagar.

Eso es todo lo que soy para él.

Una molestia. Un obstáculo entre él y sus objetivos perfectamente planificados.

Me acurruco en la cama, abrazando la almohada contra mi pecho.

Y me permito sentir todo el dolor.

El rechazo.

La humillación.

La certeza de que he estado construyendo algo en mi cabeza que nunca existió realmente.

Porque Ronan Hawke nunca me dejó entrar.

Solo me dejó acercarme lo suficiente para que doliera cuando me apartara.

Y duele.

Dios, cómo duele.

Cierro los ojos con fuerza, intentando bloquear la imagen de sus ojos grises mirándome con esa frialdad. Esa indiferencia.

Como si el tiempo que hemos pasado juntos no significara nada.

Como si yo no significara nada.

Y quizás no significo nada.

Quizás soy demasiado intensa. Demasiado parlanchina.

Quizás mi forma de ser solo asusta a la gente.

Los hace retroceder en lugar de acercarlos.

Me acurruco más, dejando que las lágrimas empapen la almohada.

Y me prometo algo ahí, en la oscuridad de mi habitación:

No voy a volver a intentarlo.

No voy a acercarme más a Ronan Hawke.

Si no me quiere cerca, entonces me mantendré lejos.

Aunque me mate hacerlo.

Aunque cada parte de mí grite que hay algo más. Que lo vi. Que vi momentos en los que sus murallas bajaban. En los que me miraba como si le importase.

Pero no importa lo que vi.

Porque él ha dejado claro lo que soy.

Una distracción.

Nada más.

Y no voy a destrozarme intentando ser algo más.

Las lágrimas siguen cayendo.

Y me permito llorar hasta que no quedan más.

Hasta que solo queda el vacío.

Y la certeza dolorosa de que Ronan Hawke fue mi primer amor.

Y que voy a tardar mucho tiempo en superarlo.

CAPÍTULO 7

SKYLAR

El ascensor se detiene en su planta con un suave *ding* que resuena en el silencio.

Las puertas se abren.

Y tengo que obligarme a salir.

El pasillo es exactamente lo que esperaba de un edificio como este: suelo de mármol pulido, iluminación indirecta, paredes en tonos grises y blancos. Minimalista. Elegante. Frío.

Hay una sola puerta al final del pasillo.

Por supuesto.

La planta entera es suya.

Mis tacones suenan demasiado fuerte contra el mármol mientras camino. Cada paso me acerca a algo que llevo años evitando y deseando a partes iguales.

Verlo.

Estar en el mismo espacio que él.

Respirar el mismo aire.

El corazón me late tan fuerte que puedo escucharlo en mis oídos. Las manos me tiemblan ligeramente. La garganta se me ha cerrado de una forma que hace que tragar saliva sea casi imposible.

Esto es ridículo.

Soy una profesional. He manejado cientos de casos. He entrado en casas de desconocidos. Me he enfrentado a situaciones mucho más difíciles que esta.

Pero ninguna de esas situaciones involucraba a Ronan Hawke.

Llego a la puerta. Me detengo.

Respiro hondo. Una vez. Dos veces. Intento calmar el temblor en mis manos.

No funciona.

Levanto la mano. Llamo a la puerta.

El sonido resuena en el pasillo vacío.

Y entonces escucho pasos al otro lado. Acercándose.

El corazón se me dispara todavía más. Como si quisiera salirse de mi pecho. Como si supiera que al otro lado de esta puerta está la única persona que ha sido capaz de romperme.

La cerradura hace clic.

El pomo gira.

La puerta se abre.

Y ahí está.

Ronan Hawke.

Después de nueve años.

El aire se me queda atascado en los pulmones. Todo el cuerpo se me paraliza. El mundo entero se reduce a este momento, a este hombre de pie frente a mí, mirándome como si tampoco pudiera creer que esto esté pasando.

Es más alto de lo que recordaba. O quizás es solo que su presencia llena el espacio de una forma diferente ahora. Más sólida. Más imponente.

Lleva vaqueros oscuros que le quedan perfectos y una camiseta negra que se ajusta a su torso de una forma que hace que tenga que obligarme a no mirar. El pelo —que siempre llevaba impecablemente peinado— está despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él mil veces. Tiene la mandíbula apretada, los hombros tensos, y esos ojos grises que me persiguen en sueños me están mirando con una intensidad que me quema desde dentro.

Han pasado años y sigue siendo devastadoramente guapo.

Más.

Porque ya no es el chico universitario que conocí. Ahora es un hombre. Con líneas finas alrededor de los ojos que no estaban antes. Con una seguridad en sí mismo que antes solo era una promesa. Con un poder que se siente físicamente.

Y me sigue mirando.

Sin decir nada.

Como si se le hubiera olvidado hablar.

Yo tampoco puedo hablar.

Porque de repente soy esa chica inocente otra vez. La que pasaba horas en la biblioteca solo para estar cerca de él. La que inventaba excusas para cruzarse en su camino. La que se enamoró de un hombre que nunca la quiso.

—Skylar.

Mi nombre sale de su boca como una exhalación.

Y madre mía, su voz en persona.

Es más grave de lo que recordaba. Con un matiz áspero que hace que algo en mi estómago se contraiga de una forma completamente inapropiada.

—Hola, Ronan.

Las palabras me salen más firmes de lo que esperaba. Más controladas. Como si mi cuerpo entero no estuviera temblando por dentro.

Algo cruza su expresión. ¿Sorpresa? ¿Alivio?

—Has venido —dice, y hay alivio en su tono.

—Me has dicho que un bebé necesitaba ayuda.

Profesional. Mantenlo profesional.

Él asiente. Una vez. Despacio. Como si necesitara ese segundo para recomponerse.

—Sí. Entra. Por favor.

Se hace a un lado, sosteniéndome la puerta.

Y tengo que pasar junto a él.

Tan cerca que puedo oler su colonia. Algo limpio y masculino con notas de madera que hace que mi cerebro se cortocircuite durante un segundo. Tan cerca que podría extender la mano y tocarlo si quisiera.

No lo hago.

Entro en el apartamento con pasos que intento que parezcan seguros.

El espacio es enorme, minimalista, todo líneas limpias y tonos neutros. Ventanales del suelo al techo con vistas a Manhattan. Muebles de diseñador que probablemente cuestan más que mi sueldo anual. Todo perfecto. Todo controlado.

Todo completamente sin vida.

No hay fotos. No hay color. No hay nada que indique que alguien vive aquí realmente.

Es como estar dentro de la mente de Ronan Hawke.

Y entonces veo el portabebés sobre la mesa de centro de cristal.

Todos mis instintos se activan inmediatamente.

Me acerco, agachándome para mirar al bebé sin tocarlo todavía. Sigue durmiendo. Tiene la respiración estable. Un color saludable. Y no parece en peligro.

—Skylar, este es mi hermano Kai.

La voz de Ronan me hace levantar la vista.

Hay otro hombre en el salón y no me había dado cuenta. Más joven, con pelo castaño claro y ojos verdes brillantes que me observan con una mezcla de curiosidad y diversión.

—Encantado de conocerte —dice Kai, acercándose con la mano extendida—. He oído hablar de ti.

Eso me sorprende tanto que parpadeo.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no directamente. —Su sonrisa se amplía—. Ronan no es muy de hablar. Pero sé interpretar sus gruñidos —bromea.

—Kai —dice Ronan, y hay advertencia en su voz.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

Me pongo de pie, girándome para mirar a Ronan directamente.

—Necesito que me expliques exactamente qué ha pasado. Desde el principio. ¿Cómo es posible que no supieras que tenías una hija?

Él respira hondo. Como si necesitara armarse de valor para lo que va a decir.

—Porque nadie me había hablado de su existencia hasta hace dos horas.

—Explícate.

—Una mujer apareció en el vestíbulo del edificio. Tenía el portabebés. Le dijo al portero que necesitaba verme urgentemente. Cuando bajé, me dijo que la bebé era mía. Y antes de que pudiera reaccionar, desapareció.

Proceso la información con la rapidez de años de experiencia.

—¿Cómo se llama la madre?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No la conozco.

Me cruzo de brazos, intentando mantener la expresión neutral, aunque por dentro estoy luchando contra una oleada de emociones que no tengo derecho a sentir.

—Ronan, necesito que seas honesto conmigo. ¿Cuándo estuviste con ella? ¿Dónde la conociste? No puedes acostarte con una mujer sin verla. Necesitamos saber su nombre.

—No… —Se pasa una mano por el pelo, y puedo ver cómo la mandíbula se le tensa—. No la conozco. Nunca he mantenido una conversación con ella. Ni siquiera sé su nombre.

Me quedo mirándolo durante varios segundos.

—No lo entiendo.

—Hay una agencia —dice finalmente, y las palabras salen como si le costaran físicamente—. Para encuentros discretos. Profesionales. Firmo un acuerdo. Ellas firman un acuerdo. Sin nombres. Sin conversación. Sin… nada excepto lo necesario.

El silencio que sigue es absoluto.

Puedo sentir cómo mi cerebro intenta procesar lo que acaba de decir. Cómo intenta encajarlo con el Ronan que conocí hace nueve años.

Pero en realidad tiene sentido.

Demasiado sentido.

—Espera, espera. —Kai se acerca, y la expresión de su cara oscila entre la incredulidad y la risa—. ¿Me estás diciendo que pagas por sexo?

—Es una agencia legítima —responde Ronan, y hay tensión en cada línea de su cuerpo—. Profesional. Pensada para personas que…

—¿Que tienen pánico a la intimidad? —termina Kai, y suena como si estuviera intentando no reírse.

—Que valoran su privacidad —corrige Ronan entre dientes.

—Joder, hermano. Eso es… —Kai niega con la cabeza—. Ni siquiera sé qué decir.

Yo tampoco.

Porque de repente veo con una claridad dolorosa hasta qué punto Ronan le tiene miedo a la conexión real. A dejar entrar a alguien. A

arriesgarse a sentir algo.

Ha construido un sistema entero para satisfacer sus necesidades físicas sin tener que dar nada emocional a cambio.

Es brillante.

Y devastador.

Y me hace darme cuenta de algo que duele más de lo que debería:

No hay ni una sola posibilidad de que salga ilesa de esta situación.

Porque por mucho que me repita que esto es profesional, que solo estoy aquí por el bebé, mi corazón estúpido sigue latiendo con fuerza cada vez que lo miro.

Después de tantos años.

Todavía.

Y Ronan Hawke sigue siendo exactamente igual de inalcanzable que entonces.

Quizás más.

—Vale —digo finalmente, obligando a mi voz a sonar firme—. Entiendo la situación. Pero esto complica las cosas. Si no conoces a la madre, si no tienes ninguna información sobre ella… Tengo que activar el protocolo oficial. Llamar a mi supervisor. Llevarnos al bebé hasta que sepamos si eres el padre.

—No.

La palabra sale de él con una fuerza que me hace dar un paso atrás.

—¿Ronan?

—No te la vas a llevar. —Se acerca a mí con pasos rápidos, y de repente está demasiado cerca. Tan cerca que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Tan cerca que puedo ver cómo se le dilatan las pupilas. Tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo—. Por favor, Skylar. No te la lleves.

Hay algo en su voz.

Algo roto.

Algo desesperado.

Algo que nunca había escuchado en Ronan Hawke.

—Si activo el protocolo estándar, irá a un hogar de acogida —explico, intentando mantener la voz suave—. Solo temporalmente. Hasta que se confirme la paternidad. Es el procedimiento.

—No. —Niega con la cabeza, y puedo ver cómo la desesperación aumenta en sus ojos—. No voy a dejar que la metan en el sistema. No voy a dejar que pase por…

Se detiene.

Pero no necesita terminar.

Puedo ver en su expresión exactamente lo que iba a decir. Lo que está pensando.

No va a dejar que esta bebé pase por lo mismo que ellos estuvieron a punto de pasar. La incertidumbre. El miedo. Nunca saber si alguien va a estar ahí mañana.

Y veo algo en su cara que me rompe por completo.

Miedo.

Miedo real. Visceral. De que me lleve a este bebé.

—Por favor —repite, y su voz se quiebra ligeramente en esa palabra—. Solo dame esta noche. Mañana haremos lo que sea necesario. Llamaremos a quien haga falta. Pero esta noche… déjala conmigo.

Me mira con una intensidad que hace que se me olvide respirar.

Y me doy cuenta de algo.

Ronan Hawke tiene miedo de muchas cosas. De sentir. De conectar. De dejar entrar a alguien.

Pero en este momento, lo que más le aterroriza es que me lleve a esta bebé que ni siquiera sabe con certeza si es suya.

—Está bien —digo finalmente.

Él parpadea. Como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

—¿Qué?

—Está bien. No la voy a llevar esta noche. —Levanto una mano antes de que pueda hablar—. Pero mañana empezamos el proceso oficial. ¿Lo entiendes?

—Sí. —La palabra sale rápida. Aliviada—. Sí. Lo que sea.

Asiento.

Y entonces me acerco al portabebés.

—Voy a sacarla. Necesito revisarla bien. He de asegurarme de que está sana.

Suelto las correas. Deslizo las manos bajo el bebé con la práctica de años. La levanto con cuidado, sosteniéndola contra mi pecho, ajustando su cabecita en el hueco de mi cuello.

Es tan pequeña. Tan perfecta. Tan completamente vulnerable.

Y entonces escucho un sonido.

Un jadeo.

Ahogado. Entrecortado.

Levanto la vista.

Y encuentro a Ronan mirándome —mirándonos— con una expresión que nunca le había visto.

Con los ojos muy abiertos. La boca ligeramente abierta. Y la mano —Dios, la mano— presionada contra su pecho como si algo dentro de él acabara de explotar y estuviera intentando contenerlo.

Nos miramos durante varios segundos que se sienten como una eternidad.

Y algo pasa entre nosotros.

Algo que no tiene palabras pero que siento vibrar en el aire. Algo que hace que el corazón se me dispare y que la respiración se me acelere.

Algo peligroso.

—Bueno. —La voz de Kai rompe el momento como un cristal—. Veo que estás en las mejores manos, hermano.

Le da una palmadita en la espalda a Ronan que casi lo hace tropezar.

—Creo que ahora empieza tu verdadero momento.

Se gira hacia mí con una sonrisa encantadora.

—Skylar, ha sido un auténtico placer conocerte. Y estoy completamente seguro de que nos vamos a ver mucho de aquí en adelante.

Se acerca al bebé, inclinándose para mirarla con una ternura que contrasta completamente con su actitud despreocupada de hace un momento.

—Es un placer conocerte, preciosa. Espero que la próxima vez que te vea pueda saber tu nombre. El nombre de mi primera

sobrina.

Se endereza, dirigiéndose hacia la puerta.

—Me voy con mi chica. Veo que aquí todo está bajo control.

La puerta del piso se cierra detrás de él.

Y de repente estamos solos.

Ronan y yo.

Con un bebé entre nosotros.

Nueve años de silencio.

Y un ambiente tan cargado de emociones que casi puedo tocarlo.

CAPÍTULO 8

SKYLAR

—Tenemos que ir a comprar —digo, ajustando al bebé en mis brazos, cuando el silencio que se ha instalado entre nosotros se vuelve casi insoportable.

Ronan sigue cerca de mí, con la mano todavía presionada contra su pecho como si necesitara recordarse que tiene que seguir respirando.

—¿Ahora? —pregunta, y su voz sale ronca.

—Ahora. —Lo miro directamente—. Como no sabías que tenías una hija entiendo que no tienes nada. Ni pañales, ni fórmula, ni biberones. Y cuando la bebé se despierte va a necesitar comer.

Veo cómo procesa la información. Cómo algo en sus ojos cambia de esa intensidad abrumadora a algo más práctico. Más controlado.

—De acuerdo. Vamos.

—Primero tengo que volver a meterla en el portabebés —digo, acercándome a la mesa de centro donde sigue el portabebés vacío —. No puedo llevarla en brazos en el coche.

Me arrodillo junto a la mesa, sosteniendo al bebé con cuidado. Es un proceso delicado: apoyar su cabecita, sostener su cuerpecito, deslizarla dentro sin molestarla.

Ronan se agacha a mi lado. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia.

—¿Necesitas…? —empieza, pero se detiene.

—Ya está —murmuro, ajustando al bebé dentro del portabebés—. Lista.

Me pongo de pie. Ronan hace lo mismo, pero sus ojos siguen fijos en ella.

—¿La cojo yo? —pregunta.

—Si quieres.

Se inclina, deslizando las manos bajo el asa del portabebés. Lo levanta con un cuidado exagerado que me resulta demasiado conmovedor.

A la altura de su pecho. Como si cualquier lugar por debajo fuera peligroso.

—El asa no se va a romper —digo mientras caminamos hacia la puerta—. Para eso está.

—Ya lo sé.

—Ronan, lo estás sosteniendo como si fuera una bomba.

Me lanza una mirada de reojo.

—Es más frágil que una bomba.

No puedo evitarlo. Una sonrisa se me escapa.

Y algo en su expresión se suaviza. Solo un segundo. Pero está ahí.

Salimos al pasillo. Caminamos hacia el ascensor. Ronan pulsa el botón con el codo porque tiene las dos manos ocupadas sosteniendo el portabebés a la altura equivocada.

—Puedes bajarlo —digo cuando entramos en el ascensor—. No va a romperse.

—Lo sé.

Pero no lo baja.

Las puertas se cierran y descendemos en silencio. Puedo ver su reflejo en las paredes metálicas. La forma en que mira al bebé cada pocos segundos. La tensión en sus hombros que no ha desaparecido ni un ápice.

Cuando llegamos al garaje, Ronan se dirige directamente hacia un Tesla negro que brilla bajo las luces LED.

Abre el coche con un botón en la llave.

—La silla va en el asiento trasero —digo—. Detrás del conductor si es posible. Es la posición más segura.

Abre la puerta trasera. Me mira.

—¿Sabes instalarla?

—Es literalmente parte de mi formación. —Me acerco, extendiendo las manos—. Dame el portabebés.

Me lo pasa con un cuidado extremo, como si estuviera transfiriéndome algo invaluable.

Es adorable. Y odio que sea adorable.

Me inclino dentro del coche, colocando el portabebés en el asiento. Coloco el cinturón de la forma adecuada y encajo la base.

Tiro del portabebés hacia mí. No se mueve.

Compruebo las correas del arnés que sujetan al bebé. Ajusto la tensión. Me aseguro de que todo esté en su sitio.

—¿Ya está? —pregunta Ronan, y hay algo en su voz. ¿Preocupación quizás?

—Sí. Ya está. —Salgo del coche—. La niña está bien sujeta y lista para viajar.

Él se inclina dentro del coche inmediatamente, tirando del portabebés con ambas manos.

—¿Segura?

—Ronan, sé instalar una silla de bebé. Es mi trabajo proteger menores.

—Ya, pero…

—Está bien. De verdad.

Se queda ahí un momento más, comprobando las correas del arnés. Las vuelve a comprobar.

—Ronan.

Finalmente se endereza. Me mira con esos ojos grises llenos de algo que no puedo identificar.

—Es que… si le pasa algo…

—No le va a pasar nada. —Mi voz sale más suave de lo que pretendía—. Está segura. Te lo prometo. Jamás dejaría que le pasase nada.

Nos miramos durante varios segundos. Demasiado cerca. Demasiado intenso.

Soy yo quien rompe el momento.

—Tenemos que irnos. Antes de que se despierte.

Ronan cierra la puerta trasera con cuidado y se queda ahí un momento, mirando hacia el interior del coche como si no pudiera creer que hay un bebé dentro.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí. —Pero no suena convincente.

—Ronan.

—Estoy bien. Vamos.

Rodea el coche hacia el asiento del conductor mientras yo abro la puerta trasera del lado opuesto y me subo.

Me coloco en el asiento detrás del copiloto, justo al lado del portabebés. Desde aquí puedo verla perfectamente. Puedo tocarla si necesita algo. Puedo asegurarme de que está bien.

Ronan arranca el motor y me mira por el retrovisor.

—¿Por qué te has sentado atrás?

—Porque ella va atrás. —Ajusto mi cinturón—. Y si se despierta o necesita que la atienda, estoy aquí.

Algo cruza su expresión. Alivio, quizás.

—Bien. Sí. Gracias.

Empieza a conducir.

Y de inmediato me doy cuenta de que va ridículamente despacio.

Diez kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad. Frena en cada semáforo con tanta suavidad que apenas siento la desaceleración. Y nos mira por el retrovisor cada cinco segundos.

A las dos.

Comprobando. Verificando. Asegurándose de que todo está bien.

Algo en mi pecho se ablanda.

Porque Ronan Hawke —el hombre que construyó murallas tan altas alrededor de su corazón que nadie puede escalarlas— está completamente aterrado por un bebé de cuatro kilos.

—Está bien —digo suavemente después del décimo vistazo.

Sus ojos encuentran los míos en el espejo.

—¿Segura?

—Segura. Sigue durmiendo. Respira bien. Todo está bien.

—¿Y si…?

—No le va a pasar nada, Ronan. —Pongo mi mano sobre el borde del portabebés, cerca de su manita—. Lo estás haciendo bien.

Veo cómo traga saliva. Cómo sus manos se aprietan sobre el volante.

—No sé qué estoy haciendo.

—Nadie sabe qué está haciendo la primera vez. Pero estás aquí. Estás conduciendo con cuidado. Estás pendiente de ella. Eso es más de lo que muchos hacen.

No responde. Pero vuelve a mirar el retrovisor.

Y esta vez, cuando nuestros ojos se encuentran, hay algo diferente en su mirada.

Algo vulnerable.

Algo que hace que el aire en el coche se sienta más denso.

Un taxi nos adelanta por la derecha, tocando la bocina de forma agresiva. Ronan ni se inmuta. Sigue a su ritmo. Pendiente solo de nosotras.

Y eso… eso me derrite por dentro.

Porque nunca pensé que vería a Ronan Hawke así. Desarmado. Asustado. Haciendo todo lo posible por proteger a alguien tan pequeño y frágil.

Es devastador.

—Respira —digo finalmente, porque puedo ver cómo la tensión le está consumiendo—. De verdad. Está bien. Lo prometo.

Sus ojos encuentran los míos en el espejo otra vez.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Porque he hecho esto cientos de veces. Y porque sé reconocer cuando un bebé está bien. —Miro a la bebé, que sigue durmiendo pacíficamente—. Ella está bien. Y tú también vas a estarlo.

Algo en su mandíbula se relaja. Solo un poco.

Pero es suficiente.

Seguimos conduciendo en silencio. Él comprobando el retrovisor cada pocos segundos. Yo manteniendo mi mano cerca del portabebés, atenta a cualquier cambio en su respiración, en su color, en cualquier cosa que indique que me necesita.

Y entonces sucede.

La bebé se retuerce ligeramente. Frunce el ceño. Abre los ojos.

Y empieza a llorar.

No es un quejido suave. No es un llanto que va creciendo gradualmente. Es un grito a pleno pulmón que llena el coche como una sirena.

Ronan pisa el freno tan bruscamente que el cinturón se me clava en el pecho.

—¿Qué le pasa? —Su voz sube una octava—. ¿Está bien? ¿Le duele algo?

—Está bien —digo inmediatamente, girándome completamente hacia el portabebés—. Solo tiene hambre. O el pañal sucio. O ambas cosas.

—¿Qué hago? ¿Paro? ¿Sigo?

—Sigue conduciendo. —Deslizo los dedos entre las correas del arnés para tocar su manita—. Llegaremos en cinco minutos.

—No puedo conducir mientras llora así.

—Ronan, mírame. —Espero hasta que sus ojos encuentran los míos en el espejo—. Respira. Es un bebé. Los bebés lloran. Es lo único que saben hacer para comunicarse. No significa que algo vaya mal.

—¿Segura?

—Completamente segura. —Mantengo mi mano sobre la suya, sintiendo cómo sus deditos se cierran alrededor del mío—. Ahora conduce. Yo me quedo aquí con ella.

Veo cómo lucha consigo mismo. Cómo cada fibra de su ser quiere detenerse, salir del coche, hacer algo.

Pero finalmente asiente y vuelve la vista al frente.

Empieza a conducir otra vez. Más rápido esta vez. Con más urgencia.

—Hola, preciosa —murmuro, inclinándome lo más cerca que puedo sin soltar mi cinturón—. Ya lo sé. Ya lo sé. Tienes hambre y no entiendes qué está pasando.

El llanto no para, pero sus deditos siguen aferrados al mío.

—Eso es —sigo murmurando, acariciando su manita con el pulgar —. Sigue sosteniendo mi dedo. Ya casi llegamos. Te prometo que vamos a darte de comer muy pronto.

Miro hacia arriba y encuentro los ojos de Ronan en el retrovisor otra vez. Me está mirando con una intensidad que hace que se me corte la respiración.

—¿Funciona? —pregunta, y su voz sale tensa.

—Más o menos. —No aparto mi mano de la suya—. Pero lo importante es que está bien. Solo protesta. Es diferente.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el tipo de llanto. Este es de hambre o incomodidad. Si fuera dolor, sonaría diferente. Confía en mí.

Él no responde. Pero acelera ligeramente.

—Gira a la izquierda en el próximo semáforo —digo—. Hay una farmacia grande que abre veinticuatro horas.

Él asiente. Gira.

Y para cuando llegamos al aparcamiento, el llanto del bebé sigue siendo fuerte pero constante. No ha empeorado. Y eso es bueno.

Ronan aparca en la primera plaza que encuentra. Ni siquiera espera a que el motor se apague completamente antes de salir del coche.

Tiene mi puerta abierta en segundos.

—Sácala —dice, y hay urgencia real en su voz—. Por favor.

Desabrocho las correas del arnés con manos expertas y levanto al bebé con cuidado. En cuanto está contra mi pecho, el llanto disminuye. No para completamente, pero se convierte en pequeños sollozos entrecortados.

—Hola, cariño —murmuro contra su cabecita, saliendo del coche —. Ya está. Ya está.

Empiezo a mecerla suavemente, caminando en pequeños círculos en el aparcamiento. Y poco a poco, los sollozos se calman. Se convierten en suspiros. Y finalmente, casi silencio.

Cuando levanto la vista, Ronan me está mirando con una expresión que hace que se me olvide respirar.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunta.

—Con práctica. —Sigo meciendo al bebé—. Y suerte. Mucha suerte.

—No parece suerte. Parece que sabes lo que haces.

—Créeme, con los bebés siempre es suerte.

Él niega con la cabeza, pero no dice nada más.

—Vamos —digo finalmente, rompiendo el momento—. Antes de que cambie de opinión y vuelva a llorar.

Empiezo a caminar hacia la entrada de la farmacia. Lo escucho cerrar el coche detrás de mí. Sus pasos acercándose.

Y cuando llegamos a la entrada automática, está justo a mi lado. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia.

Tan cerca que cuando miro hacia arriba, encuentro sus ojos ya fijos en mí.

—Gracias —dice en voz baja—. Por todo esto.

No sé qué decirle.

Así que simplemente asiento y entro en la farmacia.

Con un bebé en brazos que no es mío.

Y un hombre a mi lado que nunca debería haber vuelto a ver.

Y mi corazón que late demasiado rápido por razones que no tienen nada que ver con el trabajo.

CAPÍTULO 9

SKYLAR

La farmacia es enorme y está casi vacía a esta hora. Solo estamos nosotros, un empleado reponiendo estanterías, y un guardia de seguridad que parece medio dormido junto a la entrada.

Ronan coge un carrito y lo empuja hacia el pasillo de productos infantiles con una determinación que hace que todo parezca una operación militar.

Yo lo sigo con la bebé en brazos, que ha vuelto a quedarse dormida contra mi hombro. La verdad es que es increíblemente buena.

Cuando llegamos al pasillo, Ronan se detiene en seco.

Y se queda mirando las estanterías como si acabara de aterrizar en otro planeta.

Hay pañales hasta arriba. Diferentes marcas, diferentes tamaños, diferentes colores de paquete. Y al lado, fórmulas. Docenas de latas con etiquetas que prometen cosas diferentes: «para cólicos», «para gases», «para piel sensible», «para bebés prematuros».

—Joder —murmura.

—Sí —digo, mordiéndome el labio para no sonreír—. Es abrumador la primera vez.

—¿La primera vez? —Me mira—. ¿Esto se hace más fácil?

—No. Pero te acostumbras a estar confundido.

No le hace gracia. Vuelve a mirar las estanterías con el ceño fruncido.

—¿Por dónde empiezo?

—Por lo básico. —Me acerco a los pañales—. Por el tamaño, yo diría que necesita una talla uno. De dos kilos y medio a cuatro kilos y medio.

Cojo un paquete con mi mano libre y se lo paso.

Él lo coge como si le acabara de entregar algo explosivo. Lo gira. Lee la etiqueta. La vuelve a leer.

—¿Solo uno?

—Para empezar, sí. Si no le van bien, compramos otros.

—¿Y si se nos acaban esta noche?

—Ronan, ese paquete tiene treinta y seis pañales. A menos que planees cambiarla cada veinte minutos…

—¿Cada cuánto hay que cambiarlos?

—Cada dos o tres horas aproximadamente. O cuando haga caca.

Él palidece visiblemente.

—¿Cómo voy a saber cuándo hace caca?

—Créeme. Lo sabrás.

Me mira como si acabara de darle la peor noticia de su vida.

Y esta vez no puedo contener la sonrisa.

—No es gracioso —murmura, pero hay algo en su tono que sugiere que sabe exactamente lo ridículo que suena.

—Un poco sí.

—Estoy completamente perdido y tú te estás riendo de mí.

—No me estoy riendo. —Aunque definitivamente estoy sonriendo —. Solo me parece tierno que estés tan preocupado.

Algo cruza su expresión. ¿Sorpresa? ¿Alivio?

—¿Tierno?

—Sí. —Ajusto al bebé en mis brazos—. La mayoría de la gente entraría aquí y cogería lo primero que viera. Tú estás leyendo cada etiqueta como si fuera un contrato de inversión.

—Es más importante que un contrato de inversión.

Y Dios, esa respuesta hace que algo en mi pecho se apriete.

—Lo sé —digo suavemente—. Y por eso lo vas a hacer bien.

Nos miramos durante un segundo. Dos.

Y entonces él carraspea y vuelve a mirar los pañales.

—Vale. Uno. —Mete el paquete en el carrito.

Cuando me giro hacia la fórmula, escucho el sonido inconfundible de más paquetes siendo añadidos.

—Ronan.

—¿Qué?

—¿Cuántos has cogido?

—Dos más. Por si acaso.

—Por si acaso ¿qué? ¿Por si hay un apocalipsis de pañales?

—Nunca se sabe.

Esta vez sí que me río. Y cuando lo miro, hay algo en la comisura de su boca que podría ser casi una sonrisa.

Seguimos avanzando. La fórmula es el siguiente reto.

Ronan se queda de pie frente a las estanterías, leyendo cada etiqueta con la misma concentración que si estuviera revisando análisis financieros.

—¿Esta? —pregunta, señalando una lata azul.

—Esa es para bebés con reflujo.

—¿Esta?

—Para intolerancia a la lactosa.

—¿Esta?

—Para bebés prematuros.

—Joder. —Se pasa una mano por el pelo, descolocándolo—. ¿Por qué hay tantas?

—Porque cada bebé es diferente. —Cojo una lata con mi mano libre—. Pero esta es la estándar. Para bebés sanos de cero a seis meses. Empezamos con esta.

—¿Y si no le gusta?

—Entonces probaremos otra.

—¿Y si le hace daño?

—No le va a hacer daño. Es una fórmula regulada y testada. Millones de bebés la toman.

—Pero ¿y si…?

—Ronan. —Pongo la lata en el carrito—. Dos para empezar. Si hay algún problema, lo solucionaremos. ¿Vale?

Él mira la lata. Luego a mí. Luego al bebé dormido en mis brazos.

—Vale.

Y coge dos más.

—Son cuatro —señalo.

—Por si se acaba.

—Ronan, cada lata dura mucho.

—Me da igual.

Levanto las manos en rendición.

—Cuatro. Perfecto.

Los biberones son el siguiente campo de batalla.

—¿De cristal o de plástico? —pregunta, mirando las opciones como si fuera a salvar vidas con su decisión.

—Plástico. Son más seguros. No se rompen si se caen.

—¿Pero el cristal no es mejor?

—El plástico está bien. Confía en mí.

Coge tres de plástico.

—¿Solo tres? —pregunto, y no puedo evitar el tono burlón.

Me lanza una mirada.

—Pensaba coger más.

—Lo sé.

Veo cómo duda. Cómo mira los de cristal. Cómo calcula.

Y entonces coge tres de cristal también.

—Para tener opciones —explica.

—Claro.

—Por si los de plástico no funcionan.

—Completamente lógico.

—Deja de burlarte de mí.

—No me estoy burlando. —Aunque definitivamente estoy sonriendo—. Solo me parece dulce.

—Deja de usar esa palabra.

—¿Cuál? ¿Dulce?

—Esa.

—¿Por qué? Es lo que eres ahora mismo. Dulce.

—No soy dulce. Soy práctico.

—Eres dulce. Y práctico. Las dos cosas.

Él niega con la cabeza, pero puedo ver cómo algo en su expresión se suaviza.

Seguimos llenando el carrito. Un esterilizador para el microondas. Toallitas. Crema para el pañal. Un termómetro digital que Ronan estudia durante cinco minutos completos antes de decidirse. Chupetes. Gasas. Mantas suaves.

—¿Bodies? —pregunta cuando llegamos a la sección de ropa.

—Sí. Definitivamente.

Coge uno. Lo mira. Lee la talla.

—¿De dos a cuatro meses?

—Perfecto.

Coge otro en talla tres a seis.

—No sabemos cuánto va a crecer —explica.

—Ronan, no va a crecer esta noche.

—Pero en unas semanas…

—Vale. Coge las dos tallas.

Lo hace. Y luego añade uno en talla seis a nueve.

—Por si crece rápido —dice antes de que pueda comentar.

Y algo en mi pecho se derrite completamente.

Porque no está siendo ridículo. Está siendo un padre. Un padre aterrado que no sabe lo que está haciendo pero que quiere estar preparado para todo.

—Es perfecto —digo suavemente.

Él me mira.

—¿El qué?

—Esto. —Señalo el carrito lleno—. Todo esto. Lo que estás haciendo.

No dice nada. Pero algo en sus ojos cambia.

En el siguiente pasillo, se detiene frente a un expositor de peluches.

Coge uno. Un conejito de color crema con orejas largas y suaves.

Lo sostiene con ambas manos, mirándolo con una seriedad que hace que parezca que está evaluando una inversión multimillonaria.

—¿Es demasiado? —pregunta finalmente.

—Es precioso.

—Pero ¿lo necesita?

—Probablemente no. Pero eso no significa que no deba tenerlo.

Él mira el conejo. Luego a mí. Luego al bebé dormido en mis brazos.

—¿Y si le da miedo dormir sola? ¿Y si necesita algo?

Y Dios, eso me rompe por completo.

Porque Ronan Hawke —el hombre que bloquea emociones como si fueran enemigas— está preocupado por si un bebé tiene miedo.

—Coge el conejo —digo, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. De verdad, cógelo.

Lo añade al carrito. Con ese cuidado que está usando con todo. Como si cada cosa importara.

Porque para él importa.

—¿Algo más? —pregunta.

—Creo que ya tenemos todo lo básico.

Mira el carrito. Que está desbordando. Y luego me mira a mí.

—¿Segura?

—Segura.

—Porque si necesitamos volver…

—Ronan. —Me río—. Tienes suficiente aquí para sobrevivir un mes.

—¿Solo un mes?

—Vamos a pagar antes de que decidas comprar la tienda entera.

En la caja, el cajero —un chico de unos veinte años con una sonrisa amable— empieza a escanear los artículos.

—Vaya —dice, mirando la cantidad—. ¿Primera vez?

Ronan lo mira.

—¿Tan obvio es?

—Un poco. —El chico se ríe—. Pero no se preocupe. Todo el mundo compra demasiado la primera vez.

—No es demasiado —murmura Ronan.

—Es definitivamente demasiado —digo.

Me lanza una mirada que no tiene nada de divertida.

El total aparece en la pantalla. Seiscientos cuarenta y tres dólares.

Ronan pasa su tarjeta sin mirar. Sin pestañear.

—Los primeros meses son duros —dice el cajero mientras nos ayuda a guardar los productos en bolsas—. Pero luego uno se acostumbra. Y cuando sonríe por primera vez, se olvida de todo lo demás.

Algo en la expresión de Ronan cambia.

—¿De verdad?

—De verdad. Mi hermana tuvo un bebé el año pasado. Casi nos mata a todos de agotamiento. Pero ahora… —El chico sonríe—. Ahora no nos imaginamos la vida sin ella.

Ronan no dice nada. Pero puedo ver cómo procesa las palabras.

Salimos de la tienda cargados con bolsas. Tantas que tenemos que hacer dos viajes hasta el coche.

Cuando finalmente todo está en el maletero, Ronan se queda de pie junto al coche, mirando hacia el interior donde el bebé sigue durmiendo en su silla.

—¿Estás bien? —pregunto.

—No lo sé. —Su voz sale más baja de lo habitual—. No sé qué estoy haciendo. No sé si puedo hacer esto.

—Ronan. —Me acerco a él—. Mírame.

Lo hace. Y en la luz naranja del aparcamiento, puedo ver cada línea de tensión en su cara. Cada sombra de miedo. Cada grieta en esa armadura que normalmente parece impenetrable.

—Nadie sabe qué está haciendo la primera vez —digo suavemente—. Ni siquiera los que planean tener hijos. Todos improvisan. Todos cometen errores. Todos tienen miedo.

—No puedo permitirme cometer errores con ella.

—Vas a cometerlos de todas formas. Y vas a aprender. Y vas a intentarlo otra vez. Así es como funciona.

Él traga saliva. Asiente.

—Pero lo vas a hacer bien —continúo—. Porque ya estás aquí. Ya has comprado medio pasillo de una farmacia para asegurarte de que tiene todo lo que necesita. Y eso es más de lo que mucha gente hace.

Nos miramos durante varios segundos.

Y entonces, muy despacio, él levanta la mano y roza mi codo con los dedos.

Es apenas un toque. Un segundo. Nada.

Pero lo siento en cada terminación nerviosa.

—Gracias —dice en voz baja.

Me quedo sin palabras y muy afectada.

Así que simplemente asiento.

Nos subimos al coche en silencio. Yo atrás, junto al bebé. Él delante, arrancando el motor con manos que ya no tiemblan tanto.

Y mientras salimos del aparcamiento, con el maletero lleno de cosas para bebés y el asiento trasero lleno de una criatura que está cambiándolo todo, me doy cuenta de algo que me aterra.

Estoy en problemas.

Problemas serios.

Porque por mucho que me repita que esto es temporal, que mañana todo será diferente, que tengo que proteger mi corazón…

Ya es demasiado tarde.

Ver a Ronan Hawke así —vulnerable y asustado y haciendo todo lo posible por ser lo que esta bebé necesita— está destruyendo cada defensa que he construido alrededor de mi corazón.

Y no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a esta situación.

CAPÍTULO 10

RONAN

Cuando llegamos, el apartamento está exactamente igual que siempre.

Silencioso. Ordenado. Frío.

Pero ahora, con Skylar cruzando el umbral con mi hija en brazos, todo se siente diferente.

Cierro la puerta detrás de nosotros y dejo las bolsas de la farmacia en el suelo. Hay tantas que casi bloquean el recibidor.

—Tenemos que prepararle un biberón —dice Skylar, ajustando al bebé en sus brazos—. ¿Dónde está tu cocina?

—Por aquí.

La guío a través del salón hacia la cocina. Ella me sigue, meciendo suavemente al bebé que ha empezado a hacer pequeños ruiditos de protesta.

—Ya lo sé, cariño —murmura contra su cabecita—. Ya lo sé. Vamos a darte de comer ahora mismo.

Cuando llegamos a la cocina, me quedo de pie en medio sin saber qué hacer.

—¿Tienes un hervidor? —pregunta Skylar.

—Sí. —Lo señalo en la encimera.

—Perfecto. Llénalo de agua y ponlo a calentar.

Hago lo que me dice. Lleno el hervidor. Lo enchufo. El agua empieza a calentarse con un suave zumbido.

—Ahora necesitamos un biberón y la fórmula —dice ella—. ¿Dónde están las bolsas?

—En la entrada.

—Ve a buscarlas. Trae un biberón de plástico y una lata de fórmula. También el aparato para desinfectar los biberones en el microondas.

Voy al recibidor, busco entre las bolsas hasta encontrar lo que necesito, y vuelvo a la cocina.

Skylar sigue meciendo al bebé, que ahora está llorando suavemente.

—Lo primero coge un biberón y desinféctalo tal y como pone en las instrucciones del aparato.

Bien. Puedo hacerlo.

Cuando lo tengo hecho vuelvo a mirar a Skylar.

—Vale. —Me mira—. Ahora abre la lata de fórmula. Debería tener una cuchara dosificadora dentro.

Abro la lata. Efectivamente, hay una cuchara de plástico blanco enterrada en el polvo.

—¿La saco?

—Sí. Y luego lee las instrucciones en la parte de atrás de la lata. Debería decir cuánta agua y cuántas medidas necesitas.

Leo la etiqueta. Las letras se mueven ligeramente porque mis manos no están tan firmes como pensaba.

—Treinta mililitros de agua por cada medida de polvo.

—Perfecto. ¿Cuántas medidas para un biberón completo? Seguro que es demasiado para su edad, pero prefiero que tenga leche de más de que menos.

Suena muy inteligente.

Sigo leyendo.

—Seis medidas para ciento ochenta mililitros.

—Bien. Ahora saca el biberón del esterilizador. Debería tener marcas de medición en el lateral.

Lo hago. Mis dedos se sienten torpes manipulando algo tan pequeño.

—¿Las ves?

—Sí.

—El agua ya debería estar lista. Vierte ciento ochenta mililitros en el biberón.

Cojo el hervidor. Lo inclino sobre el biberón. El agua sale en un chorro que casi se desborda antes de que consiga controlarlo.

—Despacio —dice Skylar suavemente—. No hay prisa.

Respiro hondo. Lleno el biberón hasta la marca correcta.

—Ya está.

—Ahora añade las seis medidas de fórmula. Tiene que estar nivelada, no muy llena. No tienes que prensarla.

Meto la cuchara en el polvo. La lleno. La nivelo con el borde de la lata.

—¿Así?

—Sí. Perfecto. Métela en el biberón.

Lo hago. El polvo cae en el agua caliente, formando pequeños grumos blancos que flotan en la superficie.

—Ahora la segunda.

Repito el proceso. Una medida. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

—Pon la tapa y agita —dice Skylar—. Tiene que disolverse completamente.

Cierro el biberón. Lo agito. El líquido se vuelve blanco lechoso, pero todavía veo algunos grumos.

—Más fuerte —dice ella—. No se va a romper.

Agito con más fuerza. Los grumos desaparecen.

—¿Ya está?

—Casi. Ahora tienes que comprobar la temperatura. No puede estar muy caliente. Échate unas gotas en la muñeca. Si no te quema, está bien.

Giro el biberón. Aprieto. Unas gotas caen sobre mi muñeca.

Están calientes. Pero no queman.

—Creo que está bien.

—Perfecto. —Skylar sonríe—. Lo has hecho muy bien.

Algo en mi pecho se afloja ligeramente con esas palabras.

—Ahora vamos al sofá —dice ella—. Voy a darle de comer.

Caminamos de vuelta al salón. Skylar se sienta en el sofá con el bebé, acomodándola en su regazo.

—Dame el biberón —dice, extendiendo la mano.

Se lo paso.

Y entonces me siento en el otro extremo del sofá. No demasiado cerca. Pero lo suficiente para verlas.

Skylar acerca el biberón a los labios de la bebé. Tarda un segundo. Dos. Y entonces la bebé empieza a succionar.

Y todo el mundo se detiene.

—Ahí está —murmura Skylar, ajustando el ángulo del biberón—. Eso es, preciosa. Come todo lo que quieras.

No puedo apartar los ojos.

De la forma en que Skylar sostiene a la bebé. Con un brazo bajo su cabecita, el otro sosteniendo el biberón. Sus dedos son tan pequeños. Tan delicados. Pero hay una seguridad en la forma en que se mueve. Como si hubiera nacido para esto.

La forma en que mira a la bebé mientras come. Con una ternura que hace que algo en mi garganta se cierre. Como si fuera lo más importante del mundo en este momento. Como si no existiera nada más.

Hay algo profundamente maternal en ella. No es solo técnica o experiencia profesional. Es algo más profundo. Algo innato.

Y verla así, en mi apartamento, alimentando a mi hija…

Algo en mi pecho se expande. Se llena. Hasta el punto de doler físicamente.

Es como si cada parte vacía de mí que llevo ignorando durante años acabara de llenarse de golpe. Tan rápido. Tan completo. Que no sé cómo procesarlo.

No sé cómo nombrar lo que siento. No tengo las palabras. Solo sé que es enorme. Abrumador. Como si estuviera en carne viva por dentro y cada segundo que pasa me desollara un poco más.

Y hay un anhelo.

Un anhelo tan inmenso que casi me ahoga.

Necesito que esto sea mío. Las dos. Necesito que sean mías.

La idea aparece con tanta claridad que me deja sin aire.

—¿Estás bien? —pregunta Skylar, y me doy cuenta de que me está mirando.

—Sí.

—Pareces… ¿abrumado?

—Estoy bien.

No lo estoy. Para nada.

Pero no sé cómo explicarle que estoy a punto de explotar por dentro. Que verla así me está destruyendo de la forma más hermosa posible.

La bebé termina de comer. Skylar deja el biberón en la mesa del centro y la levanta contra su hombro, frotando su espalda en pequeños círculos.

—Ahora toca eructar —explica—. A veces tarda un poco.

—¿Y si no eructa?

—Eructará. Ten paciencia.

Espero. Observo cómo sus manos se mueven en círculos constantes sobre la espalda diminuta del bebé. Cómo murmura palabras suaves que no alcanzo a escuchar completamente.

Y entonces escucho el sonido más ridículamente adorable que he oído en mi vida.

Un pequeño eructo.

Skylar se ríe. Una risa cálida que ilumina su cara entera.

—Eso es. Muy bien hecho.

Vuelve a colocar a la bebé en su regazo, mirándola con una ternura que hace que algo en mi interior se contraiga dolorosamente.

Le cambia de pañal con una destreza que me deja sin palabras.

—Ahora viene la parte difícil —dice, levantando la vista hacia mí cuando acaba—. Tienes que cogerla tú.

El estómago se me cierra como un puño.

—¿Qué?

—Tienes que cogerla. —Su voz es suave pero firme—. Ya está limpia, alimentada, feliz. Es el momento perfecto.

—No sé cómo.

—Por eso voy a enseñarte.

—Skylar…

—Ronan. —Me mira directamente a los ojos—. Puede que sea tu hija. Tienes que cogerla. No puedes tener miedo.

Tiene razón. Lo sé.

Pero la idea de sostener algo tan pequeño, tan frágil, me aterra más que cualquier cosa que haya enfrentado en mi vida.

—¿Y si le hago daño? ¿Y si la sujeto mal y se cae?

—No se va a caer. Yo estoy aquí. Te voy a ayudar.

—No puedo.

—Sí puedes. —Se levanta del sofá con la bebé en brazos—. Pero si te hace sentir más seguro, podemos ir a tu habitación. Si estás sentado en el centro de tu cama, no hay forma de que pase nada.

No estoy seguro de sentirme más seguro de ninguna forma. Pero le indico cuál es mi habitación de todas formas.

Porque cuando Skylar me dice que haga algo con esa voz cálida pero determinada, me resulta imposible decirle que no.

Mi habitación está exactamente como siempre. Minimalista. Gris. Funcional.

Pero cuando Skylar entra, con la bebé en brazos, todo cambia.

Es como si hubiera traído color a un espacio que no sabía que necesitaba color.

—Siéntate. —Señala el centro de la cama—. En el medio.

Me siento. El corazón me late tan fuerte que estoy seguro de que puede escucharlo.

Y entonces Skylar se arrodilla en la cama.

Y empieza a acercarse a mí.

Con mi hija en brazos.

Su pelo cae como una cortina dorada sobre sus hombros. Los ojos brillan en la luz tenue de la lámpara. Y hay algo en la forma en que se mueve —con esa gracia natural, esa confianza— que hace que no pueda respirar.

Está en mi cama.

En mi espacio más privado.

Con mi hija.

Acercándose a mí de rodillas con el bebé contra su pecho y una mirada llena de ternura.

Y sé —con una certeza absoluta— que no voy a sobrevivir a esto.

Que mi corazón va a explotar en algún punto de esta experiencia.

—Vale. —Se detiene justo frente a mí, tan cerca que puedo oler su champú. Vainilla y coco—. Pon los brazos así.

Me guía. Coloca mi brazo izquierdo en un ángulo. El derecho debajo.

Sus dedos en mi piel me queman, aunque apenas me toca.

—Vas a sostenerla con este brazo. —Toca mi brazo izquierdo—. Y este es para apoyo. Para que su cabecita no se mueva demasiado.

—Vale.

Mi voz sale más ronca de lo normal.

—¿Estás listo?

—No.

—Perfecto. Da igual —Sonríe ligeramente—. Allá vamos.

Y entonces coloca a la bebé en mis brazos.

Y todo mi mundo se detiene.

Es tan pequeña.

Tan jodidamente pequeña.

No pesa casi nada. Como si estuviera hecha de plumas y aire. Y está caliente. Tan caliente que me sorprende.

Su cabecita descansa en el hueco de mi codo. Sus ojitos están cerrados. Y tiene el puño cerrado contra su mejilla, con esos deditos tan diminutos que parecen imposibles.

—Ronan —dice Skylar suavemente—, respira.

Y me doy cuenta de que no lo estaba haciendo.

Inhalo. Profundo. Tembloroso.

—Ahí está —murmura ella—. Eso es. Lo estás haciendo perfecto.

Pero no me siento perfecto.

Me siento como si estuviera a punto de romperme en mil pedazos.

Porque estoy sosteniendo a mi hija. Por primera vez. Y es la experiencia más aterradora y más increíble de mi vida.

Algo en mi pecho se rompe. O se abre. No estoy seguro. Solo sé que es enorme. Tan grande que no cabe dentro de mí. Como si todo lo que he estado conteniendo durante años acabara de explotar de golpe.

—Es… —Mi voz se quiebra—. Es perfecta.

—Lo es.

Miro a Skylar. Y veo lágrimas acumulándose en sus ojos.

Brillantes. A punto de derramarse.

—No llores —digo, aunque mi propia voz suena peligrosamente cerca de quebrarse también.

—No puedo evitarlo. —Se ríe entre lágrimas—. Esto es… es muy bonito, Ronan.

Y tiene razón.

Es bonito.

Es la cosa más bonita que he experimentado jamás.

La bebé se remueve ligeramente en mis brazos. Abre los ojos. Me mira.

Y juro que me ve de verdad. Que sabe quién soy.

—Hola —susurro—. Hola, pequeña.

Sus labios se mueven. Como si estuviera intentando sonreír.

Y ahí es cuando pasa.

Algo dentro de mí explota.

No puedo describirlo de otra forma. Es como si todo lo que he estado conteniendo durante años —toda la soledad, todo el miedo, toda la certeza de que estaba demasiado roto para esto— se desintegrara en un segundo.

Y lo único que queda es esto.

Esta bebé en mis brazos.

Esta mujer a mi lado con los ojos brillantes por las lágrimas.

Y una necesidad tan feroz que me atraviesa hasta los huesos.

Necesito que esto sea real. Permanente.

Tengo que hacer el mayor esfuerzo de mi vida para no ponerme a llorar ahí mismo.

Para no desmoronarme completamente.

Trago saliva. Una vez. Dos veces. Intentando que mi garganta se destense lo suficiente para poder hablar.

—La niña estará segura si la tumbamos en el centro de la cama para dormir. Es tan pequeña que no se va a mover. Y yo debería irme —dice Skylar de repente, limpiándose las mejillas con el dorso de la mano—. A dormir. Ya sé dónde está el sofá.

—No.

La palabra sale con más fuerza de la que pretendía.

Casi como una súplica.

Ella me mira. Sorprendida.

—¿No?

—Quédate aquí conmigo. —Mi voz se quiebra en esa palabra—. Por favor.

—Ronan.

—Por favor. —Y ahora sí que sueno desesperado—. Quédate.

Ella niega con la cabeza, y veo pánico en sus ojos.

—No puedo. Es muy inapropiado. Estamos en tu cama.

—No te voy a tocar. —Las palabras salen atropelladas—. Lo prometo. No te voy a tocar. Solo quédate. Por favor.

Veo cómo lucha consigo misma. Cómo el pánico y algo más —algo que no puedo identificar— cruzan su expresión.

—No tengo miedo de eso —dice finalmente, y su voz sale más baja.

—¿Entonces de qué?

Pero ella no responde.

—Solo por esta noche. No tenemos cuna. Será más fácil si estamos los dos aquí.

No es verdad. Nada de eso es verdad.

Pero necesito que se quede. Necesito verla aquí, en mi espacio, aunque sea solo por unas horas más.

Skylar suspira.

—Solo por esta noche.

—Solo por esta noche —repito.

Ella asiente. Se levanta de la cama y camina hacia el otro lado.

—La bebé va en el medio —dice—. Así está segura.

Me ayuda a acostar a la bebé en el centro de la cama. Coloca almohadas a ambos lados como barreras adicionales, aunque la bebé es tan pequeña que apenas se mueve.

La bebé se estira. Bosteza. Y vuelve a quedarse dormida casi inmediatamente.

Y entonces Skylar se acuesta también. En el borde de su lado de la cama. Tan lejos de mí como puede estar sin caerse.

Yo me acuesto también. En mi lado.

Con la bebé entre nosotros.

Apago la luz de la lámpara. La habitación se sume en penumbra, solo iluminada por la luz de la ciudad que entra por las ventanas.

Escucho la respiración de Skylar. Suave. Regular. Y poco a poco, ralentizándose.

Se está durmiendo.

Yo no puedo.

No puedo cerrar los ojos. No puedo apartar la vista.

Porque aquí están. Las dos. En mi cama.

Skylar con el pelo extendido sobre la almohada como oro derramado. La cara relajada por el sueño. Y la bebé entre nosotros, tan pequeña y perfecta que duele mirarla.

Es la imagen más bonita que he visto jamás.

Y sé —con una certeza que me atraviesa hasta los huesos— que es la imagen más bonita que veré en mi vida.

Nada superará esto.

Nada.

Pero también sé algo más.

Algo que me destroza por dentro.

No me lo merezco.

No merezco esto. Esta paz. Esta perfección. Esta familia improvisada que ha aparecido en mi vida por una sola noche.

Estoy roto. Dañado de formas que ni siquiera sé nombrar. Llevo la misma sangre que mis padres, y ellos nos destruyeron. ¿Cómo sé que yo no haré lo mismo?

¿Cómo sé que no voy a arruinar esto también?

¿Cómo sé que no voy a contaminarlas con toda la oscuridad que llevo dentro?

Pero mientras las miro dormir —mi hija respirando suavemente, Skylar con una mano extendida cerca del bebé como si incluso dormida estuviera protegiéndola— me hago una promesa silenciosa.

Voy a intentarlo.

No sé si puedo ser lo que necesitan. No sé si soy capaz de ser el padre que ella merece o el hombre que Skylar necesita.

Probablemente no lo sea.

Probablemente esté tan roto que termine arruinándolo todo como siempre hago.

Pero voy a intentarlo con cada fibra de mi ser.

Porque esta imagen —esta noche, estas dos personas en mi cama — es lo único que he querido en mi vida sin atreverme a soñarlo.

Y aunque me aterroriza, aunque no tenga ni idea de cómo hacerlo, aunque sepa que probablemente fracase.

No voy a dejarlo ir sin luchar.

Cierro los ojos finalmente.

Pero no duermo.

Solo escucho sus respiraciones. La de mi hija. La de Skylar.

Y me permito, por una noche, fingir que esto es real.

Que son mías.

Que merezco esto.

Aunque sepa que no es verdad.

CAPÍTULO 11

SKYLAR

Me despierto con el sol entrando por unas ventanas enormes y la sensación de que algo va mal.

Tardo tres segundos en recordar dónde estoy.

En la cama de Ronan Hawke.

Con un bebé durmiendo entre nosotros.

Giro la cabeza despacio, con cuidado de no mover el colchón. La niña sigue dormida. Tiene la boquita entreabierta, los puñitos cerrados junto a su cara.

Y al otro lado…

Ronan está despierto.

No sé cuánto tiempo lleva así, pero sus ojos están fijos en la bebé con una intensidad que hace que se me cierre la garganta.

No me ha visto despertar. Está completamente absorto. Y hay algo en su expresión que hace que el pecho se me apriete de una forma que no debería permitirme sentir.

Devoción.

Pura y absoluta.

Este hombre que conocí hace nueve años, que me rechazó con una gentileza que dolió más que la crueldad, está mirando a esta criatura diminuta como si fuera lo más increíble mundo.

—Buenos días —digo en voz baja.

Él levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran por encima del cuerpecito dormido.

—Buenos días.

Su voz sale ronca. Rasposa.

—¿Has dormido algo?

—Un poco.

Es mentira. Puedo ver que tiene ojeras.

—Ronan.

—Estoy bien. —Se incorpora, pasándose una mano por el pelo que lo deja más despeinado—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué tengo que hacer para poder quedarme con ella?

Y saber que quiere quedarse con la niña me calienta el corazón.

Me siento en la cama, cruzando las piernas bajo las sábanas.

—Ahora viene la parte complicada.

Él me mira, esperando.

—Necesitamos información. Mucha información. Antes de ir a servicios sociales.

—¿Qué tipo de información?

—Quién es la madre. Cómo se llama la niña. Cuándo nació exactamente. Dónde. —Cuento con los dedos—. No podemos presentarnos y decir «esta es mi hija» sin saber nada de ella. Te la quitarán inmediatamente.

Veo cómo procesa cada palabra. Ese cerebro analítico trabajando a toda velocidad.

—¿Qué más?

—Una prueba de paternidad. Si quieres que te la den, si quieres iniciar trámites de adopción, van a pedírtela de todas formas. Es el procedimiento estándar cuando la madre no está presente para confirmar.

—¿Cuánto tarda?

—Seis semanas.

Algo cruza su expresión.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces, si todo sale bien, te la dejarán bajo custodia temporal. Como padre biológico pendiente de confirmación. —Hago una pausa—. Pero Ronan, para que eso pase, necesitas esa información. Toda. Antes de ir a servicios sociales.

Él asiente. Una vez. Decidido.

Y entonces se levanta de la cama con una energía contenida que hace que parezca que está a punto de salir a la batalla.

—Dame dos horas.

—¿Qué?

—Dos horas. —Ya está caminando hacia la puerta—. Lo tendré todo.

Y sale de la habitación antes de que pueda decir nada más.

Yo también tengo que llamar a mi jefe para decirle que hoy no puedo ir a trabajar.

Lo escucho moverse por el apartamento. Abriendo y cerrando puertas. Hablando por teléfono con esa voz que cambia completamente cuando está en modo CEO.

Dura. Controlada. Implacable.

Me quedo en la cama con la bebé, que se ha despertado y me mira con esos ojitos que todavía no tienen un color definido del todo.

—Tu papá es un poco intenso —le murmuro—. Pero creo que eso va a funcionar a tu favor.

Ella hace un ruidito que podría ser un acuerdo.

O gases.

Probablemente gases.

La cojo en brazos y voy al salón. Ronan está de pie junto a las ventanas, con el móvil pegado a la oreja.

—No me importan vuestros protocolos. Tengo un bebé en mi casa que puede ser mío y necesito un nombre. Ahora. Si no quieres que te demande —Pausa—. Perfecto. Envíamelo.

Cuelga. Marca otro número sin ni siquiera respirar entre llamadas.

—David, soy Ronan Hawke. Necesito que investigues a alguien. —Escucha—. Sarah Mitchell. Veintiséis años. Lo necesito todo sobre ella. Dónde trabaja, con quién vive, si tiene familia. Historial médico si puedes conseguirlo. Necesito la partida de nacimiento de su hija. Todos los informes médicos que existan sobre ella —Pausa—. Tres horas. No me vale más tiempo —Otra pausa de nuevo—. Me da exactamente igual el dinero.

Cuelga otra vez.

Y entonces se gira hacia mí.

—Sarah Mitchell. La madre se llama Sarah Mitchell.

Asiento despacio, procesando.

—Vale. Eso es un comienzo.

—Tendré el resto pronto. —Mira su reloj—. Y he conseguido que me atienda una clínica privada. Vienen de camino para hacerme la prueba de paternidad.

—¿Van a venir a tu casa?

—Sí.

Por supuesto.

Porque Ronan Hawke consigue lo que quiere cuando lo quiere.

Me siento en el sofá con la bebé, observándolo hacer más llamadas. Cada una más breve que la anterior. Cada una más efectiva.

Es impresionante, la verdad.

Ver a este hombre que anoche estaba completamente perdido preparando un biberón, ahora moviéndose con la precisión de un tiburón que ha olido sangre en el agua.

Este es el Ronan que construyó un imperio.

Y lo está usando todo —cada contacto, cada recurso, cada gramo de poder que tiene— para conseguir información sobre un bebé que ni siquiera sabe con certeza si es suyo.

La niña empieza a quejarse en mis brazos.

—Tiene hambre —digo.

Ronan termina la llamada inmediatamente.

—Voy a preparar el biberón.

—Yo puedo hacerlo.

—No. —Ya está caminando hacia la cocina—. Lo hago yo.

Y lo hace.

Tarda más de lo que tardaría yo. Y probablemente usa demasiada fórmula. Pero cuando vuelve con el biberón, lo ha hecho solo.

Me lo pasa con cuidado.

—¿Así está bien?

Pruebo la temperatura en mi muñeca.

—Sí. Está perfecto.

Algo en su expresión se relaja.

Se sienta a mi lado mientras alimento a la bebé. No dice nada. Solo nos observa. Con una intensidad que debería inquietarme pero

que en cambio hace que el corazón se me acelere de una forma completamente inapropiada.

Su móvil vibra contra la mesa de centro.

Lo coge. Lee. Y veo cómo algo en su postura cambia.

—La tengo.

—¿Qué tienes?

—La partida de nacimiento.

Me gira el móvil para que pueda ver la pantalla.

Y ahí está.

NOMBRE: Emma Rose Mitchell **FECHA DE NACIMIENTO:** 15 de abril de 2026 **MADRE:** Sarah Ann Mitchell **PADRE:** (En blanco)

—Emma —susurro, mirando a la bebé en mis brazos—. Te llamas Emma.

Y es perfecto. Claro que se llama Emma.

Ronan sigue leyendo en su móvil, desplazándose por lo que sea que le hayan enviado.

—Tiene cuatro meses. Nació en el Mount Sinai. Parto natural sin complicaciones. —Pausa—. Y hay algo más.

—¿Qué?

—Sarah Mitchell ha sido ingresada dos veces en las últimas semanas. Depresión postparto severa.

Oh, no.

El estómago se me cierra.

—Por eso la dejó aquí —digo en voz baja—. No porque no la quisiera. Sino porque no podía cuidarla.

Ronan no dice nada durante varios segundos. Solo mira a Emma con una expresión que no sé cómo leer.

Porque cuando Ronan Hawke decide algo, no hay nada que lo detenga.

A las once de la mañana, el timbre del apartamento suena.

Ronan va a abrir. Vuelve con una mujer de unos cincuenta años, con el pelo gris recogido en un moño perfecto, que lleva tres bolsas enormes con logos que reconozco, aunque no pueda permitírmelos.

—Señor Hawke. —La mujer sonríe educadamente—. He traído lo que pidió.

—Gracias, Patricia. Déjalas ahí.

Ella coloca las bolsas junto al sofá, asiente una vez, y se marcha tan eficientemente como llegó.

Miro a Ronan.

—¿Qué es eso?

—Ropa. Para ti.

Parpadeo.

—¿Perdona?

—No tienes nada aquí. Te has quedado por ella. —Señala a Emma, que está dormida en mi regazo—. Así que necesitas ropa antes de que vayamos a servicios sociales.

—Ronan, puedo ir a mi casa a cambiarme primero.

—No hay tiempo. Tenemos que ir cuanto antes. Ya lo has ocultado demasiado tiempo y no quiero que te perjudique. —Se encoge de hombros—. Es más fácil así.

Me acerco a las bolsas con Emma todavía en brazos. Las abro con una mano.

Y casi me da algo.

Dentro hay ropa. Mucha ropa. Pero no cualquier ropa.

Vaqueros que tienen etiquetas con cifras que me hacen tragar saliva. Camisetas de cachemira. Ropa interior de encaje que hace que se me suban los colores solo de mirarla.

Y todo —absolutamente todo— en mi talla exacta.

—Ronan. —Levanto una blusa que es tan suave que parece que se va a deshacer entre mis dedos—. Esto cuesta una fortuna.

—No me importa cuánto cuesta.

—¡A mí sí! No puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado. Porque no es necesario.

—Sí que lo es. —Se acerca a mí, y hay determinación en cada línea de su cuerpo—. Te has quedado aquí. Has dejado de lado tu trabajo. Por ella. Por mí.

—Eso no significa que tengas que…

—Sí significa. —Su voz se vuelve más suave. Más firme—. Significa que mientras estés aquí, voy a asegurarme de que tengas lo que necesitas.

—Ronan.

—Déjame cuidar de ti, Skylar.

Y esas palabras.

Esas cinco palabras simples.

Hacen que algo dentro de mí se rompa completamente.

Porque Ronan Hawke no se da cuenta de lo que es.

No ve lo que yo veo.

Que es un cuidador. Que lo ha sido toda su vida. Que cuidó de sus hermanos cuando era apenas un niño. Que construyó un imperio junto a ellos para que estuvieran seguros. Que ahora está moviendo cielo y tierra para proteger a esta bebé.

Y que quiere cuidar de mí también.

Aunque no sepa cómo decirlo. Aunque lo disfrace de practicidad y lógica.

—De acuerdo —digo finalmente, porque la garganta se me ha cerrado demasiado para decir algo más—. Pero solo porque no tengo otra opción.

—Bien.

Y la satisfacción que cruza su rostro hace que el corazón me dé un vuelco ridículo.

Siento tanta tensión que rompo el momento.

—Me cambio de ropa y vamos a servicios sociales. Tenemos que hacer esto bien.

Me mira.

—¿Qué tengo que decir?

—La verdad. Que estuviste con la madre de Emma hace un año. Que no sabías nada del embarazo. Que ella apareció ayer, te dejó al bebé, y desapareció. Que has investigado y todo cuadra. Que ya te has hecho la prueba de paternidad. Y que…

Hago una pausa.

—¿Qué? —pregunta.

—Que quieres quedártela. Que estás dispuesto a hacer lo que sea necesario. —Lo miro directamente—. ¿Lo estás? Porque si tienes

alguna duda, Ronan, dímelo ahora. Antes de que esto vaya más lejos.

Él no duda ni un segundo.

—Quiero quedármela.

Y hay tanta certeza en esas dos palabras que hace que algo en mi pecho se apriete hasta doler.

—Entonces vamos a conseguirlo —digo—. Te lo prometo.

Emma elige ese momento para empezar a llorar.

Ronan se pone de pie inmediatamente.

—¿Qué necesita?

—Probablemente que le cambiemos el pañal. Y luego comer. —Sonrío ligeramente—. Bienvenido a la vida con un bebé de cuatro meses. Esto no para nunca.

—Bien. —Y hay determinación en su voz—. Enséñame.

Así que eso es lo que hago.

Paso las siguiente hora enseñándole a cambiar pañales. A sostenerla con más confianza.

Y cada vez que lo hace bien, cada vez que Emma se calma en sus brazos, veo cómo algo en él se transforma.

Como si estuviera descubriendo una parte de sí mismo que no sabía que existía.

Y yo…

Yo estoy cayendo.

Otra vez.

Más rápido esta vez.

Porque ver a Ronan Hawke convertirse en padre delante de mis ojos es lo más hermoso y lo más doloroso que he experimentado jamás.

Y no tengo ni idea de cómo voy a proteger mi corazón de esto.

CAPÍTULO 12

SKYLAR

El edificio de servicios sociales nunca me había parecido tan intimidante.

Y eso que trabajo aquí. Que entro por estas puertas cinco días a la semana. Que conozco cada pasillo, cada oficina, cada mancha en las baldosas del suelo.

Pero hoy es diferente.

Hoy no vengo como empleada.

Vengo como ¿qué? ¿Testigo? ¿Apoyo? ¿La mujer que se ha quedado en la casa de un hombre al que no debería haber vuelto a ver nunca?

No lo sé.

Solo sé que el estómago se me ha cerrado en un nudo que no consigo deshacer.

Ronan camina a mi lado con esa presencia física que hace que la gente se aparte automáticamente. Lleva a Emma en el portabebés, sosteniéndolo con las dos manos como si fuera lo más valioso del mundo.

Porque para él, lo es.

Entramos. El aire acondicionado me golpea con ese frío industrial que hace que me arrepienta de no llevar chaqueta. El olor a desinfectante y café recalentado es el mismo de siempre. Las sillas de plástico naranja siguen siendo igual de incómodas.

Pero todo se ve diferente desde este lado.

Desde el lado de los padres que vienen a suplicar. A explicar. A demostrar que son suficientemente buenos.

Y me doy cuenta, con una claridad que me corta la respiración, de lo aterrador que debe ser esto para Ronan.

Ya no estamos en la burbuja de su apartamento. Ya no estamos solo nosotros tres.

Ahora viene la parte donde el sistema decide si Ronan puede quedarse con Emma.

Y la parte donde yo tengo que irme.

Porque mi trabajo con él ha terminado.

El recepcionista nos mira cuando entramos.

—¿Skylar? —Parpadea—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que hoy tenías el día libre.

—Es complicado. Necesitamos ver a la trabajadora social de guardia. Es urgente.

—Claro. —Mira a Ronan, evaluándolo de esa forma que tiene la gente cuando ve a alguien que claramente tiene dinero—. ¿Y usted es?

—Ronan Hawke —dice Ronan, y su voz no deja espacio para preguntas.

Mike asiente, coge el teléfono, habla en voz baja.

Y cuando termina se gira hacia nosotros de nuevo.

—Lisa puede veros en diez minutos. En su despacho.

—Gracias.

Nos sentamos en las sillas de plástico naranja que probablemente llevan ahí desde los noventa. Ronan se ve completamente fuera de lugar. Con su traje impecable, su reloj que probablemente cuesta más que el presupuesto anual de este departamento, su postura que grita poder.

Y yo con Emma en brazos, con la ropa que compró para mí, sintiéndome como si estuviera representando un papel en una obra que no sé cómo termina.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja.

—Sí.

—Pareces a punto de vomitar.

—No voy a vomitar.

—¿Estás nervioso?

—No.

Mentira. Puedo verlo en la forma en que aprieta la mandíbula. En cómo sus manos se cierran en puños sobre sus muslos.

—Va a salir bien —digo, intentando tranquilizarlo—. Tienes toda la información. Los papeles. La prueba de paternidad solicitada. Has hecho todo bien.

—¿Y si no es suficiente? ¿Y si deciden que no soy suficiente?

—Lo eres. Eres exactamente lo que ella necesita. Y yo voy a ayudarte. Voy a hacer todo lo que sea necesario para que Emma se quede contigo.

Él me mira. Y hay tanto agradecimiento en sus ojos que hace que se me olvide respirar.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque te he visto. Anoche. Esta mañana. La forma en que la miras. La forma en que la cuidas —Me detengo—. Eres su padre, Ronan. Los papeles solo van a confirmar lo que ya es verdad.

Abre la boca para decir algo.

Pero entonces una puerta se abre al final del pasillo.

—¿Señor Hawke?

Levanto la vista y veo a Lisa Anderson de pie en la puerta de la sala tres.

Nos conocemos. Hemos coincidido en reuniones, en la sala de descanso, en casos compartidos. Pero cuando sus ojos se posan en mí, en Ronan, en Emma dormida en mis brazos, veo cómo su expresión cambia.

Sorpresa. Confusión. Y algo más que no termino de identificar.

—Skylar. —Su voz suena cautelosa—. ¿Qué…?

—Es complicado —digo antes de que pueda terminar la pregunta.

Ella nos mira a ambos durante varios segundos más. Procesando.

—Venid, por favor.

Nos levantamos. Caminamos hacia la sala tres.

Y cuando entramos, Ronan se transforma.

La espalda se le pone más recta. Cuadra los hombros. Pone una expresión completamente neutra.

Es el CEO. El hombre que negocia contratos de millones sin pestañear.

Y va a usar todo ese poder para conseguir quedarse con su hija.

Cuando entramos en su despacho, Lisa Anderson se sienta detrás del escritorio. Nos señala las sillas frente a ella.

—Skylar. —Sus ojos van de mí a Ronan a Emma—. ¿Qué está pasando?

Pero Ronan es el que habla.

—Ayer me trajeron a este bebé. —Su voz es directa. Sin rodeos—. Una mujer apareció ayer en mi edificio. Dijo que era mía. Y desapareció.

Lisa coge un bolígrafo. Empieza a escribir.

—¿Conocía a la madre?

—Nos vimos una vez. Hace aproximadamente un año y poco. A través de una agencia. —No hay vergüenza en su voz. Solo hechos —. No sabía que había resultado en un embarazo.

—¿Y el bebé? ¿Tiene información sobre el bebé?

Ronan saca su móvil. Se lo pasa por encima del escritorio.

—Sí. Se llama Emma Rose Mitchell. Tiene cuatro meses. Nació el quince de diciembre en el Mount Sinai.

Lisa lee la partida de nacimiento en la pantalla. Y veo cómo sus cejas suben.

—¿Cómo ha conseguido esto?

—Tengo contactos.

—Señor Hawke…

—Quiero hacer las cosas bien. —Se inclina ligeramente hacia delante—. Por eso estoy aquí. Informando oficialmente de lo que ha pasado.

—¿Y qué es lo que quiere exactamente?

—Quiero quedármela. Iniciar los trámites de adopción. Lo que haga falta.

—¿Ha solicitado una prueba de paternidad?

—Ya me la he hecho. Esta mañana. Tardarán seis semanas en tener los resultados.

Lisa deja el bolígrafo. Se frota el puente de la nariz.

—Señor Hawke, ¿entiende que esto es muy irregular? Hasta que tengamos esos resultados, no puedo darle custodia oficial de un bebé sin confirmar que es el padre biológico.

—Entiendo.

—Lo cual significa que, técnicamente, debería llevarme a Emma ahora mismo. Meterla en el sistema hasta que se resuelva la

situación.

—No.

La palabra sale de él con una fuerza que hace que hasta Lisa retroceda.

—Señor Hawke.

—No se la va a llevar.

—Las cosas no funcionan así.

—Lisa. —Mi voz interrumpe la tensión creciente—. Yo respondo por él.

Ambos me miran.

—Conozco a Ronan desde hace años. —La mentira sale fácil porque técnicamente no lo es—. Y he estado con él y con Emma desde anoche. Puedo asegurar que la niña está en las mejores manos posibles.

—Skylar…

—Ronan tiene recursos. Tiene todo lo que Emma necesita. Y me tiene a mí. —Miro a Lisa directamente—. Yo voy a estar con ellos. Supervisando. Asegurándome de que todo se hace bien. Te haré informes semanales si hace falta.

Lisa nos mira a ambos durante varios segundos.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—Completamente.

No lo estoy. Ni remotamente.

Pero no puedo dejar que se lleven a Emma. No después de ver cómo Ronan la mira. No después de saber lo que significa para él.

Lisa suspira.

—De acuerdo. En ese caso, si tú lo avalas, le otorgaré la custodia temporal. Durante seis semanas hasta los resultados. Pero quiero esos informes, Skylar.

—Los tendrás.

—Y si en algún momento veo que la situación no es adecuada…

—No va a suceder —interrumpe Ronan—. Porque va a ser más que adecuada.

Lisa asiente. Empieza a escribir en un formulario.

—Necesitaré que firmen algunos papeles antes de irse. Y quiero ver su apartamento. Esta semana.

—Cuando quiera.

—Bien. —Termina de escribir—. Le haré llegar todo por email.

Me mira con intensidad.

—Y Skylar, quiero esos informes semanales.

—Los tendrás —prometo.

Ella asiente. Pero hay algo en su expresión. Preocupación, quizás.

Como si supiera que esto es más complicado de lo que estoy admitiendo.

Ojalá no sea capaz de leer en mi cara lo involucrada que estoy en este caso.

Pero, por ahora, es una victoria.

Hemos conseguido que Ronan se vaya con la custodia temporal.

Y no puedo ser más feliz, por mucho que esto ahora implique que debemos separarnos.

Por mucho que se me parta el corazón.

Lo importante es que ellos dos van a estar juntos.

CAPÍTULO 13

SKYLAR

Empezamos a caminar hacia la salida. Y es entonces, en medio del pasillo lleno de gente que va y viene, cuando el dolor me golpea con la fuerza de un puñetazo.

Esto se ha acabado.

Ya no hay razón para que esté con ellos. Ronan tiene la custodia temporal. Tiene toda la información. Tiene seis semanas para prepararse mientras espera los resultados de la prueba.

Y tiene dinero de sobra para contratar a la mejor niñera de América.

No me necesita.

El pensamiento se instala en mi pecho como algo pesado y frío.

Salimos del edificio. El sol me ciega durante un segundo. Hace calor. Demasiado calor. O quizás es solo que la camisa que llevo me ahoga de repente.

Ronan se detiene en medio de la acera.

Yo también.

Nos miramos.

Y sé que este es el momento. El momento de despedirme. De volver a mi vida. A mi apartamento en Queens. A mi rutina.

A mi existencia sin Ronan Hawke.

Como ha sido durante nueve años.

—Bueno. —Mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. Supongo que ya está. Ya no me necesitas…

—No.

La palabra sale de él con tanta fuerza que me hace abrir los ojos de golpe.

—¿No?

—Eso no es verdad. —Da un paso hacia mí—. No he dejado de necesitarte.

El corazón se me dispara.

—Ronan, tienes todo lo que necesitas. La custodia, los papeles. Puedes contratar a literalmente cualquier niñera del país.

—No quiero contratar a nadie.

—Pero…

—No sé qué tengo que hacer, Skylar. —Da otro paso más cerca. Su voz baja hasta convertirse casi en un susurro—. Anoche Emma y yo estuvimos bien porque tú estabas ahí. Diciéndome qué hacer. Cómo sostenerla. Cómo prepararle un maldito biberón sin que explotara. Y esta mañana igual. Y ahora…

Se detiene. Respira hondo.

—Ahora tengo seis semanas para convertirme en padre antes de que lleguen los resultados. Seis semanas para aprender a hacer esto bien. Y no tengo ni idea de por dónde empezar.

La garganta se me cierra al escucharlo hablar así. Con esa honestidad brutal que no es propia de él.

—Ronan…

—Enséñame. —Se acerca más. Tanto que puedo ver las motas plateadas en sus ojos grises—. Estas seis semanas. Quédate a mi lado. Enséñame cómo ser lo que ella necesita.

—Puedes aprender con cualquier niñera profesional.

—No quiero a una niñera. —Su mandíbula se tensa—. Te quiero a ti.

Las palabras me golpean como una ola. No deberían gustarme tanto.

—¿Por qué?

—Porque solo me fío de ti. —Su voz se quiebra ligeramente—. Porque Emma es lo más importante que me ha pasado en la vida. Y no voy a dejar que cualquier extraño se encargue de enseñarme cuando podrías ser tú. Cuando ya nos conoces.

Nos.

Ha dicho *nos*.

Como si fueran una unidad. Él y Emma. Ya inseparables. Es tan tierno.

—Ronan, yo no puedo simplemente...

—Por favor.

Y ahí está otra vez.

Esa palabra que nunca pensé que escucharía de él.

Pronunciada con una desesperación que hace que algo dentro de mí se rompa.

—No sé si es buena idea —susurro—. Nosotros somos…

—Necesarios. —Se acerca todavía más. Invadiendo mi espacio de una forma que debería hacerme retroceder pero que en cambio me paraliza—. Los dos. Para ella.

Mira a Emma, que está despierta en sus brazos, mirándonos con esos ojitos grandes.

—No puedo hacerlo solo. —Cuando vuelve a mirarme, hay algo roto en su expresión—. Y no confío en nadie más.

La intensidad en sus ojos hace que se me olvide respirar.

Hace que se me olvide por qué esto es tan mala idea.

Hace que se me olvide todo excepto la forma en que me está mirando. Como si fuera la única que puede salvarlo.

Como si me necesitara.

Como si realmente me necesitara.

Como si me quisiera a mí.

Y entonces mis ojos bajan a sus labios.

Sin permiso. Sin control.

Solo bajan.

Y veo el momento exacto en que él lo nota.

En que su respiración se corta.

En que sus propios ojos se fijan en mi boca con una intensidad que hace que las rodillas se me aflojen.

El mundo se reduce a esto.

A los centímetros que nos separan.

A la forma en que su pecho sube y baja más rápido ahora.

A cómo se inclina. Solo un poco. Tan poco que podría estar imaginándomelo.

Pero no me lo estoy imaginando.

—Skylar —murmura, y su aliento roza mis labios.

Y entonces Emma empieza a llorar.

Fuerte. Estridente. Cortando el aire como una sierra.

Ambos damos un paso atrás al mismo tiempo.

Como si nos hubieran echado un cubo de agua helada encima.

—Yo —Ronan mira a Emma, que ha decidido que este es el momento perfecto para una crisis.

Ya está intentando mecerla. Torpemente. Con movimientos demasiado rígidos.

Y verlo así —tan grande, tan guapo, tan perdido, tan desesperadamente intentando calmar a esta preciosa criatura diminuta— hace que las palabras salgan de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Sí.

Él levanta la vista. Sus ojos encuentran los míos.

—¿Qué?

—Sí. Acepto el trato. —Trago saliva—. Durante estas seis semanas te enseñaré todo lo que sé.

Algo cruza su expresión. ¿Alivio? ¿Triunfo? ¿Algo más que no puedo identificar?

—Gracias.

—Pero tengo que pedirme unas vacaciones oficialmente. No puedo hacerme cargo de las dos cosas —Señalo hacia el edificio—. Mi jefe está arriba. Dame diez minutos.

Ronan está sonriendo ahora.

Está sonriendo.

Dios.

Tengo que irme.

—Te espero aquí.

Asiento.

Y entonces me obligo a darme la vuelta.

A alejarme de él.

Antes de que mi cerebro se dé cuenta de lo que acabo de aceptar.

Pasar seis semanas con Ronan Hawke.

¿En qué estoy pensando?

Subo las escaleras con el corazón latiendo tan fuerte que apenas puedo escuchar mis propios pensamientos.

La oficina de Richard está en el tercer piso. Llamo a la puerta.

—Adelante.

Entro. Richard está detrás de su escritorio, rodeado de montones de papeles y una taza de café que probablemente lleva frío desde esta mañana.

—Skylar. —Levanta la vista, y la sorpresa cruza su cara—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que hoy tenías libre.

—Por eso estoy aquí —Respiro hondo.

Él deja el bolígrafo. Me mira con atención.

—¿Qué necesitas? Siéntate.

Me siento en la silla frente a él. Las manos me tiemblan ligeramente, así que las junto en mi regazo.

—Necesito pedirte un favor enorme.

—Dime.

—Necesito seis semanas de vacaciones. Empezando desde ahora.

Silencio.

Richard me mira como si acabara de hablar en otro idioma.

—¿Seis semanas?

—Sí.

—Skylar, llevas años trabajando aquí. —Se inclina hacia delante—. Y nunca has pedido ni un solo día libre. Ni siquiera cuando tuviste aquella gripe horrible el año pasado. ¿Qué ha pasado?

—Hay un bebé. —Las palabras salen atropelladas—. Un caso. Necesito estar disponible para ellos.

—¿Qué caso? ¿Por qué te quieres encargar de un bebé tú misma en tus vacaciones?

—Porque el padre… —Trago saliva—. El padre me conoce. Confía en mí. Y la bebé necesita estabilidad ahora mismo.

Richard me mira durante varios segundos. Evaluando.

—¿Estás bien? ¿Estás metida en algo?

—No. Estoy bien. Te lo prometo. Solo necesito hacer esto.

Él suspira. Se frota la cara con ambas manos.

—Está bien. Tienes las seis semanas. Dios sabe que te las has ganado. Pero, Skylar —Me mira con esa expresión paternal que a

veces usa—. Llámame si necesitas algo. Lo que sea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Richard.

Me levanto. Camino hacia la puerta con las piernas que apenas me sostienen.

—Skylar.

Me detengo. Me giro.

—Ten cuidado —dice simplemente.

Asiento.

Porque no puedo hablar.

Porque si lo hago, voy a admitir que ya es demasiado tarde para tener cuidado.

Cuando bajo, Ronan sigue donde lo dejé.

Emma ha dejado de llorar. Está mirando a su padre con esos ojitos grandes e irresistibles.

—¿Y? —pregunta Ronan cuando me acerco.

—Tengo las seis semanas.

Algo en su expresión se relaja. Solo un poco.

—Bien.

—Sí. Bien.

Nos miramos.

Y sé que ambos estamos pensando en lo que casi pasó hace diez minutos.

En cómo sus labios estaban a centímetros de los míos.

En qué habría pasado si Emma no hubiera llorado.

No.

No puedo pensar en eso.

—Tenemos que ir al pediatra —digo, rompiendo el momento—. Emma necesita una revisión completa. Y tú necesitas saber qué tiene que comer, cuándo, cómo.

—¿Ahora?

—Ahora. Antes de que sea demasiado tarde para conseguir cita.

—Tengo el número de una médica privada.

Por supuesto que lo tiene.

—Llama. Dile que es urgente. Emma necesita una revisión completa de salud.

Saca su móvil. Marca mientras caminamos hacia el coche.

Y yo intento no pensar en lo que acabo de aceptar.

Pasar seis semanas.

Con él.

Enseñándole a ser padre.

Viendo cómo se transforma cada día.

Cayendo más y más profundo en algo que sé que va a destruirme.

Pero ya es demasiado tarde para echarse atrás.

Porque le he dicho que sí.

Y yo nunca rompo mis promesas.

Aunque me cuesten el corazón.

CAPÍTULO 14

SKYLAR

La consulta de la pediatra es exactamente lo que esperaría de alguien a quien Ronan Hawke llama.

Privada. Elegante. Con suelos de madera clara y paredes en tonos crema que hacen que parezca más un spa que una clínica médica.

No hay sala de espera llena de gente. No hay niños llorando. No hay ese olor a desinfectante industrial que se te mete en la ropa.

Solo silencio. Y una recepcionista que nos sonríe como si hubiéramos reservado mesa en un restaurante de tres estrellas Michelin.

—Señor Hawke. La doctora Brown los está esperando.

Por supuesto que nos está esperando.

Porque cuando tienes el dinero de Ronan Hawke, no esperas. La gente espera por ti.

Nos guía por un pasillo hasta una consulta que es más grande que mi apartamento entero. Hay una camilla acolchada en el centro, estanterías llenas de juguetes educativos, y un escritorio de cristal donde una mujer de unos cuarenta años está revisando algo en su ordenador.

Se levanta cuando entramos.

—Señor Hawke. —Le tiende la mano—. Soy la doctora Brown. Y esta debe ser Emma.

Ronan le estrecha la mano con esa formalidad que usa en los negocios.

—Gracias por recibirnos con tan poca antelación.

—No hay problema. —Su sonrisa es cálida. Profesional—. Entiendo que es una situación poco habitual.

—Podría decirse así.

La doctora mira a Emma, que está despierta en brazos de Ronan, mirando todo con esos ojitos curiosos.

—¿Puedo? —pregunta, extendiendo los brazos.

Veo cómo Ronan duda. Cómo sus brazos se tensan alrededor de Emma como si no quisiera soltarla.

—Es solo para revisarla —dice la doctora suavemente—. Prometo devolverla —bromea.

Finalmente asiente y le pasa a Emma. Con ese cuidado exagerado que usa para todo lo que tiene que ver con ella.

La doctora la lleva a la camilla. Empieza a desvestirla con movimientos expertos y eficientes.

—¿Tienen su historial médico? —pregunta sin levantar la vista.

—Sí. —Ronan saca su móvil—. Se lo envío ahora.

La doctora asiente, saca un termómetro digital y empieza la revisión.

Ronan y yo nos quedamos de pie a un lado. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia. La tensión que habita en cada línea de su cuerpo.

—Respira —susurro.

—Estoy respirando.

—Apenas.

Me lanza una mirada de reojo.

—Estoy bien.

No lo está. Puedo verlo en la forma en que sus manos se cierran en puños. En cómo no aparta los ojos de Emma ni un segundo.

La doctora le toma la temperatura. Revisa los oídos. Escucha el corazón. Palpa el abdomen. Todo mientras Emma protesta con pequeños quejidos que hacen que Ronan dé un paso hacia delante involuntariamente.

—Tranquilo, papá. —La doctora sonríe sin levantar la vista—. Está bien. Solo no le gusta que la toquen extraños.

Papá.

Veo cómo esa palabra lo atraviesa. Cómo algo en su expresión se suaviza.

La doctora termina la revisión y viste a Emma otra vez.

—Bueno. —Se gira hacia nosotros—. Emma está completamente sana. Peso y talla perfectos para su edad. Sin signos de negligencia o maltrato. Quien la ha cuidado hasta ahora ha hecho un buen trabajo.

Algo en el pecho de Ronan se relaja visiblemente.

—¿Qué necesita? —pregunta—. Dígame todo lo que necesito saber.

La doctora sonríe y le devuelve a Emma. Ronan la coge como si acabara de recuperar algo invaluable.

—Tranquilo. Vamos paso a paso. —Se sienta tras su escritorio, señalándonos las sillas frente a ella—. Sentaos, por favor.

Nos sentamos.

—A los cuatro meses, Emma debería estar tomando aproximadamente ciento ochenta mililitros de leche cada tres o cuatro horas. —Mira su pantalla—. Según su historial, ya está con fórmula. ¿Cuál estáis usando?

—La estándar —respondo antes de que Ronan pueda hablar—. La azul.

—Perfecta. Podéis seguir con esa. Pero vais a tener que empezar a introducir cereales.

—¿Cereales? —Ronan frunce el ceño—. ¿Qué tipo de cereales?

—Cereales infantiles. Los venden en cualquier farmacia. —La doctora escribe algo en una receta—. Empezad añadiendo una cucharadita en el biberón de la noche. Solo uno al día al principio. Le ayudará a dormir más horas seguidas.

Veo cómo Ronan anota mentalmente cada palabra. Como si estuviera en una reunión de negocios en lugar de en una consulta pediátrica.

—¿Algo más? —pregunta.

—Sí. A esta edad debería estar empezando a sostener la cabeza sola. A seguir objetos con la mirada. A sonreír socialmente. —Mira a Emma—. ¿Ya hace esas cosas?

—No lo sé —admite Ronan, y hay frustración en su voz—. Solo la tengo desde ayer.

—Entiendo. —La doctora asiente—. Bueno, vamos a comprobarlo.

Saca un juguete de colores brillantes. Lo mueve frente a Emma.

Emma lo sigue con los ojos. Gira la cabeza. E intenta cogerlo con sus manitas diminutas.

—Perfecto. —La doctora sonríe—. Está exactamente donde debería estar en su desarrollo.

Ronan suelta un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Y qué más? ¿Qué más tengo que saber?

La doctora pasa los siguientes veinte minutos explicando todo. Vacunas. Hitos del desarrollo. Signos de alarma. Rutinas de sueño.

Y Ronan absorbe cada palabra como si fuera información vital para cerrar el trato más importante de su vida.

Porque lo es.

Cuando finalmente salimos de la consulta, tiene una lista en su móvil con al menos treinta puntos. Y un sobre con folletos informativos que sostiene como si fueran documentos legales.

—¿Estás bien? —pregunto cuando llegamos al coche.

—Sí. Solo… es mucha información.

—Lo sé. Pero lo vas a recordar todo. Lo sé. Y yo estoy aquí contigo para asegurarme de que todo sale bien.

Me mira.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque he visto cómo memorizas cada detalle. Como si fuera una operación militar. —Sonrío ligeramente—. Vas a ser el padre más informado de Nueva York.

Algo cruza su expresión. Algo que hace que el estómago me dé un vuelco.

—Gracias —dice en voz baja—. Por todo lo que estás haciendo por nosotros.

—No me las des todavía. Apenas estamos empezando.

Media hora después entramos en una tienda de bebés en el Upper East Side que parece sacada de una revista.

Todo es blanco, dorado y rosa pastel. Hay cunas que probablemente cuestan más que mi coche. Móviles con cristales Swarovski. Ropa de bebé con etiquetas de diseñador.

Es el tipo de sitio donde la gente normal no entra.

Pero Ronan camina como si fuera el dueño.

—Necesitamos una cuna —dice, mirando alrededor—. Y un cambiador. Y ¿qué más? —me pregunta buscando mi consejo.

—Ronan, quizás deberíamos ir a un sitio más normal.

—¿Por qué?

—Porque esto es… —Miro las etiquetas de precio y casi me da algo—. Muuuuuy caro.

—No me importa cuánto cuesta.

—A mí sí.

—Skylar. —Me mira—. Es para Emma. Y quiero lo mejor para ella.

Y no hay forma de discutir eso.

Así que lo sigo mientras recorre la tienda como si estuviera en una misión. Señalando cosas. Revisando especificaciones. Tomando decisiones con esa eficiencia brutal que usa para todo.

Una dependienta se acerca. Joven, rubia, con una sonrisa profesional que se amplía cuando ve a Ronan.

—¿Puedo ayudarles en algo?

—Necesitamos una habitación completa para bebé —dice Ronan —. Cuna, cambiador, todo lo necesario.

—Por supuesto. —La dependienta nos mira a ambos, luego a Emma que está en mis brazos—. ¿Es su primera hija?

Abro la boca para corregirla.

Pero Ronan habla primero.

—Sí.

La palabra sale simple. Directa. Sin dudar.

Y no le corrige.

No dice «en realidad no somos pareja». No dice «la niña es solo mía» No dice «ella solo me está ayudando». No dice nada que aclare que esto es temporal. Que yo no soy la madre de Emma.

Solo deja que la dependienta asuma.

El corazón se me dispara.

Si a la dependienta le parece raro que estemos amueblando la habitación para un bebé que es obvio que no recién nacido, tiene la sensatez de no decirlo.

—Qué emocionante. —La dependienta sonríe—. ¿Tienen alguna idea de estilo? ¿Colores preferidos?

—Blanco —dice Ronan—. Limpio. Funcional.

—Ronan. —Lo miro—. Es para una niña, no para una oficina.

Él me mira.

—¿Entonces qué quieres?

—Algo más cálido. Con color. —Señalo una cuna en el fondo que es color crema con detalles en rosa palo—. Como esa.

La dependienta prácticamente brinca.

—Excelente elección. Es de nuestra colección premium. Madera maciza, convertible en cama infantil cuando crezca. Y tenemos todo el juego a conjunto. Cambiador, cómoda, mecedora…

—Lo queremos todo —dice Ronan.

—¿Perdona? —La dependienta parpadea.

—Todo lo que vaya a conjunto con esa cuna. Lo quiero todo.

—Ronan… —empiezo.

—¿Pueden entregarlo hoy? —pregunta, ignorándome completamente.

—Bueno, normalmente tardamos una semana.

—Pagaré el doble. El triple. Lo que sea necesario.

La dependienta se queda con la boca abierta durante un segundo.

—Déjeme hablar con mi supervisor.

Sale prácticamente corriendo.

Y yo me giro hacia Ronan.

—¿Estás loco?

—Ya me lo has preguntado antes.

—Y sigo sin tener respuesta. —Bajo la voz—. Ronan, esa cuna cuesta —Miro la etiqueta y casi me da algo—. Cuatro mil dólares.

—¿Y qué?

—¡Es una cuna!

—Es LA cuna. —Me mira—. La elegiste tú.

—¡Porque es bonita! ¡No porque quiera que la compres!

—Pues la voy a comprar. Y todo lo demás.

—Ronan.

—Skylar. —Su voz se vuelve más suave—. Emma merece lo mejor. Y si tú dices que esa cuna es bonita, entonces es la que quiero.

Y Dios.

La forma en que me mira cuando dice eso.

Como si mi opinión importara. Como si fuera la única que importa.

Hace que algo en mi pecho se derrita completamente.

La dependienta vuelve con una sonrisa enorme.

—Tengo buenas noticias. Podemos tenerlo todo instalado en su casa esta misma tarde. Los montadores se quedarán todo el tiempo necesario.

—Perfecto.

Y entonces empiezan con los detalles. Dirección, medidas de la habitación, colores para las sábanas, el estampado de las cortinas.

Y la dependienta sigue hablándonos como si fuéramos una pareja.

«¿Qué les parece este móvil?»

«¿Les gusta esta mecedora?»

«¿Quieren que las mantas sean del mismo tono?»

Y cada vez, cada maldita vez, Ronan me mira a mí antes de responder.

Como si mi opinión fuera la que importa.

Como si estuviéramos eligiendo estas cosas juntos.

Para nuestra hija.

Y yo…

Yo me dejo llevar.

Porque por un momento —solo un momento— puedo fingir que esto es real. Que somos una familia. Que Emma es nuestra. Que este hombre que está eligiendo sábanas con estampado de estrellas porque «a Skylar le gustan» es mío.

Aunque sepa que no lo es.

Aunque sepa que nunca lo será.

—¿Y este? —Ronan sostiene un peluche. Un osito de color rosa—. ¿Le gustará?

La pregunta es para mí.

Y hay algo en la forma en que me mira. Con esos ojos grises llenos de inseguridad. Como si mi respuesta fuera lo más importante del mundo.

—Es perfecto —consigo decir, aunque la garganta se me ha cerrado peligrosamente.

—¿Segura?

—Completamente.

Él lo añade a la pila creciente de cosas.

Y yo me quedo ahí de pie, sosteniendo a Emma, viendo cómo Ronan Hawke elige cada detalle de la habitación de su hija con una meticulosidad que haría que la mayoría de la gente se volviera loca.

Pero que a mí me parece lo más tierno del mundo.

Cuando terminamos, la dependienta nos da un total que hace que se me cierren los ojos.

Dieciocho mil dólares.

Por una habitación de bebé.

Ronan pasa su tarjeta sin pestañear.

Y cuando todo está pagado la dependienta nos acompaña a la salida con esa sonrisa enorme que tienen las personas que acaban de hacer la venta del mes.

—Ha sido un placer ayudarles. —Nos mira a ambos—. Y enhorabuena otra vez. Emma es afortunada de tener unos padres tan dedicados.

Unos padres.

La palabra me golpea como un puñetazo.

Porque no somos sus padres.

Ronan es su padre. Yo solo soy… ¿qué? ¿La niñera temporal? ¿La profesora? ¿La idiota que se está enamorando otra vez del hombre equivocado?

Salimos de la tienda. El sol está empezando a ponerse, tiñendo el cielo de naranja y rosa.

Caminamos hacia el coche en silencio.

Y yo no puedo dejar de pensar en lo que acaba de pasar.

En cómo Ronan no corrigió a la dependienta. Ni una sola vez.

En cómo me miró antes de elegir cada cosa. Como si mi opinión fuera la que importaba.

En cómo, por una hora entera, fingimos ser algo que no somos.

Y en lo mucho que deseo que sea real.

Que esta vida —esta familia improvisada, este hombre a mi lado, esta bebé en mis brazos— pudiera ser mía.

Aunque sepa que es imposible.

Aunque sepa que en seis semanas todo esto se acabará.

Y volveré a estar sola.

Sin Emma.

Sin Ronan.

Como lo he estado durante tantos años.

CAPÍTULO 15

RONAN

Cuando llegamos a mi apartamento siento una paz inmensa.

He conseguido regresar con las dos.

Skylar va directa a la cocina a preparar un biberón para Emma, que ha empezado a quejarse en mis brazos. Yo me quedo de pie en medio del salón, observándola moverse por mi espacio con una familiaridad que hace que algo en mi pecho se apriete lleno de emoción.

Como si perteneciera aquí.

Como si siempre hubiera estado aquí.

Y entonces mi móvil vibra en el bolsillo.

Lo saco. Veo el nombre en la pantalla.

Jax.

Mierda.

No contesto.

Vuelve a vibrar. Otra vez. Y otra.

Y entonces empieza a sonar.

Skylar sale de la cocina con el biberón en la mano.

—¿No vas a contestar?

—No.

Antes de que pueda decir nada más, el timbre de casa suena.

Los dos nos quedamos quietos.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Skylar.

—No.

El timbre vuelve a sonar. Esta vez acompañado de golpes insistentes.

—¡RONAN! —La voz de Jax atraviesa la puerta como un trueno—. ¡SÉ QUE ESTÁS AHÍ! ¡ABRE LA MALDITA PUERTA!

Cierro los ojos.

Joder.

—¿Es uno de tus hermanos? —Skylar me mira con los ojos muy abiertos.

—Sí.

Más golpes. Más gritos.

—¡RONAN, SI NO ABRES EN CINCO SEGUNDOS VOY A PEDIRLE A MARCUS QUE SUBA CON LA LLAVE MAESTRA!

Mierda.

—Será mejor que abras —dice Skylar—. Antes de que tire la puerta abajo.

Camino hacia la entrada con Emma todavía en brazos. Abro la puerta.

Y no solo entra Jax.

Entran todos.

Mis cuatro hermanos. Con sus respectivas parejas. Como una maldita invasión.

Jax viene primero. Con Elsie pegada a su lado, intentando alcanzarlo con sus pasos pequeños. Detrás, Zane e Isla. Luego Kai con Hazel. Y finalmente Oliver.

Jax se planta frente a mí. Mirando a Emma.

Y veo el momento exacto en que cambia su expresión.

La furia se desvanece. Los hombros se le relajan. Y algo en sus ojos se suaviza de una forma que solo he visto cuando mira a Elsie.

—Joder —susurra—. Ronan. Es un bebé.

—Sí. Lo es.

—Es un bebé de verdad.

—Ya te he dicho que sí.

—¿Y es tuya?

—Eso creo.

—¿Cómo que eso crees? —Zane se acerca también, estirando el cuello para ver mejor—. Joder, es diminuta.

—Tiene cuatro meses —digo.

—¿Y cuándo ibas a decírnoslo? —La voz de Jax vuelve a subir—. ¿Cuándo exactamente pensabas mencionar que eres padre?

—Hace menos de un día que lo sé.

—¡UN DÍA! —Levanta las manos—. Marcus me ha parado cuando he entrado. Me ha preguntado si el bebé de mi hermano estaba bien. Y yo me he quedado ahí como un imbécil sin saber de qué me estaba hablando.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Se pasa una mano por la cara—. Ronan, tienes una hija. Una HIJA. Y no nos has dicho nada.

—Quería tener las cosas bajo control primero.

—¿Bajo control? —Jax se ríe, pero no hay humor en el sonido—. Hermano, esto no se controla. Esto es —Mira a Emma otra vez—. Esto es familia.

Y ahí está.

La palabra que hace que todo en mi pecho se contraiga.

Familia.

—¿Puedo cogerla? —pregunta Jax, y toda la furia ha desaparecido de su voz.

Le paso a Emma. Y veo cómo se transforma cuando la coge.

El CEO despiadado desaparece. Y queda solo el hermano mayor que nos crio a todos. Que sabe exactamente cómo sostener a un bebé porque lo hizo con nosotros.

—Hola, pequeña —murmura, y hay tanta ternura en su voz que hace que se me cierre la garganta—. Soy tu tío Jax. Y ya eres mi persona favorita en el mundo después de Elsie.

Elsie se acerca, mirando a Emma con los ojos brillantes.

—Es preciosa —susurra—. Ronan, es absolutamente preciosa.

—Déjame verla. —Zane se planta al lado de Jax—. Joder. Tiene tus ojos. Los mismos ojos grises raros.

—No son raros —gruño.

—Son raros. —Kai sonríe—. Pero en ella quedan bien.

—¿Cómo se llama?

—Emma. Emma Rose.

—Emma. —Repite el nombre como probándolo—. Me gusta.

Isla se inclina sobre el hombro de Zane, mirando a Emma con una sonrisa.

—Es perfecta. Completamente perfecta.

—Obviamente. —Kai guiña un ojo—. Es una Hawke.

Oliver sigue en la entrada, mirando toda la escena con una expresión que no sé interpretar.

—¿Oli? —Jax lo llama—. ¿No vas a conocer a tu sobrina?

Él se acerca lentamente. Como si estuviera en shock todavía.

Se planta frente a Jax. Mira a Emma.

Y algo en su cara se rompe.

—Es tan pequeña —susurra.

—Lo sé —digo.

—¿Y la madre?

—No está.

—¿Qué significa «no está»?

—Significa que la dejó aquí y desapareció. Y que ahora Emma es mía.

Oliver me mira. Y hay cientos de preguntas en sus ojos. Preocupación.

—¿Puedes hacer esto?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba.

Porque es la misma que me he estado haciendo desde ayer.

—No lo sé —admito—. Pero voy a hacer todo lo que estén en mis manos.

—No vas a hacerlo solo. —Jax me mira—. Nos tienes a nosotros. A todos.

—Y a mí —añade Elsie suavemente—. He cuidado de bebés toda mi vida. Puedo ayudar con lo que necesites.

—Y yo —dice Hazel—. Aunque admito que no he cuidado nunca a un bebé. Pero puedo aprender.

—Todos podemos —añade Isla.

Y entonces Kai dice algo que hace que todo el mundo se gire hacia él.

—Aunque parece que ya tienes a la mejor profesora del mundo.

Me mira. Y luego mira a Skylar, que sigue de pie junto a la ventana.

Todos siguen su mirada.

—Skylar es una amiga de la universidad y va a quedarse con nosotros —digo antes de que alguien pueda preguntar—. Durante

seis semanas. Hasta que lleguen los resultados de la prueba de paternidad.

—Ah. —Jax me mira con una expresión que no puedo descifrar—. Interesante.

—Es práctico. Ella sabe de bebés. Yo no.

—Claro. Práctico. —Kai se ríe.

—Kai —advierto.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

—Cállate.

Pero Jax no dice nada. Solo me mira con esa forma que tiene de ver más de lo que muestro.

Y entonces Emma empieza a quejarse.

—Tiene hambre —dice Skylar inmediatamente, acercándose—. Lleva más de tres horas sin comer.

—Toma. —Jax me la pasa con cuidado—. Es toda tuya.

La cojo. Y todos me observan mientras Skylar me pasa el biberón.

—¿Sabes cómo alimentarla? —empieza Oliver.

—Sí —le contesto—. Sé cómo hacerlo.

Y lo hago.

Me siento en el sofá. Coloco a Emma en el ángulo correcto. Acerco el biberón a sus labios.

Y ella empieza a comer.

El silencio que sigue es absoluto.

Todos me están mirando. Como si acabara de hacer algo increíble en lugar de simplemente alimentar a un bebé.

—Joder —dice Kai finalmente—. Esto es real. Eres padre.

—Lo soy.

—Y no tienes ni puta idea de lo que estás haciendo.

—No. Pero voy a aprenderlo.

Jax se sienta a mi lado. Sin decir nada. Solo se queda ahí.

Y cuando Emma termina el biberón y la levanto para hacerla eructar, es Jax quien habla.

—Lo vas a hacer bien —dice en voz baja—. Lo sé.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te conozco. —Me mira—. Y porque ya veo que está en buenas manos.

Sigo su mirada. Hacia donde Skylar está hablando con Elsie y Hazel.

—Muy buenas manos —añade con ese tono que significa que sabe exactamente lo que está pasando.

—Jax.

—No digas nada. —Levanta una mano—. Solo no la cagues esta vez. ¿Vale?

No respondo.

Porque no sé si puedo prometerle eso.

Una hora después, el apartamento es un auténtico caos organizado.

Kai y Zane han montado la cuna en tiempo récord con la ayuda de los montadores. Elsie ha organizado toda la ropa en el armario. Hazel ha esterilizado todos los biberones. Isla ha hecho una lista de lo que todavía falta.

Y Emma ha pasado de brazo en brazo. Cada hermano cogiéndola con ese cuidado reverente. Como si fuera de cristal.

Oliver es el último. La sostiene con una torpeza que me recuerda a mí mismo.

—Es tan bonita, tío —susurra, mirándola como si fuera lo más fascinante del mundo—. ¿Y de verdad sabes cuidarla?

—Estoy aprendiendo.

—Con ayuda. —Mira a Skylar—. ¿Por eso está aquí?

—Sí.

—¿Y por eso no nos dijiste nada? ¿Porque estaba ella?

Hay algo en su tono. No es una acusación exactamente. Pero tampoco es neutral.

—No os dije nada porque necesitaba procesarlo primero. Solo. Antes de que todos vinieseis a… —Señalo alrededor—. Esto.

Oliver asiente. Lentamente.

—Entiendo.

Emma bosteza en brazos de Oliver. Los ojitos se le cierran poco a poco.

—Se está durmiendo —dice Skylar, acercándose—. Deberíamos acostarla en su cuna.

—Yo la llevo. —Oliver se levanta con cuidado.

Lo veo desaparecer por el pasillo con mi hija en brazos. Y algo en mi pecho se afloja.

Porque esto es lo que necesitaba. Aunque no me atreviese a pedirlo.

Mi familia. Aquí. Aceptando a Emma como una más.

Como si siempre hubiera sido parte de nosotros.

Oliver vuelve del pasillo.

—Ya está dormida. Ni se ha movido.

—Bien. —Miro alrededor. A mis cuatro hermanos. A sus parejas—. ¿Podéis quedaros un rato más? Vigilar que Emma esté bien mientras hablo con Skylar.

Jax me mira. Y algo en su expresión se suaviza.

—Claro.

—Tomamos el primer turno de vigilancia —bromea Kai, dejándose caer en el sofá—. Aunque probablemente me quede dormido en cinco minutos.

—Yo te despierto —añade Hazel, sentándose a su lado.

Elsie me sonríe.

—Tranquilo. Nosotros nos encargamos. Vete a hablar con ella.

Asiento. Miro a Skylar.

—¿Podemos hablar?

—Claro —dice, levantándose—. Vamos.

La guío hacia mi habitación. Cierro la puerta detrás de nosotros.

Y de repente el aire se vuelve denso.

Porque estamos solos.

En mi habitación.

Donde anoche dormimos juntos.

Y yo quiero que se quede aquí para siempre.

CAPÍTULO 16

SKYLAR

La puerta se cierra detrás de nosotros con un clic suave que resuena en el silencio de la habitación de Ronan.

Y de repente estamos solos. Y yo estoy muy nerviosa porque no sé qué quiere decirme.

Trago saliva e intento no mirar a la cama. Intento no recordar que esta mañana me he despertado con él en esa misma cama.

Me giro hacia él. Se ha movido y está de pie junto a la ventana, mirando hacia Manhattan como si la ciudad fuese lo más interesante del mundo.

—Vale. —Mi voz rompe el silencio—. ¿De qué quieres hablar?

Él se gira. Me mira con esos ojos grises que me gustan demasiado.

—Quiero que te mudes aquí.

Parpadeo.

Era lo último que pensaba escuchar.

—¿Perdona?

—Durante estas seis semanas. Quiero que te mudes aquí. Conmigo. Con Emma.

—¿Estás loco?

—¿Por qué no quieres quedarte? —Da un paso hacia mí—. Vas a estar aquí todos los días de todas formas. Enseñándome. Es más práctico si te quedas a dormir.

La palabra *práctico* hace que algo en mi pecho se contraiga.

Por supuesto que es práctico.

Ronan Hawke no hace nada que no sea práctico.

No lo dice porque le guste tenerme cerca.

—Puedo venir cada día —digo, intentando mantener la voz firme —. No necesito mudarme.

—Sí lo necesitas.

—No, no lo necesito.

—Skylar.

—Ronan. —Levanto una mano—. Sé que estás acostumbrado a controlar cada variable de tu vida. Pero esto no es una ecuación que puedas resolver organizando las piezas como te convenga.

Algo en su mandíbula se tensa.

—No estoy intentando controlar nada.

—¿Ah, no? —Me cruzo de brazos—. Porque suena exactamente a eso. «Múdate aquí, Skylar. Es práctico, Skylar.» Como si fuera una de tus empleadas.

—No eres una empleada.

—Entonces ¿qué soy?

La pregunta cuelga entre nosotros como algo pesado.

Y veo cómo lucha por encontrar una respuesta. Cómo su cerebro analítico intenta categorizar lo que soy. Dónde encajo en su vida perfectamente ordenada.

—Eres… —Se pasa una mano por el pelo—. Eres necesaria.

—¿Necesaria? —La palabra me sale más cortante de lo que pretendía—. Qué bonito.

Él da otro paso hacia mí. Está más cerca ahora. Lo suficientemente cerca para que pueda oler su colonia. Esa mezcla de madera y algo limpio que siempre lo acompaña.

—Skylar, necesito que estés aquí. Emma te necesita…

—Emma necesita que te enseñe a ser su padre. Y puedo hacerlo perfectamente viniendo cada día.

—No es suficiente.

—¿Por qué no?

—Porque… —Su voz se vuelve más baja. Más urgente—. Porque no sé qué estoy haciendo. Me aterra la idea de que algo salga mal. Cuando estás conmigo estoy tranquilo.

Y Dios.

Eso me desarma completamente.

Porque Ronan Hawke nunca admite que tiene miedo. Nunca admite que no sabe algo. Nunca pide ayuda.

Y ahora está haciendo las tres cosas.

Otra vez.

—Ronan…

—Te pagaré. —Las palabras salen atropelladas—. Lo que sea que ganes en servicios sociales, te lo pagaré. El doble. El triple. Lo que sea necesario.

Y ahí está.

El momento en que vuelve a ser el CEO multimillonario que cree que puede comprar lo que quiere.

Algo en mi pecho se cierra como un puño.

—¿Me estás ofreciendo dinero?

—Estás dejando tu trabajo seis semanas y yo quiero que vivas aquí. Es justo que te pague.

—No quiero tu dinero.

—Skylar.

—No. —Mi voz sube—. No puedes hacer esto. No puedes ofrecerme dinero como si fuera una de tus empleadas. Quiero que te quede muy claro que estoy aquí porque me da la gana. No porque gane nada.

—No estoy diciendo que lo seas.

—¿Entonces qué estás diciendo? —Doy un paso hacia él. Y otro. Hasta que estamos a centímetros de distancia—. Dímelo, Ronan. Dime exactamente qué crees que soy.

Me mira. Y hay algo en sus ojos. Algo que no puedo identificar pero que hace que el corazón se me acelere.

—No lo sé —admite finalmente, y su voz sale ronca—. No sé cómo llamar a lo que eres. No sé cómo… —Se detiene. Respira hondo—. No soy bueno con esto. Con las emociones. Con interpretar lo que la gente quiere de mí. Así que dímelo. Dime qué quieres que haga. Qué necesitas que diga para que te quedes aquí con nosotros.

Y hay tanta honestidad brutal en esas palabras que algo dentro de mí se rompe.

Porque Ronan Hawke —el hombre que construyó un imperio, que controla millones, que nunca duda— está admitiendo que no tiene ni idea de cómo manejarme.

Que no tiene ni idea de cómo manejar esto.

Sea lo que sea *esto*.

Me río. No puedo evitarlo. Una risa que sale entrecortada y ligeramente histérica.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta, y hay algo en su tono. ¿Ofensa? ¿Confusión?

—Sí. —Me paso una mano por la cara—. Me estoy riendo de ti. Porque eres un idiota, Ronan Hawke. Un idiota controlador con un bloque de hielo donde debería haber un corazón.

Algo en su expresión cambia.

Se oscurece.

Se tensa.

Y entonces se mueve.

Tan rápido que no tengo tiempo de reaccionar.

Sus manos encuentran mi cintura. Me atraen hacia él con una fuerza que hace que el aire se me escape de los pulmones. Y antes de que pueda procesar lo que está pasando, su boca está sobre la mía.

Y el mundo explota.

No es un beso suave. No es tentativo ni cuidadoso.

Es hambre pura.

Desesperación absoluta.

Como si acabase de ceder a sus impulsos.

Sus labios son firmes. Exigentes. Se mueven contra los míos con una intensidad que hace que las rodillas se me aflojen. Una de sus manos sube por mi espalda, enterrándose en mi pelo. La otra se aprieta contra mi cintura, manteniéndome pegada a él.

Y yo…

Yo me rindo.

Completamente.

Abro la boca bajo la suya y él profundiza el beso inmediatamente. Su lengua roza la mía con una maestría que no esperaba. Como si supiera exactamente cómo besarme. Exactamente qué necesito.

Un gemido se me escapa. Bajo. Necesitado.

Y lo siento vibrar a través de él.

Sus dedos se aprietan en mi pelo. Inclinando mi cabeza hacia atrás. Dándole más acceso. Y lo toma. Dios, cómo lo toma.

Me besa como si fuera lo único que importa en este momento. Como si hubiera estado esperando esto tanto como yo.

Como si me hubiera estado deseando durante todos estos años.

Mis manos encuentran su pecho. Siento los músculos duros bajo la camisa. El calor de su piel a través de la tela. El latido frenético de su corazón que coincide con el mío.

Me empuja. Suavemente. Hasta que mi espalda choca contra la pared.

Y entonces su cuerpo está contra el mío. Todo él. Sólido. Duro. Completamente masculino de una forma que hace que algo en mi interior se derrita.

Puedo sentir cada centímetro de él.

Hace que un calor líquido se expanda por mi vientre. Bajando. Concentrándose entre mis piernas de una forma que hace que jadee contra su boca.

Él gruñe. Un sonido bajo y gutural que nunca le había escuchado.

Y me besa más profundo. Más duro.

Como si quisiera devorarme.

Como si quisiera fundirse conmigo hasta que no supiéramos dónde termina uno y empieza el otro.

Sus manos están por todas partes ahora. Bajando por mi espalda. Agarrando mis caderas. Apretándome contra él de una forma que hace que me olvide de mi nombre.

Esto es…

Es…

No tengo palabras.

Solo sensaciones.

El sabor de su boca. A menta y café y algo completamente Ronan.

El olor de su colonia mezclándose con algo más oscuro. Más masculino.

El sonido de nuestras respiraciones. Entrecortadas. Desesperadas.

El calor de su cuerpo quemando a través de mi ropa como si fuera papel.

Y entonces su boca se mueve. Dejando mi labio. Bajando por mi mandíbula. Por mi cuello.

Y cuando sus dientes rozan una zona sensible justo debajo de mi oreja, casi me desmayo.

—Ronan. —Su nombre sale de mi boca como una súplica. Como una oración.

Él responde presionando su boca contra mi pulso. Succionando ligeramente.

Y sé que me va a dejar una marca. Sé que mañana voy a tener la evidencia de esto en mi piel.

Y no me importa.

No me importa nada excepto esto.

Excepto él.

Excepto la forma en que me está haciendo sentir como si llevara nueve años dormida y finalmente acabara de despertar.

Su mano sube. Rozando la curva de mi pecho a través de la camisa.

Y yo…

Arqueo la espalda. Presionándome contra su palma. Pidiendo más. Necesitando más.

—Joder, Skylar. —Su voz sale ronca. Rota—. Eres…

No termina la frase.

Solo vuelve a mi boca. Besándome como si su vida dependiera de ello.

Y yo le devuelvo cada segundo.

Cada caricia.

Cada gemido.

Mis manos suben por su pecho. Por sus hombros. Se entierran en su pelo.

Y tiro ligeramente.

Él gruñe contra mi boca. Y sus caderas se presionan contra las mías con más fuerza.

Casi sin control.

Como si su cuerpo se moviera por instinto.

Eso hace que algo en mi interior se encienda completamente.

Porque Ronan Hawke —el hombre más controlado que he conocido— está perdiendo el control.

Conmigo.

Por mí.

—¿Ronan? ¿Skylar?

La voz de Oliver atraviesa la puerta como un cubo de agua helada.

Nos separamos de golpe.

Tan rápido que casi tropiezo.

Ronan me sostiene. Sus manos todavía en mi cintura. Sus ojos clavados en los míos.

Ambos respirando como si hubiéramos corrido una maratón.

Noto que tengo los labios hinchados. Las mejillas sonrojadas.

Y la evidencia de lo que acabamos de hacer escrita en cada línea de nuestros cuerpos.

—¿Chicos? —Oliver vuelve a llamar—. Emma se ha despertado. Está llorando y no sabemos qué hacer.

La realidad vuelve como una bofetada.

Emma.

Mientras nos besábamos como adolescentes sin control, su hija estaba llorando en otra habitación.

—Ahora salimos —contesta Ronan.

—Voy a por Emma —dice Oliver.

Ronan da un paso atrás. Luego otro.

Pasa una mano por su pelo. Destruyendo el peinado perfecto.

—Yo... —Su voz sale áspera—. Voy.

—Ronan.

—Lo siento. —Me mira, y hay algo en sus ojos que no puedo identificar—. Esto no debería haber pasado.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué?

—Ha sido por los nervios. Todo esto es… —Hace un gesto vago—. Estoy alterado.

Se detiene.

Pero no necesita terminar.

Porque entiendo perfectamente lo que está diciendo.

Ha sido un error.

Un momento de debilidad.

Nada más.

Algo en mi pecho se cierra dolorosamente.

—Entiendo —consigo decir, aunque la voz me sale más ronca de lo que me gustaría.

—No volverá a pasar. —Su tono es firme ahora. Controlado—. Te lo prometo.

Como si pensase que estoy molesta porque me haya besado. Eso me desconcierta. ¿Qué demonios pasa por su cabeza?

—Está bien —miento.

—¿Segura?

—Completamente.

Nos miramos durante varios segundos.

Y entonces él camina hacia la puerta. La abre.

Oliver está al otro lado con Emma en brazos. Llorando con fuerza.

—Gracias a Dios. —Oliver prácticamente se la lanza a Ronan—. Creo que tiene hambre. O el pañal sucio. O ambas cosas. No tengo ni idea.

Ronan coge a Emma con cuidado y la acuna contra su pecho.

—Ya está, pequeña. —Su voz se suaviza inmediatamente—. Papá está aquí.

Y verlo así.

Con su hija en brazos.

Después de lo que acaba de pasar.

Me rompe de una forma que no sé cómo reparar.

—Voy con los demás —Oliver me mira, y algo en su expresión me dice que sabe lo que ha interrumpido.

Sale sin esperar respuesta.

Dejándonos solos otra vez.

Pero ya no es lo mismo.

La locura se ha disuelto.

—Skylar. —La voz de Ronan sale baja—. Por favor. Quédate. Las seis semanas. Aquí. Con nosotros.

Y ahí está.

La petición que ha causado todo esto.

La razón por la que acabamos de besarnos como si el mundo se estuviera acabando.

Debería decir que no.

Debería protegerme.

Debería salir de aquí antes de que esto me destruya completamente.

Pero entonces Emma hace un ruidito. Y Ronan la mira con una ternura devastadora que hace que mi pecho se derrita.

Y sé que no puedo negarme.

Que no importa cuánto duela.

No importa cuántas veces me rechace.

No puedo abandonar a esta bebé que me necesita.

A este hombre que me necesita.

—De acuerdo —digo finalmente.

Él levanta la vista. La sorpresa cruza su expresión.

—¿De verdad?

—Sí. Me mudaré aquí. Las seis semanas.

Su rostro se relaja.

—Gracias.

—Pero hay reglas.

—¿Reglas?

—Sí. Reglas. —Cuadro los hombros—. Nada de intentar controlar cada aspecto de mi vida. Nada de ofrecerme dinero.

Él asiente.

—Entendido.

—Bien.

—Bien.

Nos miramos durante un segundo más.

Y entonces salgo de la habitación antes de pedirle que vuelva a besarme.

Antes de admitir que ese beso ha sido todo lo que he soñado durante nueve años.

Y más.

Mucho más.

CAPÍTULO 17

SKYLAR

El trayecto hasta Queens es silencioso.

Ronan conduce con esa concentración que usa para todo. Emma va en su silla en el asiento trasero, entretenida mirando el juguete que cuelga del asa del portabebés.

Yo voy sentada a su lado intentando no pensar en lo que pasó anoche.

En el beso.

En cómo sus manos se enterraron en mi pelo mientras me besaba contra la pared como si fuera lo único que importaba en el mundo.

En cómo luego me dijo que fue un error.

Que no volverá a pasar.

Aprieto los labios y miro por la ventanilla.

Es mejor así.

Es mejor que sea un error y que no vuelva a pasar.

Aunque mi cuerpo opine completamente diferente.

—Es aquí —digo cuando llegamos a mi calle—. El edificio de ladrillo rojo.

Ronan aparca con esa precisión milimétrica que usa para todo. Apaga el motor y se queda ahí sentado un momento, mirando el edificio.

—¿Es seguro? —pregunta finalmente.

—¿Perdona?

—El barrio. ¿Es seguro?

Parpadeo.

—Ronan, es Queens. No es el Bronx de los ochenta. Estoy perfectamente bien aquí.

—Ya. —No parece convencido—. Pero está muy lejos de todo.

—De *tu* todo, querrás decir.

Me mira.

—¿Cuánto tardas en llegar al trabajo?

—Cuarenta minutos en metro. A veces cincuenta si hay retrasos.

Algo en su mandíbula se tensa.

—Eso es mucho tiempo.

—Es lo normal cuando no eres multimillonario y vives en Manhattan.

—No me gusta.

—Pues menos mal que no es tu problema. —Abro la puerta del coche—. Vamos. Cuanto antes terminemos, antes podremos volver.

Salgo antes de que pueda responder. Antes de que pueda ver cómo sus palabras me han afectado más de lo que quiero admitir.

Ronan sale también y rodea el coche hasta la parte trasera. Abre el maletero y saca la mochila portabebés que compramos ayer.

La mira durante una eternidad.

—Vale. Esto no puede ser tan difícil —se dice a sí mismo.

Oh, esto va a ser bueno.

Se coloca la mochila por los hombros. O intenta hacerlo. Porque inmediatamente las correas se enredan con los tirantes y el cuello y él se queda ahí, luchando con la tela como si fuera un adversario vivo.

—Joder —murmura, intentando meter el brazo por un sitio que definitivamente no es por donde debería ir.

No puedo evitarlo. Me río.

—¿Necesitas ayuda?

—No. —Las correas se enredan más—. Puedo hacerlo.

—Claro que puedes.

—Estoy perfectamente capacitado para atarme una mochila.

Una correa le golpea en la cara.

—Mierda.

—Ronan.

—Ya casi lo tengo.

—Vas a estrangularte con las correas.

—No voy a… —Tira de una hebilla que hace que toda la mochila se retuerza en una configuración que desafía las leyes de la física—. Vale. Quizás necesito ayuda.

—¿Quizás?

Me lanza una mirada que intenta ser intimidante pero que falla completamente porque tiene una correa colgando de la oreja.

—Por favor.

Suspiro. Pero me acerco.

—Quítate eso antes de que te asfixies.

Él se quita la mochila —o más bien, la mochila lo suelta después de una breve lucha— y me la pasa.

—No entiendo cómo algo tan pequeño puede ser tan complicado.

—Porque tiene correas. Y hebillas. Y ajustes. —Desenredo la maraña que ha creado—. Y tú tienes la capacidad de complicar hasta respirar cuando se trata de Emma.

—No es verdad.

—Ayer tardaste diez minutos en decidir qué pañal usar.

—Había tres opciones diferentes.

—Eran todos iguales, Ronan.

—Eran de diferente marca. Eso no es igual.

Y Dios.

La forma en que se pone serio cuando habla de esto. Como si elegir un pañal fuera una decisión empresarial de millones de dólares.

Es tan él.

—Date la vuelta —digo, intentando no sonreír demasiado.

Él obedece. Me da la espalda.

Y ahí es cuando me doy cuenta de mi error.

Porque para ponerle la mochila correctamente tengo que acercarme. Mucho.

Tengo que rodear su cuerpo con los brazos para pasar las correas por delante. Tengo que presionar mi pecho contra su espalda para alcanzar las hebillas del otro lado.

Y él es tan grande.

Tan sólido.

Tan completamente masculino que hace que mi cerebro se reinicie por completo.

—Levanta los brazos —consigo decir, aunque la voz me sale más temblorosa de lo que me gustaría.

Él obedece sin decir nada.

Paso las correas por sus hombros. Ajusto las hebillas en su pecho. Y tengo que inclinarme más. Tanto que puedo oler su champú. Algo fresco y limpio que hace que quiera enterrar la nariz en su cuello y respirar profundo.

Mal pensamiento.

Muy mal pensamiento.

Mis dedos rozan su pecho a través de la camisa mientras ajusto las correas. Solo un segundo. Pero es suficiente para que una corriente eléctrica me atraviese el brazo.

Para que el recuerdo del beso de anoche vuelva con una fuerza que me deja sin aire.

Termino de ajustarlo todo y retrocedo. Rápido.

—Ya está. —Mi voz sale demasiado aguda—. Date la vuelta.

Él se gira lentamente.

Y de repente estamos cara a cara.

A centímetros de distancia.

El aire entre nosotros se vuelve denso. Cargado de todo lo que no estamos diciendo.

De todo lo que pasó anoche.

Puedo ver las motas plateadas en sus ojos grises. La forma en que su mandíbula se tensa. Cómo sus labios se entreabren ligeramente cuando baja la vista hacia mi boca.

Y yo…

Yo me quedo paralizada.

Bésame.

Por favor, solo inclínate y bésame.

Olvida lo que dijiste anoche y bésame como me besaste ayer.

Pero entonces lo veo luchar contra ello. Veo cómo algo en su expresión se cierra. Cómo la máscara vuelve a su sitio.

Y sé que no va a hacerlo.

Que se va a controlar.

Como siempre.

Retrocedo tan rápido que casi tropiezo con mis propios pies.

—Emma. —La palabra sale como una exhalación—. Tengo meter a Emma en la mochila.

Él asiente. Una vez. Rígido.

—Sí. Emma.

Me obligo a girarme hacia el coche. Saco a Emma de su silla con manos que me tiemblan más de lo que deberían.

—Hola, preciosa —murmuro contra su cabecita—. Vamos a ponerte en tu transporte nuevo.

Me acerco a Ronan. Y tengo que hacerlo otra vez.

Estar cerca.

Demasiado cerca.

Deslizo las piernitas de Emma por las aberturas de la mochila. Ajusto su cuerpo contra el pecho de Ronan. Y tengo que poner las manos en su torso para asegurarme de que está bien colocada.

Puedo sentir sus músculos bajo mis palmas. Duros. Cálidos.

Su corazón latiendo tan rápido como el mío.

—Ya está —susurro, pero no me muevo.

No puedo moverme.

Porque cuando levanto la vista, él ya me está mirando.

Con una intensidad que hace que se me olvide cómo respirar.

—Skylar.

Su voz sale ronca. Cargada de algo que no puedo nombrar pero que siento vibrar en el aire entre nosotros.

—¿Sí?

—Yo…

Pero entonces Emma hace un ruidito. Un quejido pequeño que rompe el momento como cristal.

Retrocedo. Otra vez.

Creando distancia.

Espacio.

Aire.

Dios. Menos mal que la niña se ha quejado. ¿Qué estoy haciendo?

Tengo que mantenerme lejos de Ronan a toda costa.

—Vamos. —Cierro el maletero con más fuerza de la necesaria—. Tengo que recoger todo antes de que a Emma le entre el hambre.

Camino hacia la entrada del edificio sin mirar atrás.

Sin darle la oportunidad de decir nada.

Sin darme la oportunidad de hacer algo estúpido.

Como pedirle que termine lo que casi empieza.

Mi apartamento huele a cerrado cuando entramos.

Dos días. Solo han pasado dos días desde que salí de aquí vestida para mi cita con Chad.

Dos días que se sienten como dos años.

Abro la puerta y el aire me golpea. Ventanas cerradas. Plantas sedientas. El café de hace dos mañanas todavía en la cafetera.

Mi vida congelada en el tiempo.

—Pasa —digo, haciéndome a un lado.

Ronan entra y se queda de pie en medio de mi salón diminuto. Con Emma contra su pecho. Mirando alrededor con esa atención que usa para analizar todo.

Y de repente me siento completamente expuesta.

Porque este es mi espacio. Mi vida. Todo lo que soy resumido en cuarenta metros cuadrados de apartamento de alquiler en Queens.

El sofá de Ikea que compré de segunda mano. La manta de ganchillo que me tejió mi abuela. Las fotos en las paredes. Los libros apilados en cada superficie disponible porque no tengo estanterías suficientes.

Mis plantas en la ventana.

Todo es tan pequeño.

Tan modesto.

Comparado con su mundo de apartamentos de lujo y edificios con su apellido.

—Es… —empieza, y me preparo para el golpe.

Para que diga que es pequeño. Que es viejo. Que no entiende cómo puedo vivir aquí.

—Perfecto.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Es perfecto. —Se acerca a la ventana donde están mis plantas —. Se parece a ti.

—No sé si eso es un cumplido.

—Lo es. —Toca la hoja de una de mis plantas con una delicadeza que no esperaba—. Es cálido. Acogedor. Lleno de vida.

Y Dios.

La forma en que lo dice.

Como si de verdad lo pensara.

Como si mi apartamento diminuto con sus grietas en el techo y sus radiadores que hacen ruido fuera algo especial.

—Las plantas necesitan agua —digo, porque tengo que romper este momento antes de que se me ablande el corazón más de lo que ya está—. Voy a regarlas rápido antes de hacer la maleta.

Me muevo hacia la cocina. Lleno una jarra. Empiezo a regar mi Ficus.

Y cuando me giro, casi se me cae la jarra.

Porque Ronan se ha acercado. Está justo detrás de mí. Con Emma dormida contra su pecho en la mochila portabebés.

Y es la imagen más devastadora que he visto en mi vida.

Este hombre enorme. Todo músculo y poder y control. Vestido con ropa cara y reloj de lujo.

Con un bebé acurrucado contra él.

En mi salón diminuto.

Tocando mis plantas con esos dedos que anoche estaban enterrados en mi pelo.

—¿Tienen nombres? —pregunta, acariciando otra hoja.

—¿Cómo…? —Trago saliva—. ¿Por qué piensas que tienen nombres?

—Porque eres tú. —Me mira por encima del hombro—. Apuesto a que también les hablas.

—Puede.

—¿Y qué les dices?

—Cosas. —Sigo regando, intentando concentrarme en algo que no sea él—. Las animo. Les digo que están haciendo un buen trabajo con la fotosíntesis.

—¿La fotosíntesis?

—Es importante. —Paso a la siguiente planta—. Y aprecian que alguien lo reconozca.

—Estoy seguro. —Hay diversión en su voz.

Nos miramos.

Y algo pasa entre nosotros. Algo que no tiene palabras pero que siento vibrar en el aire.

Y me pongo nerviosa.

—Debería hacer la maleta —digo.

—Sí. —Él asiente—. Pero Skylar, no hagas solo una maleta.

—¿Qué?

—Haz una lista. De todo lo que quieres llevar. Todo. Libros. Fotos. Las plantas. Lo que sea que necesites para estar cómoda.

—Ronan, son solo seis semanas.

—Me da igual. —Saca su móvil—. Voy a llamar a una empresa de mudanzas. Traerán una furgoneta. Y llevaremos todo lo que necesites.

—¿Una empresa de mudanzas? ¿Para seis semanas?

—Sí.

—Eso es una locura.

—Quizás. —Ya está marcando—. Pero voy a hacerlo de todas formas.

Y ahí está.

El CEO.

El controlador.

El hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere.

Debería discutir. Debería decirle que esto es demasiado.

Pero en cambio lo miro.

De pie en mi salón. Con Emma contra su pecho. Llamando a una empresa de mudanzas porque quiere que esté cómoda.

Porque le importo.

Aunque no sepa cómo decirlo.

Aunque lo demuestre con acciones en lugar de palabras.

—David. —Habla por teléfono—. Ronan Hawke. Necesito un equipo. Dos personas con furgoneta. En Queens. Ahora. Te mando la dirección por correo.

Me mira. Esperando.

Y suspiro.

Porque no puedo luchar contra esto.

Contra él.

Asiento.

Y cuando cuelga y me mira con una satisfacción apenas contenida, no puedo evitar sonreír.

—Eres imposible.

—Lo sé. —Se acerca—. Pero vas a dejar que lo haga de todas formas.

—Sí. —Suspiro—. Voy a dejarte.

Porque cuando Ronan Hawke decide cuidar de alguien, no hay forma de detenerlo.

Y yo le dejo, porque hace demasiado tiempo que nadie cuida de mí.

Mi corazón es oficialmente idiota.

Pero durante seis semanas…

Durante seis semanas voy a permitirme esto.

Voy a permitir que me cuide.

Aunque sepa que voy a terminar con el corazón roto.

Otra vez.

CAPÍTULO 18

RONAN

Esto no puede ser tan difícil.

Es un bebé. Un bebé pequeño. Y agua. Y jabón.

Básicamente es limpiar algo.

Algo que hago todos los días con mi propio cuerpo sin mayor problema.

Excepto que mi propio cuerpo no se retuerce. Ni llora. Ni es tan jodidamente pequeño que me aterroriza sostenerlo con demasiada fuerza.

—¿Estás segura de que tenemos que hacerlo hoy? —pregunto por tercera vez.

Skylar me mira desde el otro lado del cambiador donde tenemos preparada la bañerita de bebé. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y se ha remangado la camisa hasta los codos.

Y está intentando no reírse de mí.

Lo veo en la forma en que se muerde el labio.

—Ronan, Emma no se ha bañado en dos días. Necesita un baño.

—Pero está limpia. La hemos cambiado. Le hemos limpiado la cara.

—Eso no es un baño.

—Podría serlo.

—No lo es. —Se cruza de brazos—. Y cuanto más lo retrases, más nervioso vas a estar.

Tiene razón.

Odio que tenga razón.

Pero la tiene.

—Vale. —Respiro hondo—. Vale. ¿Cómo lo hacemos?

Skylar sonríe. Y es esa sonrisa paciente que ha estado usando conmigo desde que esto empezó. La que dice *eres un desastre, pero*

es adorable.

No sé si sentirme insultado o halagado.

—Primero comprobamos la temperatura del agua. Tiene que estar tibia. Ni fría ni caliente.

—¿Y cómo sé cuándo está tibia?

—Cuando tu codo no siente ni frío ni calor. Es como neutral.

—Neutral. —Repito la palabra como si fuera un concepto revolucionario—. Vale.

Meto el codo en el agua.

Está… ¿tibia? ¿Puede ser que esté tibia?

—¿Así está bien?

Skylar se acerca. Se inclina sobre la bañerita. Y de repente está muy cerca.

Puedo oler su champú. Esa mezcla de vainilla y coco que se me ha quedado grabada desde anoche cuando la besé.

Cuando perdí completamente el control y la besé contra la pared de mi habitación como si fuese a morirme si no la probaba de una vez.

Idiota.

Soy un completo idiota.

—Está perfecta. —Su voz me devuelve al presente—. La temperatura es perfecta.

Se aparta. Y puedo respirar otra vez.

—Vale. —Me giro hacia Emma, que está en su hamaquita mirándome con esos ojos enormes—. Ahora… ¿la meto?

—Primero la desvistes.

—Cierto. Claro. Lógico.

Empiezo a quitarle el body. Mis dedos se sienten torpes. Demasiado grandes. Las mangas son tan pequeñas que me da miedo hacerle daño.

—No pasa nada si tardas —dice Skylar suavemente—. Ella no tiene prisa.

Consigo quitarle el body sin romperlo. Pequeña victoria.

Luego el pañal.

Y entonces Emma está completamente desnuda. Tan pequeña. Tan frágil.

Y yo tengo que meterla en el agua sin que le pase nada.

Presión cero.

—¿Cómo la cojo? —pregunto, y mi voz sale más tensa de lo que pretendía.

—Igual que siempre. Una mano bajo su cabeza. —Skylar se coloca a mi lado—. La otra bajo su culito. Y la bajas despacio. Muy despacio.

Deslizo las manos bajo Emma. Puedo sentir su peso. Casi nada. Como si fuera de aire.

La levanto. La acerco a la bañerita.

Y entonces se mueve.

Se retuerce en mis manos.

—¡Mierda!

—Tranquilo. —Skylar pone su mano sobre la mía—. La tienes bien agarrada. No se va a caer.

—¿Segura?

—Completamente segura. Ahora bájala. Despacio.

Bajo a Emma hacia el agua. Sus piernitas tocan primero. Y entonces empieza a llorar.

No. A gritar.

A todo pulmón.

—¡Joder! ¿Qué he hecho? —Casi la saco del agua—. ¿Está muy caliente? ¿Muy fría?

—¡No! —Skylar me detiene—. Está perfecta. Solo no le gusta. A algunos bebés no les gusta el agua al principio.

—¿Y qué hacemos?

—Seguimos. Cuanto más rápido la bañemos, antes terminará.

—Bien. Vale. Rápido. Puedo ser rápido.

Excepto que no puedo.

Porque Emma no deja de moverse. Y llorar. Y chapotear.

Y yo estoy intentando sujetarla con una mano mientras con la otra busco el jabón que Skylar ha puesto en algún sitio.

—¿Dónde está el jabón?

—En el borde. —Skylar lo señala—. Ahí.

Lo cojo. Lo aprieto.

Sale demasiado jabón. Mucho más de lo que debería.

—Mierda.

—No pasa nada. Úsalo.

Intento enjabonar a Emma. Pero está resbaladiza. Y llorando. Y moviéndose.

Y de repente ya no sé qué mano está donde.

—Ronan, cuidado con…

Demasiado tarde.

Emma da una patada. El agua sale disparada. Directa a mi cara.

Parpadeo. Escupiendo agua.

Y entonces Emma da otra patada.

Más agua.

Esta vez a Skylar.

Que suelta un grito de sorpresa.

—¡Emma! —Pero está riéndose—. Pequeña traidora.

Y entonces se desata el caos.

Emma no para de chapotear. El agua cae por todas partes. En el suelo. En nosotros.

Skylar intenta ayudarme a sujetarla, pero Emma tiene otros planes. Planes que involucran convertir el baño en una piscina.

—¡La tengo! —digo, intentando mantenerla firme.

—¡Cuidado con el…!

El bote de jabón sale volando. Aterriza en el suelo. Se abre. Y el contenido se derrama formando un pequeño charco resbaladizo.

—Joder.

—¡No pises ahí!

Demasiado tarde.

Mi pie resbala. Me tambaleo. Y tengo que agarrarme al cambiador para no caerme.

Con Emma todavía en una mano.

—¡Ronan!

Skylar se lanza hacia mí. Me agarra del brazo. Intentando estabilizarme.

Pero ella también resbala en el jabón.

Y de repente los dos estamos tambaleándonos. Agarrados el uno al otro. Con Emma entre nosotros como el premio más valioso del mundo.

Conseguimos no caernos.

Milagrosamente.

Pero quedamos empapados. Cubiertos de jabón. Y Emma finalmente decide que esto es divertido y deja de llorar.

Por supuesto.

Skylar me mira. Yo la miro a ella.

Y nos echamos a reír.

Los dos al mismo tiempo.

Como idiotas.

—Esto ha sido —empieza Skylar.

—Un desastre.

—Iba a decir memorable. —Se ríe más fuerte—. Pero sí. También un desastre. Voy a limpiar el jabón del suelo.

Termino de lavar a Emma. Esta vez sin más incidentes. Skylar me ayuda a sacarla. A envolverla en la toalla. A secarla.

Y finalmente Emma está limpia. Seca. Y mirándonos con una expresión que juraría es de satisfacción.

Como si supiera exactamente lo que ha hecho.

—Misión cumplida —dice Skylar, quitándose un mechón de pelo mojado de la cara—. Emma está bañada. Nosotros estamos… bueno. También mojados.

Levanto la vista.

Y me quedo sin aire.

Porque Skylar está empapada. Completamente empapada. El agua le ha calado la camiseta, pegándosela al cuerpo como una segunda piel.

Y puedo ver todo.

El contorno de su sujetador. De encaje. Rosa claro. Transparentándose a través de la tela mojada.

La curva de sus pechos. Perfectos. Más que perfectos.

Los pezones marcándose ligeramente contra el tejido.

La garganta se me cierra.

Todo el cuerpo se me tensa.

Y mi entrepierna cobra vida con una fuerza que hace que tenga que morderme el interior de la mejilla.

No.

No ahora.

No aquí.

Pero mi cuerpo no está escuchando.

Porque Skylar está ahí. A menos de un metro. Mojada. Con una camiseta que no deja nada a la imaginación.

Y yo estoy completamente duro.

En medio del baño.

Con ella a un metro de distancia.

Joder.

—Yo —Carraspeo. Aparto la vista—. Voy a cambiarme. ¿Te importa quedarte con Emma un momento?

—Sí. —Su voz sale un poco aguda—. Cuando lo hagas me cambio yo.

Salgo del baño antes de que pueda notar lo que está pasando en mis pantalones.

Antes de que vea cómo la estoy mirando.

Como si fuera lo único que quiero devorar.

Llego a mi habitación y cierro la puerta detrás de mí.

Me apoyo contra ella. Respirando como si hubiera corrido una maratón.

Esto es ridículo.

Soy un hombre adulto. No debería estar poniéndome duro porque he visto a una mujer mojada.

Excepto que no es cualquier mujer.

Es Skylar.

Skylar que lleva nueve años viviendo en mi cabeza como un fantasma que no puedo exorcizar.

Skylar a la que besé anoche hasta perder el control.

Skylar que ahora está cuidando a mi hija.

Gimo. Bajo. Frustrado.

Y mi mano se mueve antes de que pueda detenerla.

Baja por mi estómago. Sobre la tela del pantalón. Presionando contra la erección que me duele.

No debería hacer esto.

Es inapropiado.

Mi mano se desliza dentro del pantalón.

Y en el momento en que mis dedos se cierran alrededor de mi polla, sé que no hay vuelta atrás.

Me muevo hacia la cama. Me dejo caer en el borde. Me bajo los pantalones lo justo.

Y la imagen vuelve.

Skylar. Mojada. Esa camiseta pegada a su cuerpo. Sus pechos marcándose. Los pezones rosados.

Mi mano se mueve. Rápida. Desesperada.

Cierro los ojos.

Y la veo.

No como estaba en el baño.

Sino como estaba anoche. Contra la pared. Con los labios hinchados por mis besos. Los ojos oscurecidos por el deseo. Jadeando mi nombre.

Mi mano se aprieta. Sube. Baja.

La imagino aquí. En mi cama. Debajo de mí.

Con el pelo rubio extendido sobre mi almohada como oro líquido. Los ojos mirándome con esa mezcla de deseo y ternura que solo ella tiene.

La imagino sin esa camiseta mojada. Sin nada. Completamente desnuda.

Con esos pechos que acabo de ver marcándose contra el sujetador ahora en mis manos. En mi boca.

Gimo. El sonido sale bajo. Gutural.

Mi mano se mueve más rápido.

La imagino debajo de mí. Rodeándome con sus piernas largas. Arqueándose contra mí. Diciendo mi nombre de una forma que hace que pierda la cabeza.

La imagino apretándose alrededor de mí mientras la follo. Despacio primero. Luego más duro. Más profundo.

Hasta que los dos estamos al borde.

Hasta que ella se corre gritando mi nombre.

El orgasmo me golpea como un tren.

Me tenso. Todo el cuerpo bloqueándose. La mano apretándose mientras me corro con tanta fuerza que veo estrellas.

Y su nombre.

Su nombre sale de mis labios sin permiso.

—Skylar.

Jadeo. Respirando como si me estuviera ahogando.

El placer sigue recorriendo mi cuerpo en oleadas. Dejándome exhausto. Saciado.

Y completamente consciente de lo jodido que estoy.

Porque esto no ha sido solo alivio físico.

Ha sido algo más.

Algo que llevo años negándome.

Me dejo caer hacia atrás en la cama. Mirando al techo. Con el pecho subiendo y bajando mientras mi respiración se normaliza.

Y entonces lo admito.

Lo que llevo sabiendo desde hace años pero que nunca me he permitido pensar.

Estoy enamorado de Skylar Banks.

Completamente.

Irrevocablemente.

Jodidamente enamorado.

Llevo años enamorado de ella. Casi desde el mismo instante en el que la conocí.

Por eso he estado recibiendo informes durante nueve años. No solo para asegurarme de que estuviera bien. Sino porque no podía soltarla.

Porque alguna parte rota de mí se aferraba a ella incluso cuando la mantenía lejos.

Y ahora está aquí. En mi casa. Cuidando de mi hija. Mirándome como si todavía pudiera ser alguien digno de ser mirado.

Y yo me acabo de correr pensando en ella como un adolescente sin control.

Después de decirle anoche que besarla fue un error.

Joder.

¿Qué voy a hacer?

Porque no puedo tenerla. No debería tenerla.

Estoy roto. Dañado de formas que ni siquiera sé nombrar. Llevo la misma sangre que mis padres. Y ellos nos destrozaron.

¿Cómo sé que yo no haré lo mismo?

¿Cómo sé que no voy a contaminarla con toda la oscuridad que llevo dentro?

Pero cuando pienso en estas seis semanas.

Seis semanas con ella aquí. Viéndola todos los días. Enseñándome a ser padre. Llenando mi apartamento con su luz.

Sé que no voy a poder mantener la distancia.

Sé que voy a volver a besarla.

Y esta vez no voy a poder parar.

Aunque debería.

Aunque lo correcto sería alejarla.

Protegerla de mí.

Me paso una mano por la cara. Frustrado. Exhausto.

Y me hago la única pregunta que importa:

¿Qué demonios voy a hacer con Skylar?

CAPÍTULO 19

SKYLAR

Ronan lleva paseando de un lado a otro del salón durante los últimos veinte minutos.

Tres pasos hacia la ventana. Giro. Tres pasos hacia la puerta. Giro.

Como un animal enjaulado.

—Ronan. —Levanto la vista desde donde estoy sentada en el sofá con Emma dormida en mis brazos—. Vas a desgastar el suelo.

—¿A qué hora ha dicho que venía?

—A las cuatro.

Mira su reloj. Por décima vez en cinco minutos.

—Son las tres y cincuenta.

—Lo sé.

—¿Y si llega tarde?

—Entonces esperaremos.

Me mira y puedo ver el pánico en sus ojos.

—Ronan. —Dejo a Emma con cuidado en su hamaquita—. Respira. Todo va a salir bien.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. —Me levanto y camino hacia él—. Tu casa es perfecta. Emma está perfecta. Tú estás… bueno, nervioso, pero eso es normal.

—¿Y si decide que no soy apto? ¿Y si se la lleva?

Y ahí está.

El miedo real.

El terror que ha estado creciendo en sus ojos desde que Lisa llamó esta mañana para confirmar la visita.

—No se la va a llevar.

—No lo sabes.

—Ronan. —Me coloco frente a él. Obligándolo a detenerse. A mirarme—. Mírame.

Él obedece. Y puedo ver el pánico en sus ojos grises.

—Lo estás haciendo bien —digo suavemente—. Mejor que bien. Emma está limpia, alimentada, feliz. Tu casa está preparada. Has comprado todo lo que necesita y más. Lisa va a ver eso.

—¿Y si no es suficiente?

—Es suficiente. Tú eres suficiente.

Nos miramos durante varios segundos.

Y entonces hago algo que no planeo. Algo que me sale por instinto.

Doy un paso adelante y lo abrazo.

Mis brazos rodean su cintura. Mi mejilla se presiona contra su pecho. Y lo sostengo.

Simplemente lo sostengo.

Durante un segundo, se queda completamente inmóvil. Como si no supiera qué hacer con esto.

Pero entonces sus brazos se mueven. Lentamente. Rodeándome también. Atrayéndome más cerca.

Y algo en él se rompe.

Puedo sentirlo en la forma en que sus músculos se relajan. En cómo su respiración se vuelve más profunda. En el suspiro que escapa de sus labios contra mi pelo.

—Gracias —murmura, tan bajo que casi no lo escucho.

—No tienes que darlas.

—Sí tengo. Estás haciendo tanto por nosotros. Gracias por todo esto. Por estar aquí. Por no dejarme solo.

Y Dios.

La vulnerabilidad en su voz me rompe.

Levanto la cabeza para mirarlo. Y él ya me está mirando.

Estamos tan cerca que puedo contar cada una de sus pestañas. Ver las motas plateadas en sus ojos. Sentir su respiración mezclarse con la mía.

Sus brazos siguen alrededor de mí. Sosteniéndome. Como si no quisiera soltarme.

Y yo no quiero que me suelte.

Su mirada baja a mis labios. Solo un segundo. Pero es suficiente para que el corazón se me dispare.

Para que el aire entre nosotros se vuelva denso.

Cargado.

Se inclina. Solo un poco. Tan poco que podría estar imaginándomelo.

Pero no me lo estoy imaginando.

Porque puedo ver la intención en sus ojos.

El deseo.

La necesidad.

Sí.

Por favor.

Bésame.

El timbre del intercomunicador suena.

Estridente. Rompiendo el momento como cristal.

Nos separamos de golpe. Los dos dando un paso atrás al mismo tiempo.

Ronan se pasa una mano por el pelo. Yo me aliso la camiseta que no necesita alisarse.

Y ambos intentamos actuar como si no acabara de pasar nada.

Como si no hubiéramos estado a punto de besarnos.

Otra vez.

El intercomunicador vuelve a sonar.

—Seguro que es por Lisa —dice Ronan, y su voz sale más ronca de lo normal.

—Sí.

—Debería abrir.

—Sí.

Camina hacia el intercomunicador. Presiona el botón.

—¿Sí?

—Señor Hawke, tiene una visita. De servicios sociales.

—Gracias, Marcus, dile que suba.

Suelta el botón. Se gira hacia mí.

—¿Cómo estoy?

Lo miro. Lleva vaqueros oscuros. Camisa gris que se le ajusta al torso de una forma que debería ser ilegal. El pelo ligeramente

despeinado porque se ha pasado las manos por él mil veces.

Está perfecto.

Completamente perfecto.

—Estás bien —digo—. Respira. Y deja que yo hable si te pones nervioso.

Él asiente.

Esperamos en el salón. Emma está despierta en su hamaquita. La habitación está impecable porque Ronan ha pasado las últimas dos horas limpiando cosas que ya estaban limpias.

El timbre suena.

Ronan camina hacia la puerta con pasos que son demasiado rígidos. Abre.

Y ahí está Lisa. Con su carpeta y una expresión profesional.

—Señor Hawke. —Le tiende la mano—. Gracias por recibirme con tan poca antelación.

—Por supuesto. —Le estrecha la mano—. Pase.

Lisa entra. Mira alrededor con esa evaluación automática que todos hacemos. Calculando. Observando.

—Skylar. —Me sonríe cuando me ve—. Me alegro de verte.

—Igualmente.

Su mirada va a Emma. Y algo en su expresión se suaviza.

—¿Puedo?

—Claro —digo, levantando a Emma de la hamaquita.

Lisa la coge con esa experiencia que viene de años trabajando con niños. La sostiene. La observa. Le habla con esa voz suave que usamos todos.

—Hola, bonita. ¿Cómo estás?

Emma la mira con sus ojitos grandes. Y entonces hace algo que no esperábamos.

Sonríe.

Es pequeño. Apenas una curva de sus labios. Pero está ahí.

—Ah. —Lisa se ríe suavemente—. Ya veo que estás feliz.

Nos hace preguntas. A los dos. Sobre la rutina de Emma. Sobre cómo la alimentamos. Cuánto duerme. Cómo reacciona Ronan cuando llora.

Y Ronan responde. Con esa precisión que usa para todo. Cada detalle. Cada horario. Cada dato.

Como si estuviera presentando un informe financiero en lugar de hablar de su hija.

Pero funciona.

Porque puedo ver cómo Lisa lo observa. Cómo algo en su expresión se relaja.

—¿Puedo ver la habitación de Emma? —pregunta finalmente.

—Por supuesto.

Ronan la guía por el pasillo. Yo los sigo con Emma en brazos.

Entramos en la habitación que montamos hace unos días. Con la cuna de cuatro mil dólares. El cambiador a juego. Los estantes llenos de cosas que Emma no va a usar hasta dentro de meses.

Y Ronan de pie en el centro. Con los hombros tensos. Esperando el veredicto.

Lisa mira alrededor. Toca las sábanas de la cuna. Revisa el cambiador. Abre el armario donde está toda la ropa organizada por tallas.

—Es perfecto. —Nos mira—. Todo está perfecto.

Algo en el cuerpo de Ronan se relaja visiblemente.

—¿En serio?

—En serio. —Lisa sonríe—. Emma está claramente bien cuidada. Está limpia, feliz, sana. Y usted, señor Hawke, ha hecho un trabajo extraordinario preparándose.

—He tenido ayuda. —Me mira—. Mucha ayuda.

—Lo sé. —Lisa me mira también—. Y eso habla muy bien de usted. Saber cuándo pedir ayuda. Especialmente a alguien tan cualificado.

Volvemos al salón. Lisa escribe algunas cosas en su carpeta. Hace más preguntas.

Y Ronan responde a todo a la perfección.

Y puedo ver cómo algo en la expresión de Lisa cambia. Cómo la evaluación profesional se convierte en algo más cálido.

—En este caso —Cierra su carpeta—. No tengo ninguna objeción a que Emma siga bajo su custodia temporal hasta que lleguen los

resultados de la prueba de paternidad. Volveré en unas semanas para otra visita de seguimiento. Pero por ahora, todo está perfecto.

El alivio que cruza el rostro de Ronan es palpable.

—Gracias. No sabe cuánto se lo agradezco.

—No tiene que darlas. —Lisa se levanta—. Solo siga haciendo lo que está haciendo. Y llámeme si necesita cualquier cosa.

La acompañamos a la puerta. Lisa se despide. Se va.

Y en el momento en que la puerta se cierra, Ronan se apoya contra ella.

Cierra los ojos. Respira hondo.

—Ha salido bien —digo suavemente.

—Sí.

—Te lo dije.

—Lo sé.

Abre los ojos. Me mira.

Y hay tanta gratitud en su expresión que hace que se me cierre la garganta.

—Gracias —dice otra vez—. Por estar aquí. Por ayudarme con esto. No sé si lo habría conseguido sin ti.

—Lo habrías conseguido.

—No. No lo habría hecho.

Nos miramos durante varios segundos.

Y entonces Emma decide que es el momento perfecto para empezar a llorar.

Son las once de la noche cuando finalmente conseguimos que Emma se duerma.

Ha sido un día largo. Agotador. Entre la visita de Lisa, el baño, las múltiples tomas…

Estoy exhausta.

Ronan también debe estarlo. Puedo verlo en las líneas de tensión alrededor de sus ojos. En la forma en que se deja caer en el sofá como si sus piernas hubieran dejado de funcionar.

—¿Té? —pregunto, aunque probablemente no deberíamos beber cafeína a esta hora.

—Por favor.

Voy a la cocina. Preparo dos tazas. Vuelvo al salón.

Ronan sigue en el sofá. Con la cabeza echada hacia atrás. Los ojos cerrados.

—¿Sigues vivo? —pregunto, dejando su taza en la mesa.

—Apenas.

Me río. Me siento en el otro extremo del sofá. Cojo mi taza. El calor se filtra a través de la cerámica hasta mis manos.

—Ha sido un buen día —digo—. A pesar del caos del baño.

—El caos del baño ha sido —Abre los ojos. Me mira—. Divertido. A su manera.

—¿Divertido?

—En retrospectiva.

—Y Emma está limpia.

—Eso es verdad.

Bebemos en silencio. El apartamento está en calma. Solo se escucha el sonido del tráfico lejano de Manhattan. La respiración suave de Emma desde el monitor.

—¿Cómo lo hacen? —pregunta Ronan de repente.

—¿Quiénes?

—Los padres. Los que tienen hijos. ¿Cómo sobreviven a esto?

—Un día a la vez. —Sonrío—. Y con mucho café.

Aparto la vista. Bebo más té.

Seguimos hablando. De cosas sin importancia. De Emma. Del trabajo. De nada y todo.

Y en algún momento, sin darme cuenta, me voy quedando dormida.

Lo último que recuerdo es la voz de Ronan. Suave. Hablándome de algo que no alcanzo a procesar.

Y el calor del sofá. La comodidad.

La sensación de estar segura.

RONAN

Skylar se ha quedado dormida.

Está acurrucada en el otro extremo del sofá. Con la cabeza apoyada en el reposabrazos. Las piernas dobladas. Las manos bajo la mejilla.

Completamente inconsciente.

Y yo no puedo dejar de mirarla.

El pelo rubio cae sobre su cara. Tiene los labios entreabiertos. La respiración suave y regular.

Se ve tan en paz.

Tan hermosa que duele.

Debería despertarla. Decirle que se vaya a la cama. Que estará más cómoda.

Pero no puedo.

Porque entonces tendría que dejar de mirarla.

Y no estoy listo para eso.

Ha sido un día largo. Agotador. Pero también ha sido el mejor día que recuerdo haber tenido en años.

Por ella.

Por la forma en que me abrazó esta tarde cuando estaba al borde del pánico. Por cómo me sostuvo como si supiera exactamente lo que necesitaba.

Por cómo me hace sentir como si pudiera hacer esto.

Ser padre.

Ser mejor.

Ser suficiente.

La miro durante varios minutos más. Memorizando cada detalle.

La curva de su mejilla. Las pecas dispersas por su nariz. La forma en que sus pestañas proyectan sombras sobre su piel.

Es perfecta.

Completamente perfecta.

¿Cómo voy a darle lo que merece cuando no tengo nada que dar?

Pero cuando la miro así. Dormida en mi sofá. En mi casa. Después de un día cuidando de mi hija como si fuera suya…

Quiero intentarlo.

Quiero ser el hombre que merece.

Aunque probablemente fracase.

Me levanto. Con cuidado de no hacer ruido.

Me acerco a ella. Me inclino. Y con toda la delicadeza de la que soy capaz, deslizo un brazo bajo sus rodillas. El otro bajo su espalda.

La levanto.

Es más ligera de lo que esperaba.

Se remueve ligeramente. Murmura algo que no alcanzo a entender.

Pero no se despierta.

Solo se acurruca contra mi pecho. Como si supiera que está segura.

Y el corazón casi me explota.

Camino por el pasillo. Despacio. Con pasos silenciosos.

Llego a su habitación. Abro la puerta con el codo.

Y la llevo hasta la cama.

La acuesto con cuidado. Ajusto la almohada bajo su cabeza. Subo la manta hasta sus hombros.

Y me quedo ahí. De pie junto a la cama. Mirándola.

Queriendo tocarla. Apartar ese mechón de pelo que le cae sobre la cara. Inclinarme y besar su frente.

Pero no lo hago.

Porque si la toco, si cruzo esa línea otra vez, no sé si podré detenerme.

—Buenas noches, Skylar —susurro.

Y salgo de la habitación antes de hacer algo estúpido.

Como quedarme.

Como acostarme a su lado y abrazarla toda la noche.

Como admitir en voz alta lo que ya sé en mi interior.

Que estoy completamente enamorado de ella.

Y que no tengo ni idea de qué hacer con eso.

CAPÍTULO 20

SKYLAR

Llevo cuatro días viviendo con Ronan Hawke.

Y cada día es más difícil que el anterior.

No por Emma. Emma es un ángel. Bueno, un ángel que llora a las tres de la madrugada y que ha decidido que los pañales son instrumentos de tortura. Pero un ángel de todas formas.

El problema es su padre.

Ronan.

Que se pasea por este apartamento siendo devastadoramente atractivo sin ni siquiera intentarlo.

Esta mañana me he levantado antes que él. Lo que es un milagro absoluto considerando que el hombre parece funcionar con tres horas de sueño y cafeína pura.

He ido a la cocina a prepararme un café. A intentar empezar el día con algo de normalidad antes de que comience el espectáculo de «Ronan Hawke siendo increíblemente sexy mientras cuida a su hija».

Estoy junto a la cafetera, esperando que termine de hacerse, cuando lo escucho.

El llanto de Emma.

Inconfundible. Estridente.

Dejo la taza en la encimera y salgo hacia el pasillo.

Porque después de cuatro días, mi cuerpo ya está programado. Escucho a Emma llorar y reacciono.

Como si fuera mía.

Doblo la esquina del pasillo que lleva a las habitaciones.

Y justo en ese momento la puerta del dormitorio de Ronan se abre.

Y él sale.

Con una toalla.

Solo. Con. Una. Toalla.

No tengo tiempo de frenar.

Ni de desviarme.

Ni de hacer nada excepto chocar contra él con toda la fuerza de mi metro sesenta y cinco de puro pánico.

—¡Joder!

El grito sale de los dos al mismo tiempo.

Mis manos se estrellan contra su pecho para frenar el impacto.

Y es como tocar fuego.

Piel mojada. Caliente. Resbaladiza por el agua de la ducha que todavía le cubre el cuerpo.

Músculos bajo mis palmas. Duros. Definidos. Moviéndose con cada respiración acelerada.

Y entonces sus manos están en mi cintura.

Agarrándome. Sosteniéndome.

Evitando que salga rebotada hacia atrás.

Estamos demasiado cerca.

Tanto que puedo ver cada gota de agua deslizándose por su cuello. Por sus hombros. Desapareciendo en el valle entre sus pectorales que tengo justo delante de mi cara.

Tanto que puedo oler su gel de ducha. Algo limpio y masculino que hace que se me cierre la garganta.

Tanto que cuando levanto la vista, encuentro sus ojos ya fijos en mí.

Oscuros. Intensos.

Completamente clavados en mi boca.

—Skylar.

Mi nombre sale de sus labios como algo roto.

Y sus manos…

Sus manos se aprietan en mi cintura.

Y entonces, muy despacio, como si no pudiera controlarlo, me atrae.

Hacia él.

Pegándome contra su cuerpo.

Y siento todo.

El calor de su piel atravesando mi camiseta de algodón como si no existiera.

Los músculos de su abdomen presionándose contra mi estómago.

Y…

Oh, Dios.

Lo siento.

Contra mi vientre.

Duro. Grueso. Presionándose contra mí a través de la toalla.

Un jadeo se me escapa. Alto. Necesitado.

Completamente involuntario.

Y lo veo recorrerlo como una descarga eléctrica.

Sus ojos se oscurecen todavía más. La mandíbula se le tensa. Los dedos se le clavan en mi cintura con una fuerza que debería doler pero que en cambio hace que algo líquido y caliente se expanda por todo mi cuerpo.

—Ronan… —Su nombre sale de mi boca como una súplica.

Él se inclina. Solo un centímetro. Dos.

Tan cerca que su aliento roza mis labios.

Tan cerca que si me pusiera de puntillas…

Emma llora más fuerte.

Un grito que atraviesa el pasillo como una sirena.

Nos separamos de golpe.

Como si nos hubieran echado un cubo de agua helada.

Ronan da dos pasos atrás. Yo retrocedo hasta chocar contra la pared.

Ambos respirando como si hubiéramos corrido una maratón.

—Yo —Mi voz sale temblorosa—. Yo la atiendo. Ve a… ve a vestirte. Por favor.

—Skylar.

—Por favor.

Algo cruza su expresión. ¿Frustración? ¿Arrepentimiento?

No lo sé.

No puedo procesarlo ahora.

Solo puedo moverme. Pasar junto a él sin mirarlo. Sin rozarlo aunque cada célula de mi cuerpo grita por hacerlo.

Entro en la habitación de Emma casi corriendo.

Cierro la puerta detrás de mí.

Y me apoyo contra ella, con las piernas temblando tanto que apenas me sostienen.

¿Qué acaba de pasar?

¿Qué demonios acaba de pasar?

Ronan estaba duro. Completamente duro. Y me atrajo hacia él como si no pudiera evitarlo.

Como si me deseara.

Pero ¿me desea a mí?

¿O solo soy la mujer que está aquí? ¿Conveniente? ¿Disponible?

¿Lleva cuatro días sin sexo y su cuerpo simplemente está reaccionando a la proximidad?

No lo sé.

Y eso me está matando.

Porque si me desea de verdad…

Si esto es real…

Entonces estoy completamente jodida.

Emma llora más fuerte, devolviéndome a la realidad.

—Ya voy, cariño. —Me obligo a moverme. A cogerla de la cuna—. Ya estoy aquí.

La acuno contra mi pecho. La mezo. Le murmuro palabras suaves.

Pero mis manos siguen temblando.

Y mis palmas siguen ardiendo donde tocaron su piel.

Y todo mi cuerpo sigue vibrando con la sensación de haberlo tenido tan cerca.

De haber sentido la evidencia de su deseo contra mí.

Dios.

La convivencia con Ronan Hawke es mucho más difícil de lo que pensaba.

Y solo llevamos cuatro días.

Quedan casi seis semanas.

No voy a sobrevivir a esto.

CAPÍTULO 21

RONAN

Han pasado dos semanas desde que Skylar se mudó a mi apartamento.

Y cada día ha sido una mezcla extraña de perfección absoluta y tortura exquisita.

Perfección porque me despierto cada mañana y escucho su voz desde la cocina. Hablándole a Emma mientras prepara el biberón. Cantando esas canciones que no reconozco pero que se me han quedado grabadas en el cerebro. Moviéndose por mi espacio como si siempre hubiera estado aquí.

Tortura porque la tengo tan cerca y no puedo tocarla.

Porque he aprendido cosas sobre ella que no debería saber. Como que se pone crema de manos cada noche antes de acostarse. Que deja las tazas de té a medio terminar por toda la casa. Que habla con las plantas cuando cree que no la escucho.

Que duerme con una camiseta vieja tres tallas más grande que vi colgada en el tendedero y que desde entonces no puedo dejar de imaginar cómo le quedará.

Y que cada noche, cuando me acuesto en mi cama sabiendo que ella está a solo unos metros, tengo que recordarme que le prometí que no volvería a pasar.

Que besarla fue un error.

Aunque haya sido lo más correcto que he hecho en años.

Ahora mismo estamos en el ascensor. Subiendo al piso de Jax. Es domingo por la tarde. Y tenemos la comida familiar obligatoria.

Llevo a Emma en los brazos.

Y Skylar está a mi lado. Con un vestido azul claro que hace que tenga que obligarme a mantener los ojos en las puertas del ascensor para evitar ponerme duro.

—¿Seguro que no les importa que vaya? —pregunta de repente.

—¿Por qué iba a importarles?

—No sé. Es una comida familiar. Y yo no soy de…

Se detiene.

Y yo no pregunto qué iba a decir.

Porque si lo hago, tendré que admitir que quiero que lo sea.

Las puertas se abren en la planta de mi hermano. Salimos al pasillo. Caminamos hasta la puerta de Jax.

Llamo al timbre.

Y la puerta se abre tan rápido que Elsie debe haber estado esperando al otro lado.

—¡Por fin! —Prácticamente me arranca a mi hija de las manos—. Dejadme ver a esta preciosidad.

Y desaparece dentro del apartamento con Emma.

Dejándonos a nosotros en el pasillo.

—Creo que le gusta tu hija —dice Skylar riendo.

—Creo que estás en lo cierto.

Entramos. Y el apartamento está en caos. Igual que siempre que nos juntamos todos. En esta familia que no hace más que crecer cada día.

Kai está en la cocina intentando robar comida mientras Elsie lo persigue con una cuchara de madera. Zane e Isla están en el sofá discutiendo sobre algo que probablemente tiene que ver con libros. Hazel está poniendo la mesa. Oliver sirviendo cervezas.

Y Emma pasando de brazo en brazo como si fuera la estrella del espectáculo.

—Ronan. —Jax se acerca con dos cervezas—. Ya era hora.

—Hemos llegado exactamente a la hora que dijiste.

—Lo veo.

Me mira con intensidad, como si estuviese intentando descubrir solo con la fuerza de su mirada cómo estoy. Debe de concluir que bien, porque se gira hacia Skylar

—¿Qué quieres beber? ¿Vino? ¿Cerveza? ¿Agua?

—Vino estaría genial. Gracias.

Y así empieza todo.

La comida es ruidosa.

Kai no para de hablar. Contando historias que hacen reír a todo el mundo. Una sobre un cliente que pensaba que blockchain era un tipo de queso. Otra sobre Hazel intentando aprender a surfear y acabando en urgencias.

—¡No fue para tanto! —protesta Hazel, pero se está riendo.

—Cariño, te rompiste el dedo meñique del pie.

—Fue un accidente.

—Fue porque intentaste hacer un truco después de estar en el agua exactamente diez minutos.

Todos se ríen. Incluso Jax suelta algo parecido a una carcajada.

Y Skylar…

Skylar se ríe también. Con esa risa que llena habitaciones. Que hace que todo el mundo se gire para mirarla.

Incluido yo.

Elsie habla sobre Jax siendo un jefe imposible.

—No soy imposible —protesta Jax.

—Cariño, ayer me pediste que reorganizara tu agenda tres veces. Tres. En dos horas.

—Había razones válidas.

—Las razones eran que no te gustaba cómo quedaban los colores en el calendario.

Kai casi se atraganta con la cerveza.

—¿Los colores?

—Los colores —confirma Elsie—. Al parecer el verde choca con el azul.

Todos estallan en carcajadas.

Y yo observo.

Veo cómo Isla le da una palmadita a Zane en el muslo cuando dice algo particularmente seco. Cómo Kai roba comida del plato de Hazel y ella lo deja aunque finja estar molesta. Cómo Jax mira a Elsie como si fuera lo único que importa.

Y cómo Skylar encaja en todo esto.

Riendo. Hablando. Contando sus propias historias.

Cuando Emma empieza a quejarse, es Skylar quien se levanta inmediatamente. La coge. La mece. Y todos siguen hablando como si fuera lo más natural del mundo.

Como si Skylar llevara años haciendo esto.

Como si fuera una más.

Y algo en mi pecho se expande tanto que duele.

Porque quiero que sea una más.

Quiero que esto —estos domingos, estas comidas, esta familia— sea suya también.

Quiero que sea permanente.

—Tierra llamando a Ronan.

La voz de Kai me saca de mis pensamientos.

—¿Qué?

—Te he preguntado tres veces si quieres más ensalada.

—No. Gracias.

Kai me mira. Luego mira a Skylar. Luego a mí otra vez.

Y sonríe.

Esa sonrisa que significa que sabe exactamente lo que está pasando.

—Claro. Claro. No quieres ensalada. Solo quieres comerte con los ojos a…

—Kai —advierto.

—¿Qué? Solo estoy diciendo que…

—Kai.

Se ríe. Pero se calla.

La comida continúa. Elsie saca el postre. Tarta de chocolate que hace que Jax gima obscenamente.

—Cásate conmigo otra vez —le dice a Elsie.

—Ya estamos casados, idiota.

—Pues volvamos a hacerlo. Esta tarta lo merece.

Skylar se ríe. Y cuando me mira, hay diversión en sus ojos.

Calidez. Felicidad.

Como si aquí fuera exactamente donde quiere estar.

Y yo querría congelar este momento.

Quedármelo para siempre.

—Ronan —Oliver me llama—. ¿Me puedes ayudar?

—Claro.

Oliver me guía hacia la terraza.

Cuando estamos solos se me lanza a la yugular:

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —finjo no saber qué es lo que quiere decirme.

—Ronan, mírate. —Se planta frente a mí—. Llevas toda la comida mirando a Skylar como si fuera agua en el desierto. Y luego apartas la vista como si te quemara. Una y otra vez.

—No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes. —Da un paso hacia mí—. Y todos lo saben también. Jax. Zane. Kai. Hasta las chicas se han dado cuenta.

Mierda.

—Déjalo, Oliver.

—No. —Niega con la cabeza—. Porque si yo mirara a una mujer con la mitad del deseo y el anhelo con el que tú miras a Skylar, me lanzaría a conquistarla sin pensármelo dos veces.

Las palabras me golpean.

Porque hay verdad en ellas.

Mucha verdad.

—No es tan simple.

—¿Por qué no? —Se cruza de brazos, y hay algo en su postura. Algo adulto. Seguro—. Está aquí. En tu casa. Cuidando de tu hija. Integrándose en la familia como si llevara años haciéndolo. ¿Qué más señales necesitas?

Trago saliva.

El corazón se me dispara.

Pero ni puedo ni quiero hacerme ilusiones.

—Vete a la mierda, Oliver.

—Con mucho gusto. —Se gira hacia la puerta—. Pero Ronan —Se detiene. Me mira por encima del hombro—. Espabila, o te vas a quedar sin ella.

Sale.

Y me deja solo, con sus palabras resonando en mi cabeza como una alarma.

Mierda.

Vuelvo al salón. Y encuentro a Skylar en el sofá con Emma. Kai está sentado a su lado, haciéndole muecas a mi hija que hacen que Emma suelte esos gritos de felicidad.

—Es la bebé más lista del mundo —dice Kai—. Mírala. Ya sabe cuándo me estoy burlando de Ronan.

—No te estás burlando de mí —gruño.

—Claro que sí. Siempre me burlo de ti. Es mi trabajo como hermano.

Se echan a reír.

Los observo a todos. A mis hermanos y sus parejas. A Emma pasando de brazo en brazo. A Skylar riendo con algo que Isla acaba de decir.

Y algo en mi pecho se llena.

Porque esto…

Esto es lo que hemos construido.

Después de todo. Después de los padres que nos abandonaron. Después de años luchando. Después de no saber si llegaríamos al día siguiente.

Construimos esto.

Una familia.

Una familia real.

Y Skylar encaja en ella como si siempre hubiera sido la pieza que faltaba.

Volvemos al apartamento cuando el sol se está poniendo.

Emma está agotada.

—Ha sido un día largo para ella —dice Skylar mientras entramos —. Voy a bañarla rápido y luego a la cama.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí. Tú prepara su biberón. Con los cereales. Ya sabes cómo le gusta.

Y desaparece por el pasillo con Emma en brazos.

Dejándome solo.

Voy a la cocina. Saco todo lo necesario.

Es el mismo ritual de cada noche.

Hervir el agua. Esperar que se enfríe ligeramente. Añadir la fórmula. Los cereales. Agitar hasta que se disuelva todo.

Lo hago en piloto automático. Mis manos se mueven solas. Conocen cada paso de memoria.

Termino en menos de cinco minutos.

Deseando estar con ellas.

Mis pies me llevan por el pasillo.

Hacia el baño.

Donde puedo escuchar el sonido del agua. La voz de Skylar cantando bajito.

La puerta está entreabierta.

Solo un poco.

Y antes de que mi cerebro racional pueda detenerme, miro dentro.

Y lo que veo me atraviesa hasta los huesos.

Skylar está junto a la bañerita. Con las mangas de su vestido remangadas hasta los codos. El pelo recogido en un moño despeinado del que se escapan mechones dorados que le caen sobre la cara.

Y Emma está dentro del agua. Chapoteando. Con esas manitas diminutas golpeando la superficie y salpicando por todas partes.

Riendo.

Esos gritos agudos de felicidad que he aprendido a reconocer en estas semanas.

—Eso es, preciosa. —Skylar le lava el pelo con una suavidad infinita—. Mira qué bien lo haces. Eres la bebé más lista del mundo.

Emma responde con más chapoteos. Más risas.

Y Skylar se ríe también.

Esa risa cálida que hace que todo en mi interior se derrita.

Le enjuaga el pelo con cuidado. Sosteniéndole la cabecita con una mano mientras con la otra vierte agua limpia sobre sus rizos oscuros.

—Ya casi está, mi amor. —Le habla como si Emma pudiera entenderla—. Solo un poquito más y luego a cenar y a dormir en tu cunita.

Mi amor.

Las palabras me golpean.

Porque Skylar no dice eso por decir.

Lo dice de verdad.

Puedo verlo en la forma en que la mira. Con una ternura tan profunda que hace que la garganta se me cierre.

Como si Emma fuera suya.

Y entonces hace algo que hace que todo en mi pecho explote.

Se inclina. Y besa la frente de Emma.

Suave. Dulce. Lleno de un amor tan puro que duele mirarlo.

—Te quiero muchísimo —le susurra contra el pelo mojado—. ¿Lo sabías? Eres la bebé más perfecta del mundo.

Y Emma la mira con esos ojitos grandes. Y sonríe.

Una sonrisa enorme. De esas que iluminan su cara entera.

Y Skylar se derrite completamente.

—Ay, no. No me mires así. —Pero está sonriendo también—. Me vas a hacer llorar. Y no puedo llorar ahora porque tengo que terminar de bañarte.

Sigue lavándola. Con esa eficiencia que viene de años de práctica. Pero también con esa ternura que es solo suya.

Y yo sigo ahí. En el pasillo. Mirándolas como un idiota.

Incapaz de moverme.

Incapaz de apartar la vista.

Porque esta imagen.

Esta imagen de Skylar bañando a mi hija mientras le canta y le dice que la quiere es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

Y quiero que sea mía.

Las dos.

Quiero que esto sea real. Permanente. Para siempre.

Quiero despertarme cada día y encontrar a Skylar en mi cocina. Quiero verla bañar a Emma cada noche. Quiero escuchar su risa llenando mi apartamento.

Quiero que se quede.

No por seis semanas.

Para siempre.

Pero ¿cómo?

¿Qué tendría que hacer para merecerla?

¿Qué tendría que cambiar para ser el hombre que necesita?

Porque ahora mismo soy solo un hombre roto intentando fingir que sabe lo que hace. Que tiene algo que ofrecer más allá de dinero y control.

Y ella merece más que eso.

Merece a alguien entero. Alguien que pueda darle todo lo que necesita sin miedo. Sin murallas. Sin oscuridad.

Pero cuando las miro así.

Cuando veo cómo Emma la mira con esos ojitos llenos de amor. Cómo Skylar le sonríe como si no existiera nada más importante en el mundo.

Sé que no puedo dejarla ir.

No voy a dejarla ir.

Aunque no tenga ni idea de cómo hacer que se quede.

Aunque me aterrorice intentarlo.

CAPÍTULO 22

SKYLAR

Emma lleva durmiendo una hora.

Un hora que Ronan ha aprovechado para encerrarse en su despacho con su portátil y esa expresión de concentración que usa cuando está revisando números.

Porque aunque Emma es su prioridad absoluta —y eso me derrite de una forma peligrosa— sigue siendo el CFO de Hawke Capital.

Y los números no esperan.

Aunque él sí haya puesto su vida en pausa por ella.

Ese pensamiento hace que algo en mi pecho se apriete.

Porque Ronan Hawke —el hombre más controlador y adicto al trabajo que he conocido— ha dejado la empresa prácticamente sola durante tres semanas.

Por Emma.

Lo amo y lo odio a partes iguales.

Lo amo porque está siendo el padre más dedicado del mundo. Porque se está transformando delante de mis ojos. Porque cada día es un poco menos frío, un poco más abierto.

Y lo odio porque cada día que pasa me enamoro un poco más de él.

Y sé cómo va a terminar esto.

Con mi corazón roto.

Sacudo la cabeza. Intentando deshacerme de esos pensamientos que no me llevan a ningún sitio.

Necesito moverme. Hacer algo. Cualquier cosa que no sea quedarme sentada pensando en cosas que no puedo cambiar.

Yoga.

Sí.

Llevo tres semanas sin hacer yoga y mi cuerpo lo está notando.

Voy a mi habitación. Saco las mallas y el top deportivo del armario. Me cambio rápidamente.

Las mallas son negras. Ajustadas. Del tipo que uso siempre para yoga porque necesito libertad de movimiento.

El top es de color rosa palo. Cruzado en la espalda.

Me da un poco de vergüenza hacer Yoga aquí.

Pero realmente da igual.

Él está en su despacho. Emma está dormida. Y yo necesito esto.

Extiendo mi esterilla en medio del salón. Pongo música suave en mi móvil. Y empiezo.

Hago un saludo al sol primero. Para calentar. Para centrarme.

Inhalo. Exhalo. Dejo que mi cuerpo encuentre el ritmo.

Y poco a poco, la tensión empieza a disolverse.

Mis hombros se relajan. Mi espalda se estira. La mente se calma.

Paso a posturas más complicadas. Perro boca abajo. Guerrero dos. Media luna.

Y me pierdo en el movimiento.

En la forma en que mi cuerpo se dobla. Se estira. Se mueve con una fluidez que solo viene con años de práctica.

Estoy en medio de una torsión —con la pierna derecha doblada, la izquierda extendida y el torso girado— cuando lo escucho.

Un sonido.

Pequeño. Casi imperceptible.

Como si alguien hubiera inhalado bruscamente.

Giro la cabeza.

Y me quedo paralizada.

Porque Ronan está ahí.

En la entrada del salón.

Completamente inmóvil.

Mirándome.

Con una intensidad que hace que el aire se me quede atascado en los pulmones.

Sus ojos están oscuros. Tan oscuros que casi parecen negros. Tiene las pupilas tan dilatadas que apenas se ve el gris.

La mandíbula tensa. Los puños cerrados a los lados de su cuerpo. Como si estuviera luchando contra algo.

Y entonces bajo la vista.

Y lo veo.

El bulto en sus pantalones.

Creciendo.

Endureciéndose.

Completamente visible a través de la tela.

Oh.

Oh.

Me está mirando con *deseo*.

El corazón se me dispara. Las mejillas se me encienden. Y algo líquido y caliente se expande por mi vientre.

Debería sentirme cohibida.

Debería cubrirme. Disculparme. Salir corriendo.

Pero en cambio.

En cambio solo puedo mirarlo.

A este hombre que lleva tres semanas manteniéndome a distancia. Que me dijo que el beso fue un error.

Mirándome como si quisiera devorarme.

Y algo en mí se enciende.

Algo travieso. Atrevido. Completamente imprudente.

Porque si Ronan Hawke me desea…

Si su cuerpo reacciona así por verme hacer yoga…

Quiero saber hasta dónde puedo llevarlo.

Quiero ver si puede mantener ese control perfecto que usa para todo.

O si puedo hacerlo explotar.

Me incorporo. Despacio. Dejando que el movimiento sea fluido. Sensual.

Y veo cómo sus ojos me siguen. Cómo su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo.

Deteniéndose en mis pechos. En la curva de mi cintura. En mis caderas.

En mis piernas que las mallas abrazan como una segunda piel.

—Ronan. —Mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

Él parpadea. Como si acabara de despertar de un trance.

—Yo —Carraspea—. Perdona. No quería interrumpirte.

—No me interrumpes.

—Debería irme.

Pero no se mueve.

Solo sigue ahí. Mirándome. Con esos ojos oscuros llenos de hambre.

Y yo tomo una decisión.

Probablemente la decisión más estúpida de mi vida.

Pero la tomo de todas formas.

—¿Puedes ayudarme con algo? —pregunto, intentando que mi voz suene inocente.

—¿Qué?

—Hay una postura. —Me giro hacia la esterilla—. Que no puedo hacer sola. Necesito que alguien me ayude a mantener el equilibrio.

Es mentira.

Una mentira enorme.

Puedo hacer esa postura perfectamente sola. La he hecho cientos de veces.

Pero él no lo sabe.

—¿Yo? —Su voz sale tensa—. ¿Quieres que te ayude yo?

—Si no te importa.

Silencio.

Puedo sentir su lucha. Puedo ver cómo su cerebro analítico intenta encontrar una razón para decir que no.

Pero entonces…

—De acuerdo.

Y se acerca.

Despacio.

Como si estuviera en trance.

Como si sus pies se movieran por voluntad propia mientras su cabeza grita que esto es una mala idea.

Se detiene justo detrás de mí. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia. Puedo oler su colonia mezclada con algo más masculino. Más oscuro.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta, y su voz sale ronca.

—Tengo que inclinarme hacia delante. —Me coloco en posición—. Como el perro boca abajo. Pero luego tengo que levantar una

pierna. Y mantener el equilibrio es complicado.

—Vale.

—Necesito que pongas tus manos aquí. —Señalo mis caderas—. Para estabilizarme.

Lo escucho tragar saliva.

—¿En tus caderas?

—Sí.

—Skylar.

—A menos que no quieras. Si es incómodo…

—No. —La palabra sale rápida—. No es incómodo.

Me inclino hacia delante. Apoyo las manos en la esterilla. Levanto las caderas.

Y siento cuando sus manos aterrizan en ellas.

Grandes. Calientes. Apretándose contra la tela de las mallas como si no pudiera evitarlo.

Un escalofrío me recorre la columna.

—¿Así está bien? —Su voz sale tensa. Controlada.

—Perfecto. —Levanto la pierna derecha despacio—. Ahora solo tienes que sostenerme mientras encuentro el equilibrio.

Sus dedos se aprietan. Y puedo sentir cada uno. Marcándose en mi piel a través de la tela.

—Joder —murmura, tan bajo que casi no lo escucho.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sigue.

Mantengo la postura. Sintiendo cómo sus manos me sostienen. Cómo su respiración se acelera detrás de mí.

Cómo el aire entre nosotros se vuelve denso.

Cargado.

Y entonces bajo la pierna. Despacio. Y me incorporo.

Girándome para mirarlo.

Y lo que veo en su cara me deja sin aliento.

Tiene la mandíbula apretada. La respiración entrecortada.

Y esa erección.

Dios.

Es enorme. Presionándose contra la tela de sus pantalones sin ninguna vergüenza.

Nos miramos durante varios segundos que se sienten como una eternidad.

Y entonces él habla.

—Skylar. —Su voz sale rota—. ¿Qué estás haciendo?

—Yoga.

—No. —Niega con la cabeza—. ¿Qué estás haciendo *conmigo*?

Y ahí está.

La pregunta real.

La que lleva tres semanas flotando entre nosotros sin que ninguno se atreva a hacerla.

—No lo sé —admito—. ¿Qué estás haciendo *tú* conmigo?

—Joder.

—Porque me dijiste que el beso fue un error. Que no volvería a pasar. —Doy un paso hacia él—. Pero me miras como si quisieras…

—Como si quisiera qué.

—Como si quisieras devorarme.

Un gruñido escapa de su garganta. Bajo. Gutural.

—Porque quiero.

Las palabras me golpean como algo físico.

—¿Qué?

—Quiero devorarte. —Da un paso hacia mí—. Llevo tres semanas intentando no tocarte. Tres semanas diciéndome que fue un error. Que tengo que mantener la distancia.

Se acerca un poco más.

—Pero entonces te veo así. —Señala mi ropa. Mi cuerpo—. Y me miras de esta forma. Y no puedo.

—¿No puedes qué?

—No puedo controlarme.

Y ahí está.

La admisión que he estado esperando durante semanas.

—Entonces no lo hagas —susurro.

Él se queda completamente inmóvil.

—¿Qué?

—No te controles. —Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede escucharlo—. Tócame.

—Skylar, si te toco, si cruzo esa línea…

—Quiero que la cruces.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí lo sé.

Nos miramos. Y puedo ver su lucha. Puedo ver cómo el control que usa para todo está a punto de romperse.

—Dime que pare —murmura—. Dímelo ahora. Porque si no lo haces, si me das permiso, no voy a poder parar.

—No quiero que pares.

Y eso es todo lo que necesita.

Se mueve tan rápido que no tengo tiempo de reaccionar.

Sus manos encuentran mi cintura. Me atraen hacia él con una fuerza que hace que el aire se me escape de los pulmones.

—¿Puedo tocarte? —Su voz sale urgente—. ¿Puedo besarte? Dime que sí. Por favor.

—Sí. —La palabra sale como una exhalación—. Sí a todo.

Y entonces su boca está en la mía.

Y el mundo explota.

No es como el beso de hace tres semanas. Ese fue desesperación. Hambre contenida durante años.

Este es rendición.

Absoluta. Completa. Sin reservas.

Me besa como si finalmente hubiera dejado de luchar. Como si hubiera aceptado que esto es inevitable.

Sus labios se mueven contra los míos con una maestría que me deja sin aliento. La lengua rozando. Explorando. Reclamando.

Y sus manos están por todas partes.

Bajando por mi espalda. Agarrando mis caderas.

Y cuando sus dedos rozan mi cintura, cuando siento el calor de sus palmas contra mi piel.

Jadeo contra su boca.

Y él gruñe en respuesta.

—Joder, Skylar. —Me muerde el labio inferior—. Llevas tres semanas torturándome. Con esos vestidos. Con tu olor por toda mi casa.

—No era mi intención.

—Lo sé. —Me besa otra vez. Más profundo—. Y eso es lo que me está volviendo loco. Que no lo haces a propósito. Que eres así de perfecta sin intentarlo.

Sus manos suben. Rozando mis costillas. Acercándose peligrosamente a mis pechos.

—¿Puedo? —pregunta contra mi boca.

—Sí. Dios, sí.

Y entonces sus manos cubren mis pechos por encima del top deportivo.

Y es demasiado.

Y no es suficiente.

Arqueo la espalda. Presionándome contra sus palmas. Pidiendo más.

—Más —jadeo—. Por favor.

Él no necesita que se lo pida dos veces.

Desliza las manos bajo el top. Y cuando sus dedos tocan mi piel desnuda, cuando sus pulgares rozan mis pezones.

Gimo. Alto. Necesitado.

—Joder. —Su voz sale rota—. Me estás matando.

Me empuja. Suavemente. Hacia la esterilla de yoga que sigue extendida en el suelo.

—Túmbate —ordena.

Y hay algo en su voz. Algo dominante que hace que el calor entre mis piernas se intensifique hasta volverse casi doloroso.

Me tumbo. Y él se arrodilla a mi lado.

Me mira durante varios segundos. Como si estuviera memorizando cada detalle.

—Eres preciosa —murmura—. Tan jodidamente preciosa que duele mirarte.

Y entonces se inclina.

Y me besa otra vez.

Pero esta vez es diferente.

Más lento. Más profundo. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Como si quisiera saborear cada segundo.

Su boca se mueve por mi mandíbula. Por mi cuello. Encontrando un punto sensible justo debajo de mi oreja que hace que me derrita.

—Ronan.

Sus dientes rozan mi pulso. Succionando ligeramente.

Marcándome.

Y yo le dejo.

Quiero que me marque. Quiero tener la evidencia de esto mañana. Quiero recordar que esto ha pasado de verdad.

Que Ronan Hawke me ha tocado como si fuera algo precioso.

Sus manos siguen moviéndose. Subiendo por mis costillas. Metiendo los dedos bajo mi top.

—Quítatelo —dice, y su voz sale como un gruñido—. Quítate esto.

Me incorporo lo suficiente para quitarme el top. Y cuando lo lanzo a un lado, sus ojos se oscurecen todavía más.

—Joder —susurra, mirándome—. Eres…

No termina la frase.

Solo se inclina y toma mi pecho en su boca.

Y yo casi me salgo de mi piel.

La sensación es abrumadora. Su lengua rodeando mi pezón. Sus dientes rozando. Succionando con la fuerza perfecta que hace que vea estrellas.

Mis manos encuentran su pelo. Me aferro. Tirando ligeramente.

Y él gruñe contra mi piel. Un sonido que siento vibrar a través de todo mi cuerpo.

Su mano libre baja. Por mi estómago. Rozando el borde de mis mallas.

Y entonces sus dedos se deslizan dentro.

Por encima de mis braguitas. Rozando. Explorando.

Encontrando lo mojada que estoy.

—Joder, Skylar. —Levanta la cabeza para mirarme—. Estás empapada.

—Es tu culpa.

—Joder. —Y hay satisfacción en su voz—. Me encanta.

Sus dedos se mueven. Rozando. Presionando.

Pero no donde lo necesito.

—Ronan… por favor…

—¿Qué necesitas? Dímelo.

—Tócame. De verdad. Por favor.

Desliza mis braguitas a un lado.

Y cuando sus dedos tocan mi piel desnuda, cuando encuentran ese punto que hace que todo mi cuerpo se tense.

Grito.

—Así. —Su voz sale grave—. Eso es. Déjame escucharte.

Sus dedos se mueven. Dibujando círculos. Presionando. Y cuando desliza uno dentro de mí.

Me arqueo. Completamente fuera de control.

—Más —jadeo—. Por favor, más.

Añade otro dedo. Y el estiramiento es perfecto. Justo lo que necesito.

Se mueve dentro de mí. Despacio primero. Luego más rápido. Su pulgar presionando contra mi clítoris con cada embestida.

—Mírame —ordena—. Quiero verte cuando te corras.

Abro los ojos. Los fijo en él.

Y la intensidad en su mirada casi me hace estallar en ese instante.

—Eso es —murmura—. No apartes la vista. Déjame verte.

Sus dedos se mueven más rápido. Más profundo. Y su pulgar presiona con más fuerza.

Y yo exploto.

El orgasmo me golpea con una fuerza que hace que grite su nombre. Que me tense completamente. Que vea estrellas.

Y él no para.

Sigue moviéndose. Llevándome más alto. Haciendo que el placer se extienda en oleadas que no terminan.

Hasta que finalmente me dejo caer. Jadeando. Temblando.

Completamente deshecha.

—Precioso —murmura, sacando los dedos despacio—. Eres preciosa cuando te corres.

Abro los ojos. Y lo encuentro mirándome con una intensidad que hace que el calor vuelva inmediatamente.

—Ronan.

—No he terminado contigo.

—¿Qué?

—Me encanta darte placer. —Se mueve hacia abajo—. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Y entonces se arrodilla entre mis piernas.

Y me mira.

Con esos ojos oscuros llenos de hambre.

—¿Puedo probarte?

El corazón se me dispara.

—Sí.

—¿Segura?

—Ronan, si no me pones la boca encima ahora mismo voy a…

No termino la frase.

Porque él ya se está moviendo.

Me baja las mallas. Las braguitas. Y cuando finalmente estoy desnuda de cintura para abajo, cuando él puede verme completamente.

Gruñe.

—Perfecta. —Desliza las manos por mis muslos. Abriéndome más —. Eres perfecta.

Y entonces se inclina.

Y me prueba.

Y joder.

Joder.

Es…

No tengo palabras.

Su lengua se mueve contra mí con una maestría que no esperaba. Rozando. Lamiendo. Succionando.

Encontrando cada punto sensible como si tuviera un mapa.

Mis manos encuentran su pelo. Me aferro. Tirando mientras él me devora.

—Ronan. Dios. No pares…

Él gruñe contra mí. Y la vibración hace que todo mi cuerpo se estremezca.

Mete un dedo dentro de mí. Luego otro. Moviéndolos al ritmo de su lengua.

Y yo me estoy deshaciendo.

Completamente.

—Córrete —ordena contra mi piel—. Córrete en mi boca.

Y como si mi cuerpo solo estuviera esperando su permiso…

Exploto.

Más fuerte que la primera vez. Más intenso.

Grito su nombre. Me tenso. Me arqueo.

Y él no para. Sigue lamiéndome. Llevándome más alto. Hasta que no puedo más.

Hasta que tengo que empujarlo porque es demasiado. Demasiada sensación. Demasiado placer.

Se aparta. Y cuando levanta la cabeza, tiene los labios brillantes. Los ojos oscuros.

Y una expresión de satisfacción absoluta.

—Preciosa —dice otra vez—. Completamente preciosa.

Me incorporo sobre los codos. Jadeando. Intentando recuperar el aliento.

—Fóllame —digo, y mi voz sale desesperada—. Por favor, Ronan. Fóllame.

Algo en sus ojos se enciende.

—Skylar.

—Te necesito. Te necesito dentro de mí. Ahora.

Él se mueve. Llevándose las manos a la cinturilla de sus pantalones.

Y yo puedo ver cómo lucha por mantener el control. Por no lanzarse sobre mí como un animal.

—¿Segura? —pregunta, aunque su voz tiembla.

Pero puedo ver en sus ojos lo mucho que lo desea.

Pero el momento se rompe de golpe antes de que podamos cruzar esa línea.

Porque el llanto de Emma atraviesa el apartamento como una sirena.

Nos quedamos paralizados.

Emma llora más fuerte.

—Mierda —murmura Ronan.

—Mierda —repito.

Nos miramos durante un segundo más.

Y entonces la realidad vuelve como una bofetada.

Me incorporo. Busco mi ropa con manos temblorosas.

—Yo voy.

Me pongo el top y las mallas sin mirarlo.

Salgo casi corriendo del salón.

Con las piernas temblando.

El cuerpo vibrando.

Y la certeza absoluta de que acabo de cruzar una línea de la que no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 23

SKYLAR

No puedo dormir.

Llevo dos horas dando vueltas en la cama. Mirando el techo. Intentando no pensar en lo que pasó esta tarde.

En las manos de Ronan sobre mi piel.

En su boca entre mis piernas.

En cómo me hizo estallar. Dos veces.

En cómo me miró después.

Y en cómo Emma nos interrumpió justo cuando yo le pedía que me follara.

Gimo. Bajo. Frustrada.

Y me giro hacia el otro lado de la cama.

Esto es ridículo.

Soy una mujer adulta. No debería estar así. Retorciéndome en la cama como una adolescente después de su primer beso.

Pero es que no ha sido solo un beso.

Ha sido…

Ha sido todo.

Todo lo que he querido durante nueve años.

Ronan tocándome. Besándome. Haciéndome sentir como si fuera lo único que importaba en el mundo.

Y ahora…

Ahora está en la habitación de al lado. A solo unos metros de distancia.

Probablemente durmiendo. Tranquilo. Ajeno al hecho de que yo estoy aquí muriéndome de deseo.

O quizás no tan ajeno.

Quizás él también está despierto.

Pensando en lo mismo.

Deseando lo mismo.

La idea hace que algo en mi vientre se contraiga.

¿Y si voy?

¿Y si simplemente me levanto, camino por el pasillo, abro su puerta y?

¿Y qué?

¿Me meto en su cama?

¿Le pido que termine lo que empezó?

El corazón se me dispara solo de pensarlo.

Podría hacerlo.

Debería hacerlo.

Porque está claro que nos deseamos. Que hay algo entre nosotros que ninguno puede negar ya.

Así que ¿por qué no?

La respuesta aparece de inmediato en mi cabeza.

Porque soy una cobarde.

Dios.

Estoy ardiendo.

Literalmente ardiendo.

Y no es solo deseo.

Es calor. Real. Físico.

La habitación está demasiado caliente. Las sábanas pesan demasiado. El aire está demasiado denso.

Y tengo sed.

Mucha sed.

Me incorporo. Aparto las sábanas. Me levanto de la cama.

El suelo está frío bajo mis pies descalzos. La camiseta vieja se me pega ligeramente a la piel por el calor.

Salgo de la habitación sin hacer ruido. El pasillo está oscuro. Solo iluminado por la luz de la ciudad que entra por las ventanas del salón.

Camino hacia la cocina. Con pasos silenciosos.

Agua.

Solo necesito agua.

Y quizás aire fresco. Y dejar de pensar en Ronan durante cinco minutos.

Doblo la esquina hacia la cocina.

Y me detengo en seco.

Porque no está vacía.

Ronan está ahí.

Apoyado contra la encimera. A oscuras. Con una botella de agua en la mano.

Sin camiseta.

Solo con unos pantalones de pijama grises que cuelgan peligrosamente bajos en sus caderas.

Y me está mirando.

El aire entre nosotros se electrifica instantáneamente.

Ninguno dice nada.

Solo nos miramos.

En la penumbra de la cocina. Con Manhattan brillando al otro lado de las ventanas.

Y puedo ver todo.

La forma en que su pecho sube y baja. Más rápido de lo normal.

Cómo sus dedos se aprietan alrededor de la botella.

La tensión en cada línea de su cuerpo. Como si estuviera conteniendo algo.

Como si estuviera luchando contra algo.

La boca se me seca.

El corazón se me dispara.

Y algo en mi interior se enciende como una cerilla.

Debería darme la vuelta. Volver a mi habitación. Fingir que esto no está pasando.

Pero en cambio, en cambio sigo caminando y entro en la cocina.

Despacio.

Con pasos deliberados.

Manteniendo el contacto visual.

Viendo cómo algo en sus ojos se oscurece con cada paso que doy.

Paso junto a él. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia.

Tan cerca que puedo oler su piel. Limpia. Masculina.

Tan cerca que si extendiera la mano podría tocarlo.

Pero no lo hago.

Solo sigo caminando. Hacia el frigorífico.

Hacia el agua que necesito.

Pero Ronan tiene otros planes.

Su mano se cierra alrededor de mi cintura.

Me gira. Tan rápido que no tengo tiempo de reaccionar.

Mi espalda choca contra el frigorífico. El frío del metal atravesando la tela fina de mi camiseta.

Y entonces su cuerpo está contra el mío.

Caliente. Duro. Completamente sólido.

—No puedo más —gruñe, y su voz sale rota—. No puedo seguir fingiendo que no te deseo.

Y entonces me besa.

Y no es como esta tarde.

Es hambre pura.

Desesperación absoluta.

Me besa como si llevara toda la noche esperando este momento. Como si cada minuto sin tocarme hubiera sido una tortura.

Y yo le devuelvo cada segundo.

Mis brazos rodean su cuello. Mis dedos se entierran en su pelo. Y me aprieto contra él con una necesidad que me avergonzaría si pudiera pensar con claridad.

Pero no puedo.

No puedo pensar en nada excepto en esto.

En él.

En sus manos subiendo por mis muslos. Agarrando. Apretando.

En su boca devorando la mía como si fuera lo único que necesita para sobrevivir.

Me levanta. Sin esfuerzo. Como si no pesara nada.

Mis piernas rodean su cintura automáticamente. Y puedo sentir su erección presionándose exactamente donde la necesito.

Gimo contra su boca.

Y él gruñe en respuesta.

—Joder, Skylar. —Me muerde el labio—. Me estás volviendo loco.

—Bien.

—¿Bien?

—Me alegro de no ser la única.

Él se ríe. Pero no hay humor en el sonido.

Solo necesidad.

Me lleva a la encimera. Me sienta en el borde. Se coloca entre mis piernas.

Y la altura es perfecta ahora.

Perfecta para que pueda besarme más profundo.

Perfecta para que sus manos puedan explorar cada centímetro de mi cuerpo sin obstáculos.

Y lo hacen.

Suben por mis muslos. Metiendo los dedos bajo el borde de mi camiseta. Tocando piel desnuda que hace que me estremezca.

—¿Llevas algo debajo de esto? —pregunta contra mi boca.

—No.

Un gruñido escapa de su garganta.

—Me estás matando.

—Entonces haz algo al respecto.

Sus manos se mueven. Subiendo. Y cuando encuentran mis pechos desnudos bajo la camiseta.

Cuando sus pulgares rozan mis pezones.

Arqueo la espalda. Presionándome contra sus palmas.

—Más —jadeo—. Ronan, por favor.

—¿Qué quieres? —Su voz sale grave—. Dímelo. Quiero escuchártelo decir.

—Quiero —Trago saliva—. Quiero que me toques. Que me hagas tuya. Que…

No termino la frase.

Porque él ya se está moviendo.

Me quita la camiseta de un tirón. La lanza a algún lugar de la cocina.

Y me mira.

Completamente desnuda bajo la luz de la ciudad que entra por las ventanas.

—Joder —susurra—. Eres preciosa.

—Ronan.

—Tan perfecta. —Sus manos recorren mi cuerpo—. Tan jodidamente perfecta.

Se inclina. Toma mi pecho en su boca.

Y yo exploto.

Mi cabeza cae hacia atrás. Golpeando suavemente contra el armario detrás de mí.

Pero no me importa.

No me importa nada excepto su boca. Su lengua. Sus dientes rozándome de una forma que hace que vea estrellas.

Su mano libre baja. Entre mis piernas. Rozando. Explorando.

—Sigues mojada —murmura contra mi piel—. Joder, Skylar. Sigues empapada por esta tarde.

—No he dejado de pensar en ello.

—Yo tampoco.

Sus dedos se deslizan dentro de mí. Dos. Directamente.

Y el estiramiento es perfecto.

Gimo. Alto. Sin control.

—Así. —Su voz sale como un gruñido—. Eso es. Déjame escucharte.

Se mueve dentro de mí. Rápido desde el principio. Como si supiera exactamente lo que necesito.

Como si me conociera.

Su pulgar encuentra mi clítoris. Presiona. Dibuja círculos que hacen que todo mi cuerpo se tense.

—Ronan. Voy a…

—Córrete. —Muerde mi pezón suavemente—. Córrete en mis dedos.

Y obedezco.

Me corro con tanta fuerza que tengo que morderme el labio para no gritar.

Pero él no para.

Sigue moviéndose. Llevándome más alto. Hasta que vuelvo a estallar.

Una vez más.

Y otra.

Hasta que no puedo más. Hasta que estoy jadeando contra su hombro. Temblando en sus brazos.

—Ronan —consigo decir—. Por favor. Te necesito. Te necesito dentro de mí.

Él se aparta lo suficiente para mirarme.

Y hay algo en sus ojos.

Algo oscuro. Posesivo.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Estás protegida?

—Sí, tomo anticonceptivos. Desde hace años. Y estoy limpia.

—Bien. Yo también. —Sus manos encuentran la cinturilla de sus pantalones—. Porque no voy a poder parar.

Se los baja lo justo. Y entonces…

Y entonces puedo verlo.

Por primera vez.

Y Dios.

Es enorme.

Grueso. Duro. Completamente listo.

Trago saliva.

—No te asustes —murmura, viendo mi expresión.

—No estoy asustada.

—¿No?

—Estoy… impresionada.

Él sonríe. Solo un segundo. Pero es suficiente para que el corazón me dé un vuelco.

Y entonces se coloca entre mis piernas.

La punta rozando mi entrada.

Tan cerca.

Tan jodidamente cerca.

—Última oportunidad —dice, y su voz tiembla—. Dime que pare y paro.

—No pares. —Lo miro directamente a los ojos—. Por favor, Ronan. No pares.

Y entonces se mete dentro.

De una sola embestida.

Profunda. Completa.

Llenándome de una forma que hace que grite.

—Joder. —Su frente cae contra la mía—. Joder, Skylar. Estás tan prieta.

—No pares. —Mis piernas rodean su cintura—. Por favor, no pares.

Y no para.

Se mueve. Saliendo casi completamente. Y volviéndose a meter.

Otra vez.

Y otra.

Y otra.

Encontrando un ritmo que hace que todo mi cuerpo vibre.

Rápido. Duro. Sin piedad.

Como si llevara tres semanas conteniendo esto y finalmente hubiera explotado.

—Mía —gruñe contra mi cuello—. Eres mía.

—Sí.

—Dilo. —Una embestida particularmente profunda que hace que vea estrellas—. Dilo.

—Tuya. —Jadeo—. Soy tuya.

—Joder, sí.

Su ritmo se acelera. Más duro. Más profundo.

Y yo puedo sentir cómo me acerco al borde otra vez. Cómo la tensión se acumula en mi vientre. Cómo cada embestida me lleva más cerca de estallar.

—Ronan, voy a correrme.

—Lo sé. —Su mano se desliza entre nosotros. Encuentra mi clítoris—. Lo noto. Te estás apretando alrededor de mí.

Presiona. Dibuja círculos.

Y yo exploto.

Más fuerte que nunca.

Grito su nombre. Me tenso. Me aprieto alrededor de él con tanta fuerza que lo escucho gruñir.

—Así. —Su voz sale rota—. Joder, así. Apriétame.

Se mueve más rápido. Persiguiendo su propio orgasmo.

Y entonces se inclina. Pone su boca junto a mi oído.

Y susurra algo que hace que el aire se me quede atascado en los pulmones.

—Voy a llenarte. —Su voz es pura oscuridad—. Voy a llenar este coño perfecto con mi esencia. A marcarte desde dentro.

—Sí. —No sé por qué lo digo. No sé por qué me excita tanto—. Sí.

—Para que no te quede ninguna duda. —Otra embestida—. De que me perteneces.

Y entonces se entierra completamente.

Y se corre.

Puedo sentirlo. Caliente. Llenándome exactamente como prometió.

Y eso hace que vuelva a estallar.

Un orgasmo que me atraviesa en oleadas que no terminan.

Hasta que finalmente los dos nos dejamos caer.

Exhaustos. Saciados.

Completamente deshechos.

Su frente descansa contra la mía. Ambos jadeando. Intentando recuperar el aliento.

—Joder —murmura finalmente.

—Sí.

—Eso ha sido…

—Increíble.

—Iba a decir necesario. —Levanta la cabeza para mirarme—. Pero sí. También increíble.

Me besa. Suave esta vez. Dulce.

Y entonces se aparta despacio. Saliendo de mí con un cuidado que contrasta completamente con la brutalidad de hace un momento.

Me ayuda a bajar de la encimera. Mis piernas tiemblan tanto que tengo que apoyarme en él.

—¿Estás bien? —pregunta, y hay preocupación en su voz.

—Estoy perfecta.

—¿Segura? He sido un poco intenso.

—Ronan. —Lo miro—. Ha sido perfecto.

Algo en su expresión se relaja.

Recojo mi camiseta del suelo. Me la pongo mientras él se sube los pantalones.

Y entonces nos quedamos ahí.

En la cocina. A oscuras.

Sin saber qué decir.

Qué hacer.

Porque esto cambia todo.

—Skylar.

—Deberíamos dormir. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Necesito protegerme—. Emma se despertará en unas horas.

—Sí. Claro.

Nos miramos durante un segundo más.

Y entonces me obligo a moverme. A caminar hacia el pasillo.

A volver a mi habitación.

Antes de que pueda hacer algo estúpido.

Como pedirle que me lleve a su cama.

Como quedarme dormida en sus brazos.

Como creer que lo que acaba de decir era real.

Que realmente quiere marcarme. Hacerme suya.

Porque no es real.

Es el calor del momento. Las palabras que los hombres dicen durante el sexo.

Ronan es un alfa. Dominante. Probablemente dice esas cosas con todas.

No significa nada.

No puede significar nada.

Porque en tres semanas se acaba el tiempo.

Y entonces volveré a mi vida.

Y esto —lo que sea que es esto— terminará.

Y mi corazón…

Mi corazón se va a romper.

Otra vez.

Pero esta vez va a ser peor.

Porque esta vez sé exactamente lo que estoy perdiendo.

CAPÍTULO 24

RONAN

Dos semanas.

Han pasado dos semanas desde aquella noche en la cocina.

Dos semanas en las que durante el día vivimos para Emma.

Y por las noches somos otra cosa.

Algo que no nos atreveos a ponerle nombre, pero que sucede igual.

Empieza siempre de la misma forma.

Emma se duerme. Nos quedamos en el salón. Hablando. Bebiendo té o café o lo que sea que Skylar haya preparado.

Y entonces uno de los dos se mueve.

A veces soy yo. Acercándome. Rozando su mano. Viendo si me deja.

A veces es ella. Mirándome con esos ojos color miel que hacen que pierda cualquier pensamiento racional.

Y entonces nos besamos.

Y terminamos en mi cama.

O en la suya.

O en el sofá.

Una vez en la ducha, con el agua cayendo sobre nosotros mientras la hacía gritar mi nombre.

Y cada noche es mejor que la anterior.

Como si estuviéramos aprendiendo los cuerpos del otro. Memorizando qué nos hace gemir. Qué nos hace perder el control.

Pero nunca hablamos de ello.

Durante el día actuamos como si no pasara nada. Como si cada noche no termináramos desnudos. Exhaustos. Completamente saciados.

Es como si tuviéramos dos vidas paralelas.

La diurna, donde somos cuidadores de Emma.

Y la nocturna, donde somos…

No lo sé.

¿Amantes? ¿Algo más?

No me atrevo a preguntar.

Porque en pocos días llegan los resultados de la prueba de paternidad.

Y entonces se acaban las seis semanas.

Y entonces no tendré excusa para tener a Skylar a mi lado. Y eso no puedo permitirlo.

El pensamiento me atraviesa como un cuchillo cada vez que aparece.

Y aparece constantemente.

Ahora mismo estoy en mi despacho. Supuestamente revisando proyecciones financieras para Zane.

Pero lo que realmente estoy haciendo es mirar el correo que recibí esta mañana.

De David. Mi investigador.

Sobre Sarah Mitchell.

La madre de Emma.

Llevo semanas buscándola. Obsesivamente. Porque la idea de que esté por ahí, de que pueda aparecer en cualquier momento.

Me aterra.

Por Emma.

Por Skylar.

Por esta vida que hemos construido durante estas semanas.

Porque si Sarah aparece y quiere recuperar a Emma…

Si decide que fue un error dejarla…

Todo esto se acabará.

Y no puedo permitirlo.

No voy a permitirlo.

—¿Ronan?

La voz de Skylar desde la puerta me hace levantar la vista.

Está ahí de pie. Con Emma en brazos. Y es la visión más bonita del mundo.

—¿Estás bien? —me pregunta, porque por supuesto ha notado que estoy alterado.

—Sí. —Miento y cierro el portátil demasiado rápido.

—Emma tiene hambre. ¿Puedes preparar el biberón mientras la cambio?

—Claro.

Me levanto. Salgo del despacho.

Pero siento su mirada en mi espalda.

Sabe que algo pasa.

Skylar siempre sabe leerme.

Esa noche, después de acostar a Emma, nos quedamos en el sofá.

Como siempre.

Pero hay algo diferente en el aire.

Una tensión que no tiene nada que ver con el deseo.

Skylar está callada. Demasiado callada para ser ella.

Y me mira de forma intensa. Como si estuviera intentando descifrarme.

—¿Qué? —pregunto finalmente.

—Me gustaría saber qué te pasa. Llevas días encerrado en tu despacho. Y cada vez que sales tienes esa expresión.

—¿Qué expresión?

—Como si estuvieras preocupado. —Hace una pausa—. ¿Tiene que ver con la empresa?

No.

Tiene que ver contigo.

Con Emma.

Con el hecho de que esto se va a acabar si no hago algo.

Pero lo que digo es:

—Solo estoy poniéndome al día con el trabajo.

Ella me mira durante varios segundos.

Y sé que no me cree.

Pero no insiste.

Solo asiente. Y vuelve la vista al frente.

Y nos quedamos así.

En silencio.

Hasta que ella se acurruca contra mi costado. Su cabeza apoyada en mi hombro.

Como si fuera lo más natural del mundo.

Y mi brazo la rodea automáticamente. Atrayéndola más cerca.

Como si mi cuerpo supiera lo que mi cabeza no puede admitir.

Que la necesito.

Que la quiero aquí.

Que la idea de que se vaya me está destruyendo desde dentro.

—Ronan —murmura contra mi pecho.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

No.

No estoy bien.

Estoy aterrado.

Aterrado de perderte.

Aterrado de que esto termine.

Aterrado de no ser suficiente para hacer que te quedes.

Pero lo que digo es:

—Estoy bien.

Ella levanta la cabeza. Me mira con esos ojos que siempre ven demasiado.

—Mentiroso.

—Skylar…

—No pasa nada. —Vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro—. No tienes que decírmelo. Solo quiero que sepas que estoy aquí. Si necesitas hablar.

Y joder.

Esa simple oferta.

Ese gesto de cuidado.

Me rompe por completo.

Porque Skylar sigue siendo luz pura. Incluso después de todo lo que le he hecho. Incluso después de rechazarla hace nueve años.

Sigue ofreciéndome cuidado. Apoyo. Como si fuera lo más natural del mundo.

Y yo no merezco esto.

No la merezco a ella.

Pero voy a luchar por mantenerla de todas formas.

Porque perderla.

Perder esto.

No es una opción.

La aprieto más contra mí. Enterrando la nariz en su pelo. Respirando ese olor a vainilla y coco que se ha convertido en mi olor favorito del mundo.

—Gracias —murmuro contra su pelo.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Por todo.

Ella se acurruca más contra mí.

—No hay nada que agradecer.

Pero sí lo hay.

Tengo tanto que agradecerle que no sé ni por dónde empezar.

Nos quedamos así. Hasta que su respiración se ralentiza. Hasta que se queda dormida contra mí.

Y yo sigo despierto.

Mirando hacia las ventanas. Hacia la ciudad que nunca duerme.

Y pensando en lo que tengo que hacer.

Porque en pocos días llegan los resultados.

Y necesito tener todo resuelto antes de eso.

Necesito encontrar a Sarah. Hablar con ella. Asegurarme de que no va a aparecer y destruir esto.

Necesito proteger a Emma.

Y necesito encontrar la forma de pedirle a Skylar que se quede.

No solo por Emma.

Por mí.

Porque la quiero.

Y aunque no sepa cómo decírselo, aunque me aterrorice admitirlo.

Voy a intentarlo.

Porque perderla sin luchar…

Eso sí que sería el error más grande de mi vida.

CAPÍTULO 25

RONAN

Los resultados de las pruebas de paternidad llegan un martes por la mañana.

En un sobre certificado. Con el logo de la clínica en la esquina superior. Sellado.

Marcus me lo sube personalmente. Me lo entrega con esa discreción profesional que tiene para todo.

—Señor Hawke. Esto acaba de llegar para usted.

Lo cojo. Y el peso es insignificante.

Un trozo de papel dentro de un sobre.

Pero contiene la respuesta más importante de mi vida.

—Gracias, Marcus.

Él asiente y se va.

Y yo me quedo ahí de pie en la puerta de mi apartamento.

Con el sobre en las manos.

Y el corazón latiendo tan fuerte que puedo escucharlo en mis oídos.

—¿Ronan? —La voz de Skylar llega desde el salón—. ¿Quién era?

—Nadie. —Miento. Y guardo el sobre en el bolsillo trasero de mis vaqueros—. Solo me han entregado un paquete.

Entro. Ella está en el sofá con Emma. Jugando con el conejo de peluche que le compramos el primer día.

Emma se ríe. Con esos gritos agudos que significan que está feliz.

Y Skylar me mira con una sonrisa.

—Mira. Está intentando cogerlo ella sola.

Me acerco. Me siento a su lado. Y veo cómo Emma estira sus manitas hacia el conejo.

Fallando. Intentándolo otra vez. Y finalmente consiguiéndolo.

—Muy bien, preciosa. —Skylar aplaude—. Lo has cogido tú solita.

Emma se lleva el conejo a la boca inmediatamente.

Y Skylar se ríe. Esa risa cálida que hace que todo mi interior se derrita.

—Se lleva todo a la boca —explica, mirándome—. Es su forma de explorar el mundo.

Asiento.

Pero no puedo concentrarme en lo que dice.

Porque el sobre en mi bolsillo pesa como si fuera de plomo.

Quemándome a través de la tela.

Recordándome que en cualquier momento voy a tener que abrirlo.

Y saber la verdad.

¿Emma es mi hija biológica?

¿O no lo es?

Y si no lo es…

¿Qué pasará entonces?

¿Me la quitarán?

¿Y si aparece Sarah y la quiere de vuelta?

Las preguntas se acumulan en mi cabeza como una avalancha.

Y de repente no puedo respirar.

No puedo perderla.

—Ronan.

La voz de Skylar me devuelve al presente.

Me está mirando. Con esos ojos que siempre ven demasiado.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mentira.

—Skylar…

—Sé que me estás mintiendo, Ronan. Sé qué te pasa algo. Tu actitud ha cambiado después de abrir la puerta. ¿Qué te ha llegado? —pregunta suavemente—. ¿Qué era ese paquete?

Podría mentir.

Debería mentir.

No estoy preparado para hablar de ello.

Pero cuando la miro…

Cuando veo la preocupación en sus ojos…

No puedo hacerlo.

—Los resultados —digo finalmente, y mi voz sale más baja de lo que pretendía.

Ella parpadea.

—¿Los resultados de la prueba de paternidad?

—Sí.

—¿Y? —Se inclina hacia delante—. ¿Qué dicen?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No he abierto el sobre.

Silencio.

Skylar me mira como si acabara de decir algo completamente absurdo.

—Ronan, tienes que abrirlo.

—No.

—¿Cómo que no?

—No quiero saberlo.

—Pero tienes que…

—¿Y si no es mi hija? —Las palabras salen más alto de lo que pretendía—. ¿Y si abro ese sobre y dice que no soy su padre biológico? ¿Qué pasará entonces?

—Entonces…

—¿Me la quitarán? ¿Tendré que devolverla? ¿Entregársela a otra persona?

—Ronan. Tienes que saberlo. Para que pensemos cómo actuar.

—No puedo. —Me levanto del sofá. El sobre sigue quemándome en el bolsillo—. No puedo perderla. No puedo.

La voz se me quiebra.

Y joder.

No puedo más.

No puedo seguir fingiendo que esto no me está matando. Que no estoy aterrado.

Skylar se levanta también. Deja a Emma con cuidado en su hamaquita, la ata y se acerca a mí.

—Ronan, mírame.

—No puedo perderla —repito, y ahora mi voz sale rota—. Es mía. Ha sido mía desde el momento en que la vi. Y si ese papel dice que no…

—Entonces la adoptas.

Las palabras me detienen.

—¿Qué?

—La adoptas. —Su voz es firme—. Si no eres su padre biológico, inicias los trámites de adopción. Y yo te ayudaré. Conozco el sistema. Sé cómo funciona.

—¿Y si me la quitan mientras tanto?

—No te la van a quitar. Lisa ya ha visto que Emma está perfectamente contigo. Habéis creado un vínculo. Lisa saber que eres exactamente lo que necesita. —Se acerca más—. Van a dejártela, Ronan. Y en unos meses, será oficialmente tuya. Seas el padre biológico o no.

Me coge de la mano.

—Pero Ronan, tienes que abrir ese sobre. Tienes que saberlo.

La miro. Y hay tanta calidez en sus ojos.

Tanta confianza.

Como si realmente creyera que todo va a salir bien.

—No puedo —admito, y la voz me tiembla—. Tengo miedo.

—Lo sé.

—Pensaba que no estaba capacitado para esto. —Las palabras empiezan a salir. Atropelladas. Como si llevaran semanas esperando ser dichas—. Para ser padre. Porque llevo la misma sangre que ellos. Que mis padres. Y ellos nos destrozaron.

—Ronan.

—Pero Emma —Miro hacia donde está en su hamaquita. Mordiendo el conejo con una concentración absoluta—. Emma me ha enseñado que quizás sí puedo. Que no soy como ellos.

Me giro hacia Skylar.

—Y tú también me has enseñado eso. Tú y ella. Me habéis demostrado que puedo ser diferente. Que puedo ser lo que ella necesita.

La voz se me quiebra completamente.

Y entonces pasa.

Algo que no me ha pasado en años.

Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos.

—Joder. —Me paso una mano por la cara—. Lo siento. Yo no sé qué me pasa.

—No te disculpes. —Skylar me coge de la cara. Me obliga a mirarla—. Nunca te disculpes por sentir.

—No quiero perderla —susurro, y ahora las lágrimas caen—. No quiero perder a Emma. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—No la vas a perder.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. —Su voz es firme—. Porque eres su padre. Lo diga ese papel o no. Eres su padre en todo lo que importa.

Y la forma en que lo dice.

Con tanta convicción.

Con tanta fe en mí.

Hace que algo dentro de mí se rompa completamente.

La beso.

Desesperado. Necesitado.

Vertiendo todo lo que no puedo decir en ese beso.

Todo el miedo. Todo el amor. Toda la esperanza.

Y ella me devuelve cada segundo.

Sus brazos rodean mi cuello. Sus dedos se entierran en mi pelo. Y me besa como si entendiera exactamente lo que necesito.

Como si supiera que esto no es solo deseo.

Es consuelo. Es conexión.

Es amor.

—Skylar —murmuro contra sus labios—. Te necesito.

—Lo sé. —Me coge de la mano—. Cuando acostemos a Emma esta noche seguimos con esta conversación.

Cuando llega la noche y Emma está dormida, Skylar me guía hacia mi habitación. Cierra la puerta detrás de nosotros.

Y entonces me desviste. Despacio. Con esa ternura que solo ella tiene.

Me quita la camiseta. Los vaqueros. La ropa interior.

Hasta que estoy completamente desnudo frente a ella.

Vulnerable.

Expuesto.

Y ella me mira como si fuera perfecto.

—Túmbate —dice suavemente.

Obedezco. Me tumbo en la cama.

Y ella se desviste también. Quitándose la ropa con movimientos que no son sensuales ni provocativos.

Solo amorosos.

Se sube a la cama. Se coloca sobre mí. Y me mira con los ojos llenos de una emoción que hace que la garganta se me cierre.

—Te tengo —susurra—. Pase lo que pase. Te tengo.

Y entonces se hunde sobre mí.

Despacio. Tomándome centímetro a centímetro.

Y es diferente a todas las otras veces.

No es sexo.

Es intimidad. Conexión. Algo más profundo que no sé nombrar.

Se mueve sobre mí. Lento. Mirándome a los ojos todo el tiempo.

Como si quisiera que la viera. Que viera esto.

Lo que estamos haciendo.

Lo que esto significa.

Mis manos encuentran sus caderas. La guío. La ayudo a encontrar el ritmo.

Y cuando se inclina. Cuando su boca encuentra la mía.

Cuando susurra mi nombre contra mis labios mientras se mueve.

Algo dentro de mí explota.

No es solo físico.

Es emocional.

Es todo lo que llevo guardando durante años derramándose de golpe.

—Skylar —jadeo—. Yo…

—Lo sé. —Me besa—. Yo también.

Y esas dos palabras.

Esas dos palabras simples.

Hacen que me corra con una fuerza que me deja sin aliento.

Y la llevo conmigo. Sintiendo cómo se aprieta alrededor de mí. Cómo grita mi nombre. Cómo se deja caer sobre mi pecho.

Exhaustos. Saciados.

Completos.

Nos quedamos así durante varios minutos. Con nuestras respiraciones normalizándose y nuestros corazones ralentizándose.

Y entonces ella levanta la cabeza. Me mira.

—Ahora tienes que abrir el sobre.

—Skylar.

—Tienes que saberlo. —Su voz es suave pero firme—. Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos.

Juntos.

La palabra hace que algo en mi pecho se apriete.

—¿Puedes? —Trago saliva—. ¿Puedes abrirlo tú?

Ella parpadea.

—¿Yo?

—Sí. Yo no puedo. No puedo verlo —Me paso una mano por la cara—. Pero si tú lo abres. Si me lo dices tú.

—De acuerdo. —Se incorpora. Sale de la cama—. ¿Dónde está?

—En el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Va a buscarlos. Saca el sobre. Vuelve a la cama.

Se sienta frente a mí. Con las piernas cruzadas. Completamente desnuda.

Y el sobre en sus manos.

—¿Seguro? —pregunta.

—No. Pero hazlo de todas formas.

Ella asiente. Rompe la solapa. Saca el papel.

Y veo el momento exacto en que lee los resultados.

Sus ojos se abren. La boca se le abre también.

Y entonces empieza a llorar.

El estómago se me cierra como un puño.

—¿Skylar? —Mi voz sale apenas en un susurro—. ¿Qué pone?

Ella levanta la vista. Las lágrimas caen por sus mejillas.

Y sonríe.

Esboza la sonrisa más brillante que le he visto nunca.

—Eres su padre —susurra—. Ronan, eres su padre. Hay un noventa y nueve coma nueve por ciento de probabilidad.

Las palabras tardan varios segundos en procesarse en mi cerebro.

Eres su padre.

Emma es mía.

Biológicamente. Legalmente. En todos los sentidos.

Es mía.

—¿Estás segura? —Apenas puedo formar las palabras—. ¿Eso es lo que dice?

—Sí. —Se ríe entre lágrimas—. Sí. Emma es tu hija. Completamente. Oficialmente.

Y algo dentro de mí explota.

No es alivio.

Es más que eso.

Es alegría. Pura. Absoluta.

Mezclada con un amor tan inmenso que no cabe dentro de mí.

—Es mía —susurro.

—Es tuya.

—Emma es mía.

—Sí. —Skylar gatea hacia mí. Me abraza. Y también está llorando —. Sí, Ronan. Es tuya.

Y entonces yo también lloro.

Lloro contra el hombro de Skylar mientras ella me sostiene.

Mientras me dice que todo va a estar bien.

Que Emma es mía.

Que no voy a perderla.

Y que voy a ser el mejor padre del mundo.

Aunque yo no esté tan seguro.

Aunque siga teniendo miedo.

Al menos ahora sé que tengo la oportunidad de intentarlo.

De ser para Emma lo que mis padres nunca fueron para mí.

Y eso…

Eso es todo lo que necesito.

CAPÍTULO 26

SKYLAR

Solo quedan cuatro días.

Cuatro días para que se cumplan las seis semanas.

Y si fuera una mujer más valiente, hablaría con Ronan.

Le preguntaría qué va a pasar con nosotros cuando esto termine. Si he sido solo la niñera temporal con la que se acuesta por las noches. O si soy algo más.

Pero no soy valiente.

Tengo pánico de su respuesta.

Pánico de que me diga que ha sido divertido mientras duró. Que quizás podamos seguir viéndonos. Como amigos. O como lo que sea que somos ahora.

Y no podría soportarlo.

No después de vivir con él durante casi seis semanas. De cuidar a Emma como si fuera mía. De enamorarme tan profundamente que ya no recuerdo cómo era mi vida antes de esto.

Así que no pregunto.

Y finjo.

Finjo que esto puede durar para siempre.

Que Emma es mi hija y Ronan mi marido.

Que esta familia que hemos construido es real.

Aunque sepa que no lo es.

Aunque sepa que en cuatro días vuelvo a Queens.

Sola.

Quizás por eso quiero estar hoy ahí. En el juzgado. Viendo cómo Ronan adopta oficialmente a Emma.

Siendo parte de esto. Aunque sea una de las últimas veces.

—¿Estás lista? —pregunta Ronan desde la puerta de mi habitación.

Me giro. Lleva un traje gris oscuro, una camisa blanca y va sin corbata.

Está devastadoramente guapo.

—Sí. —Me aliso el vestido—. ¿Qué tal estoy?

Me mira. De arriba abajo. Con una intensidad que hace que se me acelere el pulso.

—Perfecta.

—¿No es demasiado? —Miro el vestido azul—. Quizás debería ponerme algo más sencillo.

—No te lo cambies. Es perfecto. —Se acerca—. Tú eres perfecta.

Y la forma en que lo dice.

Con esa voz grave.

Hace que algo en mi pecho se derrita.

—Gracias.

—¿Tenemos todo lo de Emma? —pregunta—. ¿Pañales? ¿Biberón?

—Sí. Está todo en la bolsa. Ya sabes que nunca salgo sin estar preparada para un apocalipsis.

Sonríe. Solo un poco. Pero está ahí.

—Por eso eres la mejor.

Cogemos a Emma. Bajamos al garaje. Y durante todo el trayecto hasta el centro, Ronan no suelta mi mano.

Como si necesitara el contacto.

Como si yo fuera su ancla.

Llegamos al juzgado veinte minutos antes de la hora. Ronan aparca. Saca a Emma. Y nos quedamos ahí de pie mirando el edificio.

—Respira —digo—. Todo va a salir bien.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—Como si fueras a una ejecución en lugar de a una adopción.

Se ríe. Nervioso.

—Es que es oficial. Real. Después de hoy, Emma es legalmente mía.

—Ya es tuya. Desde el primer día.

—Lo sé. —Mira el edificio—. Pero esto lo hace permanente.

—¿Y eso te asusta?

—Me aterroriza.

Lo miro. Sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque ¿y si no soy suficiente? ¿Y si la decepciono?

—Ronan. —Me pongo frente a él—. Vas a ser un padre increíble. Ya lo eres. Emma tiene suerte de tenerte.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. —Le toco la mejilla—. Y hoy vas a demostrárselo al mundo.

Nos miramos durante varios segundos.

Y entonces Emma decide que es el momento perfecto para babear sobre el hombro de Ronan.

—Ven. —Saco una toallita de la bolsa—. Te limpio.

Le limpio el hombro. Y él me deja. Mirándome con una intensidad que hace que se me olvide respirar.

—¿Mejor?

—Mejor.

—Pues vamos. Antes de que Emma decida decorarte entero —bromeo.

Subimos las escaleras. Y justo cuando llegamos a las puertas del juzgado, escucho voces.

Conocidas.

Me giro.

Y los veo.

Jax y Elsie saliendo de un coche. Zane e Isla detrás. Kai y Hazel saliendo de otro y Oliver cerrando la marcha.

Todos vestidos como si fueran a una boda.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Ronan cuando se acercan a nosotros.

—¿En serio? —Kai se adelanta—. ¿Pensabas convertirte oficialmente en el padre de nuestra sobrina sin nosotros presentes?

—No sabía que ibais a venir.

—Pues claro que íbamos a venir. —Jax llega hasta nosotros—. Es un día importante.

—El más importante —añade Elsie, y tiene los ojos ya brillantes.

Los miro a todos. A esta familia que se ha presentado aquí. Para apoyar. Para estar.

Y algo en mi garganta se cierra.

Porque esto…

Esto es lo que significa ser un Hawke.

Nunca estar solo.

Y yo quiero pertenecer también a esta familia.

Entramos todos juntos. El vestíbulo es enorme. Con techos altos y suelos de mármol que hacen eco con cada paso.

—Señor Hawke. Skylar.

Lisa aparece desde un pasillo lateral. Con una carpeta y su sonrisa profesional.

—Lisa. —Ronan parece aliviado de verla—. Gracias por venir.

—No hay nada que agradecer. —Mira a Emma—. Hola, preciosa. Hoy es tu gran día.

Nos guía hacia una sala en el segundo piso del juzgado. Pequeña. Íntima.

Con una mesa larga. Sillas. Y un estrado donde se sentará el juez.

—Podéis sentaros. —Lisa señala las sillas—. El juez Warren llegará en unos minutos.

Nos sentamos. Ronan, Lisa y yo en la mesa. Los hermanos detrás. Como una fuerza silenciosa.

Y esperamos.

Emma se remueve en mis brazos. Empieza a quejarse.

—Tiene hambre —murmuro.

Saco el biberón de la bolsa. Se lo doy y empieza a comer inmediatamente.

La puerta se abre. Y entra un hombre de unos sesenta años. Con toga. Gafas. Y una sonrisa amable.

—Señor Hawke. —Se sienta en el estrado—. Soy el juez Warren. Entiendo que estamos aquí para formalizar la adopción de…

—Emma Rose Hawke —dice Ronan, y su voz es firme.

—Emma Rose. —El juez sonríe—. Bonito nombre.

—Gracias.

El juez abre una carpeta. Lee durante varios segundos.

—He revisado su expediente. Las pruebas de paternidad. Los informes de la señora Anderson son excelentes. Emma está claramente bien cuidada. Sana. Feliz. Y usted, señor Hawke, ha demostrado un compromiso ejemplar.

—He tenido ayuda. —Ronan me mira—. Mucha ayuda.

El juez sigue su mirada. Me observa durante un segundo.

—¿Usted es Skylar Banks? ¿La asistente social?

—Sí.

—He leído sus informes también. Muy completos. Muy positivos. —Vuelve a mirar a Ronan—. Tiene suerte de tener tanto apoyo, señor Hawke.

—Lo sé.

El juez cierra la carpeta.

—Bien. Antes de proceder, tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Entiende que la adopción es permanente? Que está aceptando la responsabilidad total de Emma. En todos los aspectos. Financiero, emocional, físico. Que esto hace constar que es su hija.

—Sí.

Algo en la expresión del juez se suaviza.

—Ya veo. —Sonríe—. Bueno, en ese caso, si está listo, podemos proceder.

Saca un documento. Lo coloca frente a Ronan.

—Solo necesito que firme aquí. Y aquí. Y aquí.

Ronan coge el bolígrafo. Y veo cómo le tiembla la mano.

Solo un poco.

Pero está ahí.

Firma la primera línea. Luego la segunda. Luego la tercera.

Con esa precisión que usa para todo. Pero más lento de lo normal.

Como si quisiera saborear cada segundo.

El juez revisa las firmas. Coge un sello. Lo presiona sobre el documento.

El sonido resuena en la sala.

Y entonces levanta la vista.

—Felicidades, señor Hawke. Emma Rose Hawke es oficialmente su hija.

Silencio.

Absoluto.

Durante tres segundos que se sienten como una eternidad.

Y entonces Ronan se levanta. Tan rápido que la silla casi se cae.

Se gira hacia mí.

Y hay lágrimas en sus ojos.

—Es mía —dice, y la voz se le quiebra—. Skylar, es mía.

—Es tuya.

Y entonces los aplausos estallan.

Los hermanos Hawke de pie. Aplaudiendo. Gritando. Con sonrisas enormes.

Elsie está llorando. Isla también. Hazel tiene las manos sobre el pecho como si su corazón fuera a explotar.

Y los hombres están abrazando a Ronan.

Los cinco juntos. Como lo han estado siempre.

—Enhorabuena, hermano. —Jax lo abraza con fuerza—. Eres oficialmente padre.

—El mejor padre —añade Kai.

—Aunque seas un controlador obsesivo —dice Zane.

—Eso no va a cambiar —murmura Ronan, pero está sonriendo.

Oliver es el último en felicitarle.

—Estoy orgulloso de ti, hermano —dice—. Muy orgulloso.

Y veo cómo esas palabras atraviesan a Ronan.

Cómo algo en sus ojos se suaviza.

—Gracias, Oliver.

Se abrazan. Y puedo ver cómo Ronan cierra los ojos. Como si quisiera grabar este momento en su memoria para siempre.

Lisa se acerca a mí.

—Ha sido precioso —dice en voz baja—. Completamente precioso.

—Lo ha sido.

—Y tú —Me mira—. Has hecho un trabajo increíble. Emma está perfecta. Y Ronan, bueno. Es evidente que has sido clave en todo esto.

No sé qué decir.

Porque en cuatro días ya no seré necesaria.

—Gracias —consigo responder.

Salimos del juzgado media hora después. Después de las fotos. De más abrazos. De Kai sugiriendo que vayamos a celebrarlo.

—Emma está cansada —dice Ronan, mirando a su hija que está empezando a cabecear—. Necesita su siesta. Otro día.

—¿Seguro? —pregunta Elsie.

—Seguro. Pero gracias. A todos. Por venir. Por —La voz se le quiebra ligeramente—. Por estar aquí.

—Siempre vamos a estar aquí —dice Jax—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

Nos despedimos. Cada hermano abrazando a Ronan otra vez. Diciéndole lo orgullosos que están.

Y entonces vienen a mí.

Elsie primero. Me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin aire.

—Gracias —susurra—. Por cuidarlos. A los dos.

—No hay nada que agradecer.

—Sí lo hay. —Se aparta para mirarme—. Has sido increíble. Y Emma tiene mucha suerte de tenerte.

Las palabras me golpean.

Porque quiero creerlas.

Pero en cuatro días…

Sonrío. Asiento. Y dejo que las demás me abracen también.

Isla. Hazel. Los chicos con palmaditas en el hombro.

Como si fuera parte de la familia.

Como si perteneciera aquí.

Y yo quiero creer que es verdad.

Aunque sepa que no puede serlo.

El trayecto de vuelta a casa es silencioso.

Emma se queda dormida antes de salir del aparcamiento. Y Ronan conduce con una mano en el volante.

La otra en la mía.

Entrelazando nuestros dedos como si fuera lo más natural del mundo.

Y yo me aferro a ese contacto.

Como si pudiera hacer que durara para siempre.

Llegamos al edificio. Subimos. Entramos en el apartamento.

—Voy a acostarla —dice Ronan en voz baja—. Está agotada.

—Vale. Yo preparo café.

Asiento. Desaparece por el pasillo con Emma en brazos.

Y yo me quedo ahí de pie en medio del salón.

En este apartamento que se ha convertido en mi hogar durante seis semanas.

Y que en cuatro días dejará de serlo.

El pensamiento me atraviesa como un cuchillo.

Y tengo que obligarme a moverme. A ir a la cocina. A hacer algo con mis manos antes de que empiece a llorar aquí mismo.

Estoy preparando el café cuando siento sus manos en mi cintura.

Por detrás. Rodeándome.

Atrayéndome contra su pecho.

—Ronan.

—Gracias —murmura contra mi pelo—. Por estar hoy ahí. Por estar a mi lado desde el principio.

—No tienes que dármelas.

Me gira entre sus brazos. Y me besa.

Y no es suave. No es dulce.

Es necesidad.

Pura y simple.

Me besa como si llevara horas esperando este momento. Como si finalmente pudiera tocarme después de contenerse todo el día.

Y yo me rindo.

Completamente.

Mis brazos rodean su cuello. Me aprieto contra él. Y le devuelvo cada segundo.

Porque si solo me quedan cuatro días…

Voy a aprovechar cada minuto.

Me levanta. Mis piernas rodean su cintura automáticamente.

Y me lleva por el pasillo. Hacia su habitación.

Nos caemos en la cama. Enredados. Desesperados.

Y nos desnudamos entre besos. Entre caricias. Entre gemidos ahogados para no despertar a Emma.

Y cuando finalmente se hunde dentro de mí.

Cuando me llena de esa forma que ya me resulta familiar.

Cierro los ojos.

Y finjo.

Finjo que esto es real.

Que soy suya.

Que él es mío.

Que esto puede durar para siempre.

Aunque sepa que no puede.

Aunque sepa que en cuatro días todo esto se acabará.

Y volveré a estar sola.

Nos movemos juntos. Despacio. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Como si no quedaran solo días.

Y cuando me corro. Cuando grito su nombre contra su hombro. Cuando siento cómo se tensa y me llena.

Guardo este momento en mi memoria.

Para cuando todo esto sea solo un recuerdo.

Para cuando esté sola en mi apartamento en Queens y necesite recordar que una vez fui feliz.

Una vez tuve esto.

Una vez fui amada.

Aunque fuera solo temporalmente.

Aunque nunca fuera real.

Nos quedamos enredados. Exhaustos. Con las respiraciones normalizándose.

Y ninguno menciona el elefante en la habitación.

Ninguno habla de los cuatro días que quedan.

De que esto se está acabando.

Solo nos quedamos así.

En silencio.

Sosteniendo esto un poco más.

Antes de que se rompa.

CAPÍTULO 27

SKYLAR

Me despierto con el calor de Ronan envolviéndome.

Estamos en su cama. Enredados. Su brazo rodeándome por la cintura. Mi espalda pegada a su pecho.

Como si hubiéramos dormido así toda la vida.

Como si fuera lo más natural del mundo.

Abro los ojos despacio. La luz del sol entra por las ventanas enormes. Tiñendo todo de dorado.

Y por un momento —solo un momento— me permito fingir.

Que esto es real.

Que despierto así cada mañana.

Que Ronan es mío y yo soy suya.

Que Emma está en la habitación de al lado y esta es nuestra vida.

Nuestra familia.

Pero entonces recuerdo.

Tres días.

Solo quedan tres días.

El pensamiento hace que algo en mi pecho se contraiga dolorosamente.

—Buenos días.

La voz de Ronan contra mi cuello me hace estremecerme.

—Buenos días —susurro.

Se mueve. Besándome el hombro. Luego la nuca. Luego ese punto detrás de mi oreja que hace que me derrita.

—Skylar.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar.

Y ahí está.

El momento que he estado temiendo.

El corazón se me dispara. Como si quisiera salirse de mi pecho. La garganta se me cierra. Y tengo que obligarme a respirar.

Tranquila.

Solo está siendo práctico.

Va a decirte que las seis semanas se acaban.

Que ha sido increíble pero que ya está.

Que es mejor dejarlo aquí.

Antes de que se complique más.

Me giro entre sus brazos. Para poder mirarlo.

—¿Hablar de qué?

Él me acaricia la mejilla con el pulgar. Con una delicadeza que me rompe.

—De nosotros. De qué vamos a hacer cuando…

Su móvil empieza a sonar.

Estridente. Cortando el momento como un cuchillo.

Ronan cierra los ojos. Frustrado.

—Ignóralo —dice—. Tengo que decirte algo.

Vuelve a sonar.

—Ronan, contesta. No pasa nada.

—No. —Me mira—. Esto es más importante.

Pero el móvil sigue sonando. Una y otra vez. Como si quien llama no fuera a rendirse.

—Contesta —digo finalmente—. Puede ser urgente.

Él duda. Me mira como si estuviera calculando si puede ignorarlo.

El móvil vuelve a sonar.

—Joder. —Se incorpora. Coge el móvil de la mesita—. Tiene que ser importante.

Mira la pantalla. Y algo en su expresión cambia.

—Es David.

—¿Tu investigador?

—Sí. —Ya está deslizando el dedo por la pantalla—. David, espero que sea importante.

Se detiene.

Y veo cómo su cuerpo entero se tensa.

Cómo se levanta de la cama de golpe.

Cómo esa expresión de CEO despiadado se instala en su cara.

—¿Estás seguro? —Su voz es pura concentración—. ¿Cuándo? ¿Dónde exactamente?

Camina hacia el armario. Y comienza a sacar ropa con una mano mientras sujeta el teléfono con la otra.

—No, no te muevas. Mantén el contacto. No la dejes irse. —Pausa —. Voy para allá. Dame veinte minutos. Menos.

Cuelga.

Y se queda ahí de pie. Con los vaqueros en una mano. La camiseta en la otra.

Mirándome con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque algo en mi estómago ya sabe que no quiero escuchar la respuesta.

—La ha encontrado.

—¿A quién?

—A Sarah. —Se pone los vaqueros con movimientos rápidos—. La madre de Emma. Está en un café en Brooklyn. Ahora.

El aire se me queda atascado en los pulmones.

—¿La madre de Emma?

—Sí. —Se pone la camiseta—. David la ha localizado. Lleva semanas buscándola y finalmente ha dado con ella. —Se pasa una mano por el pelo—. Y ha accedido a verme.

—¿Ahora?

—Ahora. —Se pone los zapatos—. Antes de que cambie de opinión. Antes de que desaparezca otra vez.

Se acerca a mí. Me coge de las manos.

—¿Puedes quedarte con Emma? Por favor. Solo serán un par de horas.

—Yo… sí. Claro.

—Gracias. —Me besa rápido. En los labios—. Gracias. Vuelvo pronto.

Y entonces se va.

Sale de la habitación con esa urgencia que usa cuando tiene una reunión importante.

Lo escucho moverse por el apartamento. Cogiendo las llaves. El móvil. La cartera.

La puerta se abre.

Se cierra.

Y yo me quedo sola.

Sentada en su cama.

Desnuda bajo las sábanas.

Con el sonido de sus pasos alejándose resonando en mi cabeza.

Y la certeza absoluta de que acabo de perderlo.

Porque claro.

Claro que quiere ver a Sarah.

Es la madre de Emma. La mujer que llevó a su hija durante nueve meses. Que la trajo al mundo.

Y ahora que Ronan sabe ser padre…

Ahora que ha aprendido todo lo que necesita…

¿Por qué no querría formar una familia real con ella?

Una familia de verdad.

No esta situación temporal conmigo.

La niñera que también se acuesta con él.

El dolor que me atraviesa es tan intenso que tengo que presionar una mano contra mi pecho.

Como si eso pudiera detener cómo se me está rompiendo el corazón.

Me levanto. Me visto con manos que me tiemblan tanto que apenas puedo abrochar los botones.

Y entonces escucho a Emma.

Llorando desde su habitación.

Como si ella también supiera que algo va mal.

Voy a su cuarto. La cojo de la cuna. La acuno contra mí.

—Ya estoy aquí, cariño —murmuro, aunque la voz me sale rota—. Ya estoy aquí.

Pero las lágrimas empiezan a caer.

Silenciosas. Imparables.

Porque estoy a punto de perder esto.

Voy con Emma a la cocina. Le preparo el biberón con movimientos automáticos.

Mis manos saben qué hacer, aunque mi cerebro esté en otra parte.

Agua. Fórmula. Cereales. Agitar.

Me siento en el sofá. Le doy el biberón.

Y mientras Emma come, las lágrimas siguen cayendo.

No puedo pararlas.

No puedo hacer nada excepto sostener a esta niña que amo como si fuera mía.

Aunque nunca lo será.

Porque su padre ha ido a buscar a su madre.

Y yo…

Yo soy solo la mujer que estuvo aquí mientras tanto.

Temporal.

Prescindible.

Cuando Emma termina de comer, la levanto contra mi hombro. Le hago eructar entre sollozos que intento contener.

—Te quiero —le susurro—. Te quiero muchísimo. ¿Lo sabías?

Emma hace un ruidito. Como si me entendiera.

Y eso solo hace que llore más fuerte.

—Vamos a mi habitación —murmuro—. Skylar tiene que… tiene que hacer algo.

La llevo a mi cuarto. La coloco en la hamaquita con sus juguetes. Con ese móvil de estrellitas que le encanta mirar.

Y saco la maleta.

La grande.

La que trajo el equipo de mudanzas hace semanas.

La abro en la cama. Y empiezo a meter cosas.

Ropa. Libros. Fotos. Todo lo que traje.

Todo lo que es mío.

Las manos me tiemblan. Las lágrimas no paran de caer. Pero sigo metiéndolo todo.

Porque tengo que estar lista.

Para cuando Ronan vuelva.

No voy a quedarme a escuchar cómo me dice que ya no me necesita. Que Sarah ha vuelto. Que van a ser una familia.

No voy a darle la satisfacción de que me vea romperme delante de él.

Otra vez.

Voy a irme con la cabeza alta.

Como si esto no me estuviera matando.

Como si no se me estuviera rompiendo el corazón en mil pedazos.

Doblo la última camiseta. La meto en la maleta.

Y entonces me siento en el borde de la cama.

Y me permito llorar.

De verdad.

Sin contenerme.

Porque esto duele.

Duele más de lo que pensé que podría doler.

Porque no es solo por Ronan.

Es Emma.

Es esta vida que hemos construido juntos.

Es despertar cada mañana y escuchar su risa. Es bañarla cada noche. Es verla crecer. Es ser testigo de cada pequeño logro.

Es ser su madre.

Aunque nunca lo fuera oficialmente.

Aunque nunca tuviera derecho.

—Lo siento —susurro mirando a Emma—. Lo siento mucho.

Y me quedo ahí.

Sentada en la cama.

Con las maletas hechas a mis pies.

Esperando.

A que Ronan vuelva con la mujer que va a ocupar mi lugar.

Para irme.

Y no volver nunca.

CAPÍTULO 28

RONAN

Mi abogado va sentado a mi lado en silencio. No ha dicho nada desde que lo he recogido de su apartamento. Solo mira por la ventanilla mientras yo conduzco.

Y yo intento controlar la respiración.

Esto tiene que salir bien.

Tiene que funcionar.

Porque si Sarah se niega a firmar. Si cambia de opinión.

Todo mi plan se desmorona.

No puedo pedirle a Skylar que se quede conmigo, que adopte a Emma mientras Sarah mantenga sus derechos.

No puedo arriesgarme a que aparezca en cinco años y destruya la familia que estoy intentando construir.

Aparco frente al café. Apago el motor.

Y me quedo ahí sentado. Con las manos sobre el volante. El corazón latiendo contra las costillas.

—¿Listo? —pregunta Marcus finalmente.

—Sí.

No lo estoy.

Pero salgo del coche de todas formas.

El aire frío me golpea cuando bajo. Huele a café recién hecho. A pan. A una mañana en Brooklyn.

Marcus rodea el coche. Con su maletín de cuero. Dentro están los documentos que he estado esperando durante semanas.

Los que van a cambiar todo.

—Recuerda —dice mientras caminamos hacia la entrada—. Deja que ella hable primero. Que se explique. Y luego presentamos la propuesta.

Asiento.

Aunque mi cerebro ya está en otra parte.

Ya está en casa. Con Skylar. Pensando en cómo voy a decirle lo que siento.

Cómo voy a pedirle que se quede.

Entramos al café. Una campana suena sobre la puerta.

Y ahí, al fondo, junto a la ventana, veo a David.

Mi investigador privado. De pie junto a una mesa. Esperándome.

Y sentada frente a él.

Sarah Mitchell.

La reconozco inmediatamente, aunque solo la he visto dos veces. La segunda hace seis semanas. Cuando apareció en mi vestíbulo con Emma y desapareció antes de que pudiera reaccionar.

Está más delgada de lo que recordaba. Con ojeras profundas que se marcan incluso desde aquí. El pelo rubio recogido en una coleta despeinada.

Y las manos.

Las manos le tiemblan alrededor de una taza de café que no está bebiendo.

Solo sosteniéndola. Como si necesitara algo a lo que aferrarse.

David me ve. Se acerca.

—Señor Hawke. —Su voz es baja—. Está aquí. Pero está muy nerviosa. No he querido decirle para qué la querías ver. Solo que tenías que hablar con ella.

—Bien. Gracias.

—¿Necesita que me quede?

—No. David. Gracias. Puedes irte. Ya has hecho tu trabajo.

Asiente. Se despide con un gesto. Y sale del café.

Dejándonos a nosotros tres.

Sarah. Marcus. Y yo.

Camino hacia la mesa. Marcus me sigue. Nuestros pasos suenan demasiado fuertes contra el suelo de madera.

Sarah levanta la vista cuando nos acercamos.

Y veo el momento exacto en que me ve.

Cómo sus ojos se abren. Cómo todo su cuerpo se tensa.

Como si esperara que le gritara. Que la atacara.

—Sarah. —Me siento frente a ella—. Gracias por quedarte.

—Yo… —Su voz sale apenas audible—. No sabía si debía.

—Te agradezco que lo hayas hecho.

Ella me mira. Confundida. Como si no esperara amabilidad de mi parte.

—Señor Hawke, yo… lo siento. Siento mucho lo que hice. Dejarte así con la niña. Desaparecer. Fue horrible y lo sé. Pero…

Las palabras salen atropelladas. Desesperadas.

Y entonces se detiene. Respirando como si acabara de correr una maratón.

—Sarah. —Espero hasta que me mira—. Respira.

—Es que no sé qué decir. No sé por qué estoy aquí. Y tengo miedo de que…

—No estoy aquí para hacerte daño.

—Entonces ¿por qué? —Las lágrimas empiezan a acumularse en sus ojos—. ¿Por qué querías verme?

—Porque necesito hablar contigo. Sobre Emma.

Y ahí está.

El nombre que hace que todo su cuerpo se tense.

—Yo no puedo volver con ella. —Las palabras salen rápidas. Casi en pánico—. No puedo. Lo siento. Sé que eso me hace la peor persona del mundo, pero no puedo ser madre.

—Sarah.

—Estoy deprimida. Muy deprimida. Desde que nació no he podido… no puedo dormir. No puedo comer. No puedo… —La voz se le quiebra—. No puedo ni mirarme al espejo sin odiarme.

Las lágrimas caen ahora. Sin control.

—Sé que suena horrible. Sé que debería quererla. Que debería ser capaz de cuidarla. Pero cada vez que la miraba solo sentía vacío. Y pánico. Y la certeza de que si me quedaba con ella iba a pasar algo malo.

Se limpia la cara con las manos.

—Por eso te la llevé. Porque tú tienes dinero. Recursos. Puedes darle todo. Niñeras. Lo que necesite. Y yo no tengo nada.

La miro. Y veo a alguien completamente rota.

Luchando contra algo que no puede controlar.

Y en lugar de juicio, siento empatía.

Porque yo también conozco esa oscuridad. Esa sensación de estar roto desde dentro.

—No eres la peor persona del mundo —digo suavemente.

Ella levanta la vista. Sorprendida.

—¿Qué?

—No eres un monstruo por esto. Eres alguien que está enfermo. Y que tomó la decisión más difícil de su vida para proteger a su hija.

—Pero la abandoné.

—Se la llevaste a alguien que podía cuidarla. —Hago una pausa—. Eso no es abandono. Es valentía. A tu manera.

Ella niega con la cabeza. Como si no pudiera creerme.

—No soy valiente.

—Sí lo eres. Porque podrías haberte quedado con ella. Fingir que podías. Y quién sabe qué habría pasado. —Me inclino hacia delante —. Pero supiste cuándo parar. Cuándo pedir ayuda. Aunque fuera de la forma más desesperada.

Nos miramos durante varios segundos.

—¿Cómo está? —pregunta finalmente, y su voz tiembla—. Emma. ¿Cómo está?

Y no puedo evitarlo.

Sonrío.

—Está perfecta. Sana. Feliz. Crece cada día. Se ríe cuando le haces cosquillas. Le encanta el agua del baño. Duerme toda la noche casi siempre.

Más lágrimas caen por sus mejillas.

—¿Y tú? ¿La quieres?

—Con todo mi corazón.

Algo en su expresión se rompe.

Alivio. Absoluto. Devastador.

—Gracias. —La palabra sale como un sollozo—. Gracias por cuidarla. Por quererla.

—Sarah. —Espero hasta que me mira—. No he venido aquí a pedirte que vuelvas con Emma.

Ella parpadea.

—¿No?

—No. He venido a pedirte algo diferente.

—¿El qué?

Miro a Marcus. Él asiente. Abre su maletín. Saca los documentos.

Los coloca sobre la mesa entre nosotros.

—Necesito que renuncies oficialmente a tus derechos sobre Emma —digo, manteniendo mi voz firme—. Que firmes estos papeles diciendo que no vas a reclamarla. Nunca.

Sarah mira los documentos. Luego a mí.

Y entonces algo increíble pasa.

Sonríe.

Es pequeño. Tembloroso. Pero está ahí.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Pensaba que ibas a demandarme.

—Para nada. Solo quiero que Emma sea mía. Completamente. Sin ninguna duda. Sin ningún miedo de que alguien pueda quitármela.

Ella asiente. Rápido. Con esa urgencia que viene del alivio.

—Sí. Sí. Lo que sea. ¿Dónde firmo?

Marcus le acerca los documentos. Le señala las líneas.

—Aquí. Y aquí. Y necesito sus iniciales aquí.

Sarah coge el bolígrafo que Marcus le ofrece.

Y firma.

Sin leer. Sin dudar. Como si llevara semanas esperando que alguien le diera una salida.

Una forma de hacer lo correcto sin tener que ser ella quien lo haga.

Cuando termina, Marcus recoge los papeles. Los revisa uno por uno. Con esa meticulosidad que lo caracteriza.

—Está todo correcto. —Me mira—. Emma es legalmente tuya. Sin restricciones.

Algo en mi pecho se expande.

Es mía.

Emma es completamente mía.

Y nadie puede cambiar eso.

Sarah se levanta. Con movimientos torpes. Como si sus piernas apenas la sostuvieran.

—Espero que Emma sea feliz. Que tenga una buena vida.

—La tendrá. —Me levanto también—. Te lo prometo.

Ella asiente. Se gira hacia la puerta.

Y entonces lo recuerdo.

—Sarah. Espera.

Se detiene. Me mira con esos ojos llenos de miedo otra vez.

Saco el cheque del bolsillo interior de mi chaqueta. El que he preparado antes de venir.

Se lo extiendo.

Ella lo mira sin cogerlo. Como si no entendiera qué es.

—Tómalo —digo.

Finalmente lo coge. Con dedos temblorosos.

Y cuando lo mira.

Cuando ve la cifra.

Se queda completamente inmóvil.

—¿Qué es esto? —Su voz sale apenas en un hilo—. ¿Esto es…?

—Un millón de dólares.

—Pero ya he firmado. Ya he renunciado a ella. No tienes por qué darme nada.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo.

—¿Por qué?

La miro. A esta mujer rota que tomó la decisión más difícil de su vida.

—Porque llevaste a mi hija durante nueve meses. Porque la mantuviste a salvo. Porque cuando supiste que no podías cuidarla, me la trajiste. —Hago una pausa—. Me diste el mayor regalo de mi vida, Sarah. Y siempre te estaré agradecido por eso.

Las lágrimas vuelven a caer. Más rápido ahora.

—Yo no sé qué decir.

—No tienes que decir nada. —Camino hacia la puerta—. Solo cuídate. Usa el dinero para ponerte bien. Para encontrar la vida que quieres.

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta.

—Espero que la vida te sonría, Sarah.

Y salgo.

Marcus me sigue hasta el coche. Guarda los documentos en su maletín con cuidado.

—Eso ha sido muy generoso —dice.

—Era lo correcto.

—¿Necesitas algo más de mí?

—Solo que registres estos papeles hoy mismo.

—Lo haré. —Cierra el maletín—. Felicidades, Ronan. Emma es completamente tuya ahora.

—Gracias.

Se despide. Y se va a coger un taxi.

Y yo me quedo ahí.

De pie junto a mi coche.

Con el peso de las últimas horas cayendo sobre mí de golpe.

Sarah ha renunciado.

Emma es mía sin ninguna restricción.

Y ahora puedo volver a casa.

Y pedirle a Skylar lo que llevo semanas queriendo pedirle.

Me subo al coche. Arranco.

Y mientras conduzco de vuelta a Manhattan, solo puedo pensar en una cosa.

En ellas.

En mis chicas.

En Emma con sus risitas y sus manitas que se aferran a mis dedos.

En Skylar con su risa que llena habitaciones y esa forma de mirar a Emma como si fuera lo más importante del mundo.

Las amo.

A las dos.

Con una intensidad que me aterra y me completa a partes iguales.

Y hoy voy a decírselo.

Voy a arriesgarme.

Aunque me rechace. Aunque me diga que es demasiado pronto. Que no está lista.

Tengo que intentarlo.

Porque vivir sin ellas…

Eso ya no es una opción.

CAPÍTULO 29

RONAN

El ascensor sube con esa suavidad silenciosa que normalmente me resulta reconfortante.

Pero ahora cada segundo se siente como una eternidad.

Porque Sarah acaba de firmar los papeles. Los que hacen que Emma sea mía sin ninguna restricción.

Y voy a casa a pedirle a Skylar algo que me aterra.

El corazón me late tan fuerte que puedo escucharlo en mis oídos.

¿Cómo se lo digo?

¿Cómo le pido algo así sin asustarla?

Tengo que prepararlo. Explicárselo bien. Hacerle entender que no es una locura. Que tiene sentido.

Que la amo.

Joder.

Voy a decirle que la amo.

Después de nueve años negándolo. Después de rechazarla. Después de hacer todo lo posible por mantenerla lejos.

Finalmente voy a admitir la verdad.

Y no tengo ni idea de cómo va a reaccionar.

El ascensor se detiene en mi planta.

Respiro hondo. Una vez. Dos.

Y salgo.

El pasillo está en silencio igual que siempre.

Camino hacia la puerta. Saco las llaves del bolsillo.

Las meto en la cerradura.

Giro.

La puerta se abre.

Y lo primero que veo son las maletas de Skylar.

Dos. Grandes. En medio de la entrada.

Cerradas. Con las asas levantadas.

Me quedo paralizado.

Con la mano todavía en el pomo. Los pies clavados en el suelo.

Mi cerebro está intentando procesar lo que estoy viendo.

Maletas.

¿Por qué están sus maletas aquí?

Las seis semanas no han terminado todavía. Quedan tres días. Tengo tres días más a su lado.

¿Por qué ha sacado sus maletas?

Y entonces lo entiendo.

Como un puñetazo en el estómago.

Se va.

Skylar se va.

Ahora.

Se ha cansado de mí.

Se va antes de que termine el plazo.

El pánico me golpea con una fuerza que hace que me olvide de respirar.

—¿Skylar?

Mi voz sale más alta de lo que pretendía. Casi desesperada.

Escucho movimiento desde el salón.

Pasos.

Y entonces ella aparece.

Y lo veo todo de golpe.

Los ojos rojos. Hinchados. Como si hubiera estado llorando durante horas.

Las mejillas manchadas de lágrimas. Todavía mojadas.

La nariz sonrosada.

El pelo despeinado. Recogido en una coleta de la que se escapan mechones por todas partes.

Y tiene una expresión rota que hace que algo dentro de mí se parta en dos.

—¿Qué pasa? —Las palabras me salen solas mientras corro hacia ella. Casi tropezando con las maletas—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Emma está bien?

—Emma está perfecta. —Su voz sale ronca. Áspera—. No te asustes. Está durmiendo. Hemos jugado mucho esta mañana. Y cuando ha comido se ha quedado dormida.

—Entonces ¿qué te pasa? —Levanto las manos. Queriendo tocarla. Comprobar que está bien—. ¿Por qué has llorado? ¿Qué te ha pasado?

—Nada. No me ha pasado nada.

—Skylar, tienes los ojos rojos.

—Estoy bien.

—No estás bien. —Señalo las maletas—. ¿Qué son esas maletas? ¿Por qué están ahí?

Ella se cruza de brazos. Como protegiéndose.

—Porque me voy.

Las dos palabras me golpean como un tren.

—¿Qué?

—Ya no hace falta que me quede. —Levanta la barbilla. Intentando parecer firme aunque la voz le tiembla—. Las seis semanas casi han terminado. Y tú ya no me necesitas.

—¿Cómo que no te necesito?

—Ahora que tienes a Sarah…

—¿Sarah? —Casi me río de lo absurdo que es—. ¿Qué tiene que ver Sarah con esto?

—Todo. —Y hay tanto dolor en su voz—. Tiene todo que ver.

—No te entiendo.

—Has ido a buscarla. Esta mañana. Cuando David te llamó, saliste corriendo. —Las palabras salen más rápido—. Como si fuera lo más importante del mundo. Como si llevaras semanas esperando ese momento.

—Skylar. ¿Qué estás diciendo? —pregunto intentando entender qué está pensando, pero ella me ignora.

—Y yo lo entiendo. De verdad que lo entiendo. —Se limpia las mejillas con el dorso de la mano—. Es la madre de Emma. Es joven. Y ahora que sabes ser padre, ahora que has aprendido cómo cuidarla. ¿Por qué no querrías formar una familia real con ella?

—¿Una familia real?

—Sí. Una de verdad. No… —Se señala a sí misma—. No esta situación rara conmigo. La niñera temporal con la que también te acuestas.

Y joder.

Finalmente lo entiendo.

Todo.

Lo que ha estado pensando durante las horas que he estado fuera.

La conclusión a la que ha llegado.

Por qué está haciendo las maletas.

Por qué ha estado llorando.

Cree que he ido a recuperar a Sarah.

Cree que vamos a formar una familia.

Y ella se está apartando antes de que pueda hacerlo yo.

Está protegiéndose.

—Skylar, no. —Doy un paso hacia ella—. No es eso. No es nada de eso.

—Entonces ¿qué es? —Su voz sube—. ¿Por qué has ido a verla? ¿Por qué has salido corriendo?

—Porque necesitaba que firmara unos papeles.

Ella parpadea.

—¿Qué?

—Los papeles de renuncia de custodia. Necesitaba que Sarah renunciase oficialmente a todos sus derechos sobre Emma. Y esta mañana lo ha hecho.

Skylar me mira sin entender lo que le estoy diciendo.

—No lo entiendo.

—Emma es mía. Completamente. Sin ninguna restricción. Y Sarah no puede reclamarla. Ni ahora ni nunca. —explico mirándola con intensidad—. Por eso he ido corriendo a verla.

—Pero ¿por qué?

—Porque tenía que asegurarme. —Doy otro paso hacia ella—. Tenía que saber que nadie podría aparecer en cinco años. O en diez. Y quitármela. Y destruir lo que tengo.

—¿Lo que tienes?

—Sí. Lo que tengo. Lo que *tenemos*. —Mi voz se vuelve más urgente—. Porque Skylar, no quiero a Sarah. No la he querido nunca. Ni siquiera la conozco.

Me armo de valor antes de volver a hablar.

—Y yo quiero pedirte algo. Algo que no podía mientras ella tuviera derechos sobre Emma.

—¿El qué? —pregunta en voz baja.

Trago saliva.

Esto es todo.

Este es el momento.

—Quiero que te quedes.

Silencio.

—¿Quedarme?

—Aquí. Conmigo. Con Emma. —Las palabras empiezan a salir más rápido—. No por tres días más. No hasta que se acaben las seis semanas. Sino para siempre.

Ella niega con la cabeza. Como si no pudiera creer lo que está escuchando.

—Ronan…

—Escúchame, por favor. Sé que suena loco. Sé que es rápido. Pero Skylar, tú ya eres parte de esto. Ya eres parte de nosotros. Somos una familia —Me acerco más—. Y yo no puedo imaginar mi vida sin ti.

Su cara se contrae como si acabase de hacerle daño.

—No puedes decirme estas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque tú no tienes relaciones. Me lo dijiste hace nueve años. Que no podías darme lo que necesitaba. Que era una distracción.

Y ahí está.

El fantasma que nos ha perseguido todo este tiempo.

—Mentí.

Ella parpadea.

—¿Qué?

—Te mentí. —Me paso una mano por el pelo—. Hace nueve años. Cuando te dije que no podía darte lo que necesitabas. Era mentira.

—Ronan. ¿Qué estás diciendo?

—La verdad es que me aterrorizaba lo que me hacías sentir. —Las palabras salen ahora. Atropelladas. Sin filtro—. Porque tú eres luz. Pura. Absoluta. Y yo soy oscuridad. Y tenía miedo de contaminarte.

Las lágrimas vuelven a caer por sus mejillas.

—Así que te alejé. Te dije que eras una distracción cuando en realidad eras lo único que me importaba. —La voz se me quiebra—. Y he pasado nueve años arrepintiéndome. Recibiendo informes sobre ti como un acosador patético porque no podía soltarte, pero tampoco me atrevía a acercarme.

—¿Me has estado investigando?

—Sí. Durante todos estos años. Cada lunes. Durante nueve años. Necesitaba saber que estabas bien. Que eras feliz. Que no te había destruido cuando te rechacé.

Nos miramos durante varios segundos que se sienten como horas.

—¿Por qué? —pregunta finalmente—. ¿Por qué me investigabas si no me querías cerca?

—Porque sí te quería cerca. —Y ahora las palabras salen solas—. Joder, Skylar. Siempre te he querido cerca. Pero tenía demasiado miedo de dejarte entrar.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que perderte sería peor que cualquier miedo. —Doy otro paso—. Ahora sé que prefiero arriesgarme a que me destruyas antes que vivir sin ti.

—Yo no te voy a destruir.

—Lo sé. Pero hace nueve años no lo sabía. Solo sabía que me hacías sentir demasiado. Y sentir era peligroso.

—¿Y ahora ya no lo es?

—Ahora es lo único que quiero hacer. —La miro directamente—. Contigo.

Ella se lleva una mano a la boca. Las lágrimas cayendo más rápido.

—No puedes decir estas cosas —repite.

—¿Por qué no?

—Porque… porque yo también quiero quedarme. —La voz le sale rota—. Demasiado. Y por eso tengo que irme.

—Eso no tiene sentido.

—Sí lo tiene. —Se ríe entre lágrimas—. Porque cada día que paso aquí me enamoro un poco más de ti. De Emma. De esta vida. Y cuando termine, cuando tenga que volver a Queens y estar sola otra vez… no voy a poder soportarlo.

Las palabras me atraviesan.

Cada día me enamoro un poco más de ti.

—¿Me amas? —La pregunta sale antes de que pueda detenerla.

Ella me mira. Con esos ojos color miel llenos de lágrimas.

—¿Importa?

—Joder, sí que importa. —Cierro la distancia entre nosotros—. Importa más que nada en el mundo.

—Entonces sí. —La palabra sale como una exhalación—. Sí, te amo. Probablemente nunca dejé de hacerlo. Desde aquella estúpida tarde en la biblioteca. Y pensé que lo había superado, pero entonces me llamaste y… —Se limpia la cara—. Y me volví a enamorar de ti. Más fuerte. Más profundo. Y ahora no sé cómo parar.

El pecho se me expande tanto que duele.

Porque Skylar me ama.

Lo acaba de decir.

En voz alta.

Después de nueve años.

Y yo he sido un idiota.

—Skylar.

—No. —Levanta una mano—. Por favor. No lo hagas más difícil. Solo déjame ir. Antes de que sea peor.

—No.

—¿Qué?

—No te voy a dejar ir. —Y mi voz sale con una firmeza que no sabía que tenía—. Nunca. ¿Me oyes? Nunca más.

—Ronan, no puedes…

Cierro la distancia entre nosotros. Mis manos encuentran su cara.

Y la beso.

La beso con nueve años de arrepentimiento. Con todo el amor que he estado guardando. Con toda la desesperación de un hombre que casi pierde lo único que le importa.

Ella se resiste. Medio segundo. Intentando apartarse.

Pero entonces se rinde.

Sus manos suben por mi pecho. Se aferran a mi camisa.

Y me devuelve el beso con la misma intensidad.

Como si ella también hubiera estado esperando esto.

Como si ella también hubiera estado guardándolo.

Cuando nos separamos para respirar, ambos estamos temblando.

—Suéltame —dice, pero sus manos siguen aferradas a mi camisa.

—No.

—Ronan.

—Te amo.

Las palabras salen finalmente.

Después de tanto tiempo.

Después de negarlo durante años.

—Te amo, Skylar. Joder, te amo con todo mi corazón. Y tú lo has resucitado.

Ella se queda completamente inmóvil.

Con la boca ligeramente abierta. Los ojos muy abiertos. Como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

—¿Qué?

—Que te amo. —Lo repito porque necesito que lo entienda—. He estado enamorado de ti desde hace nueve años. Desde aquella tarde cuando chocaste conmigo en el pasillo y me miraste con esos ojos enormes llenos de disculpas. Desde antes de eso.

—Pero me rechazaste.

—Porque me aterrorizaba lo que me hacías sentir. —La voz se me quiebra—. Porque mis padres nos enseñaron que amar es sinónimo de sufrir. Que el amor te destruye. Y yo tenía miedo de destruirte a ti.

Las lágrimas caen por sus mejillas.

—Ronan.

—Pero ya no puedo seguir así. Ya no puedo fingir que no te necesito. Que no te quiero aquí. —La miro directamente—. Que no quiero despertarme cada mañana y verte en mi cama. Que no quiero verte bañar a Emma cada noche. Que no quiero que seas parte de mi vida. Para siempre.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Nos miramos durante varios segundos.

Y sé que tengo que lanzarme. Sé que tengo que ser valiente. Abrirme a esta maravillosa mujer por completo.

—Skylar —Trago saliva—. Lo que quiero pedirte es…

Me detengo.

Porque de repente me aterra decirlo.

Me aterra que diga que no.

—¿Qué? —Su voz sale suave—. ¿Qué quieres pedirme?

—Quiero que Emma sea tu hija.

Silencio.

Absoluto.

—¿Qué?

—Quiero que la adoptes. Legalmente. Oficialmente. —Las palabras salen ahora sin control—. Sé que suena loco. Sé que es demasiado pronto. Pero Skylar, tú ya eres su madre. En todo lo que importa.

—Ronan. Dios mío.

—La forma en que la miras. La forma en que la cuidas. La forma en que ella te busca cuando llora. —La voz se me quiebra completamente—. Eres su madre. Y solo quiero que sea oficial.

Ella niega con la cabeza. Las lágrimas cayendo más rápido.

—No puedo procesar esto…

—No te asustes. —Me acerco más. Desesperado—. Por favor, no te asustes. Solo piénsalo. No tienes que responder ahora. Solo…

—¿Quieres que Emma sea mi hija?

—Sí.

—¿Legalmente?

—Sí.

—¿Y por eso fuiste a buscar a Sarah? ¿Para que renunciara? ¿Para que yo pudiera adoptarla?

—Sí. —Trago saliva—. No podía pedírtelo mientras ella tuviera derechos. No podía arriesgarme a que apareciera y lo destruyera todo.

Skylar me mira durante lo que parecen horas.

Y entonces se lanza hacia mí.

Con tanta fuerza que casi me hace caer hacia atrás.

Sus brazos rodean mi cuello. Y me besa.

Llorando. Riendo. Todo al mismo tiempo.

—Sí —dice contra mis labios—. Sí, Ronan. Quiero ser la madre de Emma.

—¿Sí?

—Sí. —Se aparta para mirarme—. Quiero adoptarla. Quiero que sea mi hija. Quiero…

No la dejo terminar.

La beso otra vez. Con todo lo que tengo. Con todo lo que soy.

Y ella me devuelve cada segundo.

La levanto. Sus piernas rodean mi cintura automáticamente.

Y la llevo al sofá. Porque no puedo esperar. No puedo dar ni un paso más.

La tumbo. Me coloco sobre ella.

Y nos desnudamos entre besos desesperados. Entre caricias que no pueden esperar. Entre palabras que llevamos semanas guardando.

—Te amo —murmuro contra su cuello—. Joder, Skylar. Te amo tanto.

—Yo también. —Sus manos recorren mi espalda. Aferrándose—. Yo también te amo. Nunca dejé de hacerlo.

—Lo siento. —Beso su mandíbula. Su cuello—. Siento haberte alejado. Siento haberte hecho daño.

—No importa. —Me atrae hacia ella—. Nada de eso importa ahora.

—Sí importa. Pero voy a pasar el resto de mi vida compensándotelo.

—¿El resto de tu vida?

—El resto de mi vida. —La miro directamente—. Porque no te voy a dejar ir, Skylar. Nunca más.

Y entonces me hundo dentro de ella.

Y es diferente.

Porque ahora no hay secretos. No hay mentiras. No hay miedo.

Solo amor.

Nos movemos juntos. Despacio. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Porque ahora lo tenemos.

—Mía —murmuro contra su boca—. Eres mía.

—Tuya. —Jadea—. Siempre he sido tuya.

Y cuando nos corremos. Cuando gritamos los nombres del otro. Cuando nos dejamos caer completamente saciados.

La sostengo contra mí.

Con el corazón latiendo tan fuerte que ella debe sentirlo.

—No te vayas —susurro contra su pelo—. Por favor. No te vayas nunca.

—No me voy a ir. —Se acurruca más contra mí—. No me voy a ir a ninguna parte.

Y por primera vez en nueve años me permito creer que merezco esto.

Que la merezco a ella.

A Emma.

A esta familia que tanto deseaba y que pensé que nunca tendría.

Y que nadie —absolutamente nadie— va a quitarme.

CAPÍTULO 30

SKYLAR

—Hoy es un día muy importante, señorita Emma Rose Hawke.

Emma me mira desde su trona con esos ojitos grandes y curiosos. Como si supiera que algo especial está a punto de pasar.

Hoy Emma va a probar su primer puré.

Su primera comida sólida.

Bueno, semi-sólida.

Pero es un hito enorme de todas formas.

Un paso más hacia dejar de ser un bebé. Hacia convertirse en una niña.

Y aunque una parte de mí quiere que siga siendo pequeña para siempre, otra parte está emocionada por ver cada paso que da.

Cada logro.

Cada momento nuevo.

—¿Estás preparada? —pregunta Ronan desde la cocina.

—Más que preparada. ¿Tú?

—Nací preparado.

—Mentiroso. Anoche estuviste una hora leyendo sobre cómo introducir sólidos.

—Era investigación necesaria.

—Era obsesión.

—Es lo mismo.

Sale de la cocina con el potito de puré de manzana en una mano y una cuchara diminuta en la otra. Tiene una expresión de concentración absoluta.

Como si estuviera a punto de realizar una cirugía en lugar de darle de comer a un bebé.

—Ronan. —No puedo evitar sonreír—. Respira.

—Estoy respirando.

—Apenas.

—Esto es importante.

—Lo sé. —Me levanto. Me acerco a él—. Pero va a salir bien. Emma está lista. Nosotros estamos listos.

Me mira. Y algo en su expresión se suaviza.

—¿Cómo haces eso?

—¿El qué?

—Hacer que todo parezca fácil. Posible.

—Porque lo es. —Me pongo de puntillas. Le beso—. Y porque estamos juntos. Podemos con todo.

—Juntos —repite, como si le gustara cómo suena.

—Juntos.

Nos sentamos uno a cada lado de Emma. Ronan con el potito. Yo con toallitas extra porque algo me dice que las vamos a necesitar.

—Vale, preciosa. —Ronan destapa el potito—. Mira qué te hemos traído.

Emma mira el potito. Luego a Ronan. Luego a mí.

Y sonríe.

Esa sonrisa enorme que derrite corazones.

—Eso es. —Ronan llena la cuchara—. Manzana. Rica. Dulce. Te va a encantar.

Acerca la cuchara a la boca de Emma.

Despacio. Con ese cuidado exagerado que usa para todo lo que tiene que ver con ella.

Y Emma abre la boca.

Solo un poco. Pero lo suficiente.

Ronan desliza la cuchara dentro. Emma cierra los labios alrededor.

Y esperamos.

Los tres conteniendo la respiración.

Emma procesa el sabor nuevo. Mueve la lengua. Frunce el ceño.

Y entonces escupe.

No todo. Pero suficiente para que le caiga por la barbilla.

—Ah. —Ronan coge una toallita—. Supongo que necesita acostumbrarse.

—O quizás no le gusta.

—Le va a gustar. Solo necesita una estrategia diferente.

—¿Estrategia?

—Sí. Observa.

Llena la cuchara otra vez. Pero esta vez hace ruidos. Muecas. Como si el puré fuera lo más delicioso del mundo.

—Mmm. Manzana. Tan rica. Papá quiere un poco también.

Emma lo mira. Fascinada por las caras ridículas que está haciendo.

Y cuando Ronan acerca la cuchara Emma abre la boca.

Sin dudar esta vez.

Y traga.

—¡Muy bien! —Ronan prácticamente grita—. ¡Lo has hecho!

Emma se ríe. Con esos gritos agudos de felicidad.

Ronan vuelve a llenar la cuchara.

Y entonces Emma, en vez de abrir la boca, golpea la cuchara.

Con sus dos manitas. Antes de que Ronan pueda reaccionar.

El puré sale disparado.

Por todas partes.

En su cara. En su pelo. En la bandeja de la trona.

Y sobre nosotros.

Un trozo aterriza en la mejilla de Ronan.

Otro en mi frente.

Nos quedamos paralizados durante un segundo.

Mirándonos con puré goteando por nuestras caras.

Y entonces nos echamos a reír.

Los dos al mismo tiempo.

Tan fuerte que Emma nos mira como si nos hubiéramos vuelto locos.

—Bueno. —Ronan se limpia la cara—. Al menos está comiendo.

—Está decorándonos es lo que está haciendo.

—Detalles.

Emma, viendo que tiene nuestra atención completa, mete la mano en el potito esta vez.

Más puré sale volando.

Esta vez a mi pelo.

—¡Emma Rose! —Pero estoy riendo—. Pequeña salvaje.

Ronan intenta quitarle el potito. Emma protesta. Agitando los brazos.

Más puré volando.

A la pared. Al suelo. A la ventana.

—Joder —murmura Ronan—. ¿Cómo puede una persona tan pequeña hacer tanto desastre?

—Es tu hija. —Limpio puré de la trona—. Tiene tus genes poderosos. No va a haber quién la pare.

Finalmente conseguimos que Emma coma. De verdad. Más o menos la mitad del potito entra en su boca. El resto decora la sala como si fuera una bomba de puré.

Pero no nos importa.

Porque Emma lo ha hecho.

Ha probado su primer puré.

Y aunque ha sido un caos absoluto.

También ha sido perfecto.

—Misión cumplida —digo cuando Emma finalmente niega con la cabeza, indicando que ha terminado.

—Más o menos. —Ronan mira alrededor—. Aunque ahora tenemos que limpiar esto.

—Después. Primero a Emma.

La sacamos de la trona. Está cubierta de puré de pies a cabeza.

—Sí. Necesita un baño urgente —anuncia Ronan.

—Muy urgente.

La llevamos al baño. La metemos en su bañerita. Y le quitamos el puré del pelo, de las orejas, de sitios donde ni siquiera entiendo cómo ha llegado.

Emma chapotea. Feliz. Como si no acabara de convertir la sala en una zona de desastre.

—¿Sabes qué? —dice Ronan de repente.

—¿Qué?

—Me encanta esto.

—¿El caos? —bromeo.

—Sí. —Me mira—. El caos. Los purés volando. Las risas. Todo.

—Eres raro.

—Puede. —Sonríe—. Pero es que esto es una familia. Real. Y nunca pensé que la tendría.

Algo en mi pecho se llena tanto que duele.

—Pues la tienes.

—La tengo. —Me coge la mano libre—. Gracias a ti.

Nos miramos por encima de Emma. Que sigue chapoteando. Ajena a la intensidad del momento.

—Te amo —dice.

—Yo también te amo.

Y es verdad.

Lo amo con cada parte de mí.

Con cada respiración.

Con cada latido.

Terminamos de bañar a Emma. La secamos. Le ponemos el pijama más suave que tenemos.

Y luego jugamos con ella hasta que se hace de noche.

Y cuando Ronan la acuna contra su pecho para darle el biberón de la noche.

Cuando Emma cierra los ojitos, completamente exhausta del día.

Me quedo ahí de pie.

Mirándolos.

A mi familia.

Y me doy cuenta de algo.

Soy feliz.

Completamente. Absolutamente. Imposiblemente feliz.

De una forma que nunca pensé que sería posible.

Ronan levanta la vista. Me encuentra mirándolos.

—¿Qué?

—Nada. Solo… os amo. A los dos.

Algo en sus ojos se suaviza.

—Nosotros también te amamos.

Emma termina el biberón. Ronan la lleva a su cuna. La acuesta con ese cuidado infinito.

—Buenas noches, pequeña —le susurra—. Hoy has sido muy valiente probando cosas nuevas.

Le besa la frente. Y sale de la habitación conmigo.

Cerramos la puerta con cuidado.

Y nos quedamos en el pasillo.

Mirándonos.

—Ahora nosotros necesitamos un baño —digo—. Seguimos con puré por todas partes.

—Sí. Tenemos puré en sitios muy interesantes.

—¿Interesantes?

—Muy interesantes. —Da un paso hacia mí—. Voy a tener que quitártelo todo para asegurarme de que estás completamente limpia.

El calor se expande por mi vientre.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es mi deber.

—Qué responsable.

—Siempre lo soy.

Me besa. Y puedo sentir la sonrisa en sus labios.

Me guía hacia nuestra habitación. Cierra la puerta detrás de nosotros.

Y entonces su expresión cambia.

Se vuelve más seria. Más intensa.

—Skylar.

—¿Sí?

—Quiero preguntarte algo.

El corazón se me acelera.

—Pregunta.

—¿Sigues tomando las pastillas anticonceptivas?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Yo. Sí. ¿Por qué?

—Porque quiero que las dejes.

El aire se me queda atascado en los pulmones.

—¿Qué?

—Quiero que tengamos más hijos. —Se acerca—. Quiero que Emma tenga hermanos. Quiero ver cómo creces con mi bebé dentro.

—Ronan —jadeo.

—Sé que es pronto. Sé que Emma todavía es pequeña. —Sus manos encuentran mi cintura—. Pero no puedo esperar, Skylar. No puedo esperar para tener todo contigo.

—¿Todo?

—Sí. Más hijos. Matrimonio. —Traga saliva—. Una vida entera juntos.

Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Sí. —Y hay vulnerabilidad en su voz—. Ya sé que no tengo anillo. Que esto no es romántico. Que deberíamos estar en un restaurante elegante o…

—Ronan.

—¿Sí?

—Cállate y bésame.

Él sonríe. Esa sonrisa que reserva solo para mí.

Y me besa.

Profundo. Intenso. Lleno de promesas.

—¿Eso es un sí? —murmura contra mis labios.

—Es un sí a todo. A más hijos. Al matrimonio. A la vida entera.

—Joder. —Me aprieta contra él—. Te amo tanto.

—Yo también.

Y entonces me levanta. Me lleva a la cama.

Y me desviste despacio. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Besando cada centímetro de piel que queda expuesto.

—Vas a estar preciosa embarazada —murmura contra mi estómago—. Redonda. Brillante.

—Ronan.

—Quiero verlo. —Sube besándome—. Quiero estar ahí en cada momento. En cada ecografía. En cada patada.

—Lo estarás. Te lo prometo.

—¿Sí? ¿Vas a dejar las pastillas?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Por qué no hoy?

—Porque ya me las he tomado esta mañana.

—Bien. —Me besa—. Entonces mañana. Y luego empezamos a intentarlo.

—¿A intentarlo?

—Sí. —Sus manos recorren mi cuerpo—. Mucho. Constantemente. Hasta que funcione.

Y puedo sentir su erección presionándose contra mi muslo.

Dura. Gruesa. Lista.

—Creo que estás muy motivado con este plan.

—Completamente motivado. —Se quita la camiseta—. ¿Tú no?

—Yo también.

Él sonríe. Y termina de desnudarse.

Y cuando está completamente desnudo frente a mí.

Cuando puedo ver cada músculo. Cada línea de ese cuerpo que conozco tan bien pero que todavía me deja sin aliento.

—Ven aquí —susurro.

Se sube a la cama. Se coloca sobre mí.

Y me besa como si fuera lo único que necesita en el mundo.

Sus manos están por todas partes. Acariciando. Explorando. Despertando cada terminación nerviosa.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —murmura contra mi cuello.

—¿Qué?

—Voy a hacerte el amor. —Baja besándome—. Despacio. Hasta que supliques.

—Ronan.

—Y luego… —Sus dedos rozan entre mis piernas—. Luego voy a llenarte. Como he hecho todas estas semanas. Pero esta vez.

—¿Esta vez qué?

—Esta vez va a quedarse. —Me mira directamente—. Esta vez va a crecer dentro de ti. Nuestro bebé.

El corazón se me dispara.

—Puede que tarde meses.

—No me importa. —Sus dedos se deslizan dentro de mí—. Voy a disfrutar cada intento.

Y entonces me demuestra exactamente lo que quiere decir.

Me toca hasta que estoy jadeando. Suplicando. Completamente deshecha.

Y solo entonces.

Solo cuando estoy al borde.

Se coloca entre mis piernas.

—¿Lista? —pregunta.

—Sí. Dios, sí.

Y se hunde dentro de mí.

Profundo. Lento. Llenándome completamente.

—Joder —gruñe—. Siempre se siente como la primera vez.

—Lo sé.

Se mueve. Encontrando ese ritmo perfecto que hace que vea estrellas.

Y mientras lo hace, mientras nos movemos juntos con esa sincronía que solo viene del amor.

Me susurra al oído.

—Voy a llenarte. —Su voz es oscura. Posesiva—. Hasta que mi hijo crezca dentro de ti. Hasta que todo el mundo pueda ver que eres mía.

—Ya soy tuya.

—Lo sé. Pero quiero que sea obvio. —Da una embestida particularmente profunda—. Quiero verte redonda. Brillante. Llevando a nuestro bebé.

—Ronan. Voy a…

—Córrete. —Su mano se desliza entre nosotros. Encuentra mi clítoris—. Córrete en mi polla.

Y obedezco.

Me corro con tanta fuerza que grito su nombre.

Y él me sigue. Enterrándose completamente. Llenándome como prometió.

Nos dejamos caer. Exhaustos. Saciados.

Con las respiraciones entrecortadas y los cuerpos todavía temblando.

—Te amo —murmura contra mi pelo.

—Yo también te amo.

Nos quedamos así. Enredados. Con la ciudad brillando al otro lado de las ventanas.

Con nuestra hija durmiendo en la habitación de al lado.

Con nuestro futuro extendiéndose delante de nosotros como algo infinito.

—¿Skylar?

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por esto. Por darme una familia. Por enseñarme que puedo ser más que oscuridad. —Me besa el hombro—. Por resucitar mi corazón.

Me giro entre sus brazos para poder mirarlo.

—No tienes que darlas. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—A mí también.

Nos besamos. Suave. Dulce.

Y me acurruco contra su pecho.

Escuchando el latido constante de su corazón.

Ese corazón que creía muerto y que ahora late por mí.

Por Emma.

Por esta familia que construimos juntos.

—Ronan.

—¿Sí?

—Vamos a ser felices. ¿Verdad?

—Vamos a ser tan felices que va a ser ridículo.

Me río.

—Bien.

—Bien.

Y nos abrazamos así hasta que nos quedamos dormidos.

En nuestra cama.

En nuestra casa.

En nuestra vida.

Que finalmente es perfecta.

EPÍLOGO

DAKOTA

Esto es una locura.

Una completa y absoluta locura.

Me miro en el espejo del vestidor de mi apartamento. Llevo más de una hora aquí. Cambiándome. Probándome cosas. Quitándomelas.

Intentando decidir qué se pone una mujer de cuarenta años para una cita con un hombre de veinticinco que probablemente está jugando con ella.

O riéndose de ella.

O ambas cosas.

El vestido que finalmente he elegido es negro. Ajustado. Con un escote que enseña más de lo que he enseñado en años. Me llega a medio muslo. Es mucho más corto de lo que uso normalmente.

Pero no es el vestido lo que me tiene el estómago cerrado como un puño.

Es lo que llevo debajo.

Lencería roja. De encaje. Con liguero y medias.

Me lo he comprado esta tarde. En una boutique carísima donde la dependienta me miró como si supiera exactamente para qué lo quería.

Para seducir.

Para sentirme sexy.

No he llevado nada así en mi vida.

Con mi exmarido Marcus el sexo era funcional. Ropa interior de algodón. Sujetadores prácticos. Nada de encaje. Nada de ligueros. Nada que dijera *deséame*.

Porque él nunca me deseó así.

Ni yo a él.

Me tocaba como si fuera una obligación. Como si mi cuerpo fuera algo familiar y aburrido que tenía que soportar de vez en cuando.

Y yo fingía los orgasmos. ¿No es lo que hacemos todas?

Y ahora…

Ahora llevo lencería roja para un hombre al que le saco quince años.

Que probablemente se está riendo de mí en este momento.

Que probablemente está con sus amigos preparando la broma del siglo.

«Mirad. Vamos a ver si la vieja pica. Si de verdad viene.»

El pensamiento hace que algo en mi pecho se contraiga dolorosamente.

Debería quitarme esto. Ponerme unos vaqueros y quedarme en casa. Fingir que esta tarde en mi despacho no pasó nada.

Que Oliver Hawke no se acercó tanto a mí que pude sentir el calor de su cuerpo. Que no me susurró al oído cosas que hicieron que se me olvidara respirar. Que no vi cómo su erección crecía contra la tela de sus pantalones mientras me miraba como si quisiera devorarme.

Que no me dio la dirección de un hotel.

Y una hora.

Las nueve de la noche.

«Ven. Si te atreves.»

Esas fueron sus palabras exactas.

Un desafío. Una promesa. Una trampa.

Probablemente las tres cosas.

Me paso las manos por el vestido. Alisándolo, aunque no necesita alisarse.

Las manos me tiemblan.

Ligeramente. Pero está ahí.

Porque tengo miedo.

Miedo de estar siendo ridícula. De que cuando llegue al hotel, Oliver esté ahí con una cámara. O con testigos. O simplemente no esté.

Miedo de que si está solo. Cuando me vea. Cuando vea mi cuerpo de cuarenta años sin la ropa cara que lo disimula, se arrepienta.

Miedo de que esa erección que vi esta mañana en mi despacho no tuviera nada que ver conmigo. Que fuera solo su cuerpo reaccionando a la proximidad. A la discusión. Al hecho de que soy una mujer y él un hombre joven con hormonas.

Nada personal.

Nada real.

Respiro hondo. Me obligo a mirarme al espejo.

El vestido me queda bien. Me ajusta en los sitios correctos. Hace que mis piernas parezcan más largas con estos tacones de aguja.

Pero debajo...

Debajo está el cuerpo de una mujer de cuarenta años.

Con estrías en el estómago de llevar a Christopher. Con pechos que ya no están tan firmes como a los veinte. Con piel que ninguna crema puede hacer parecer de veinticinco otra vez.

¿Y si se decepciona?

¿Y si me mira y ve exactamente lo que Marcus veía? Una mujer que se ha hecho mayor. Poco interesante.

Mi móvil vibra sobre la cama sacándome de mi bucle de pensamientos.

Es el Uber. Me está esperando abajo.

Porque lo he pedido. Hace diez minutos. Cuando todavía creía que tenía el valor de hacer esto.

Puedo cancelarlo.

Debería cancelarlo.

Quedarme aquí. En mi apartamento seguro. Donde nadie puede verme hacer el ridículo.

Pero entonces pienso en la forma en que Oliver me miró esta tarde.

Con esos ojos oscuros llenos de hambre.

Con esa intensidad que hizo que me olvidara de mi nombre.

Y pienso: más me vale pasar vergüenza que no descubrir nunca si es verdad.

Si Oliver realmente se siente atraído por mí.

O si solo ha estado jugando conmigo todo este tiempo.

Cojo el bolso. Las llaves. El abrigo.

Y salgo antes de que pueda cambiar de opinión.

El trayecto en Uber dura veinte minutos.

Veinte minutos en los que me planteo decirle al conductor que dé la vuelta aproximadamente cincuenta veces.

Pero no lo hago.

Solo miro por la ventanilla. Viendo Manhattan pasar. Las luces. La gente. La vida sucediendo fuera mientras yo voy de camino a lo que probablemente sea la humillación más grande de mi vida.

O a algo más.

Algo que llevo veinte años sin tener.

Deseo.

Real. Crudo. Del tipo que te hace olvidarte de tu nombre.

El coche se detiene frente al hotel.

No cualquier hotel.

El Baccarat. Uno de los más exclusivos de Nueva York.

Por supuesto.

Por supuesto que Oliver Hawke elegiría un sitio así.

Salgo del coche con las piernas que apenas me sostienen. Los tacones suenan demasiado fuerte contra la acera.

El portero me abre la puerta con una sonrisa profesional.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches.

Entro. Y el vestíbulo es impresionante.

Elegante. Lujoso. Con suelos de mármol y arañas de cristal que proyectan luz en mil direcciones.

Y hay gente. Mucha gente.

Vestida como yo. O mejor. Moviéndose con esa confianza que solo tienen los que pertenecen a sitios como este.

Camino hacia el bar que Oliver mencionó. El que está en el piso superior.

Subo las escaleras. Cada paso me acerca más a algo que no sé si quiero descubrir.

Llego al bar.

Y es precioso. Todo madera oscura y luz tenue. Música jazz de fondo. El murmullo de conversaciones elegantes.

Miro alrededor.

Buscándolo.

Pero no lo veo.

Oliver no está aquí.

El estómago se me cae a los pies.

Joder.

Sabía que esto era una mala idea. Sabía que no debería haber venido.

¿En qué estaba pensando?

Me giro. Lista para salir de aquí antes de que alguien me vea. Antes de tener que admitir que he venido a una cita inexistente con un hombre al que le saco quince años.

Y entonces…

Entonces alguien se acerca por detrás.

Tan cerca que puedo sentir su calor.

Un cuerpo. Alto. Sólido. Presionándose contra mi espalda sin llegar a tocarme.

Pero lo suficientemente cerca para que pueda sentir cada centímetro.

Los músculos. La altura. La presencia.

Y el olor.

Bleu de Chanel. Mezclado con algo más masculino. Más oscuro.

Oliver.

Incluso antes de que hable, sé que es él.

Se inclina. Coloca su boca junto a mi oído.

Y susurra algo que hace que me olvide de respirar.

—Buena chica, Dakota. No te vas a arrepentir de haber venido.

FIN

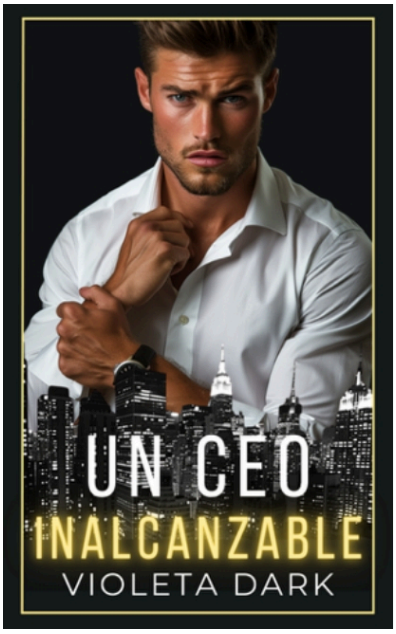
¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

¿QUIERES CONOCER LA HISTORIA DE OLIVER?



AGE GAP (ELLA 40 ÉL 25) + ÉL CAE PRIMERO Y MÁS FUERTE + PROXIMIDAD FORZADA

Algunos hombres conquistan con flores… otros enseñándote placeres que ni siquiera sabías que existían.

DAKOTA

A mis cuarenta años, finalmente me he librado del matrimonio que me robó veinte años de vida.

De un marido que me hizo sentir invisible. Poco sexy. Demasiado vieja.

Ahora dirijo la revista de moda más influyente de Nueva York. Tengo éxito, independencia y control absoluto de mi vida.

Hasta que mi ex vende su participación del treinta por ciento a Hawke Capital.

Y aparece él.

Oliver Hawke. Veinticinco años. El hermano menor de la dinastía más poderosa de Wall Street.

Un crío que viene a decirme cómo llevar MI empresa.

El problema es que ese crío tiene cuerpo de hombre, trajes que se le ajustan de forma obscena, y una mirada que me desnuda cada vez que entra en mi despacho.

Y desde el primer día... se me insinúa.

Debe ser una estrategia para descolocarme. Porque ¿qué querría un hombre de veinticinco años con una mujer de cuarenta?

Excepto que cuando me mira, no veo juegos.

Veo hambre.

OLIVER

Llevo toda la vida siendo «el hermano pequeño».

El niño de la familia Hawke. El que todos protegen. El que nadie toma en serio.

Hasta que la veo.

Dakota Relish. Cuarenta años. Recién divorciada.

Y la mujer más sexy que he visto en mi vida.

No a pesar de su edad. Sino por ella.

El problema es que me mira como si fuera un crío jugando a ser un hombre de negocios.

Pero no soy un crío.

Y voy a demostrárselo.

Porque tengo gustos... particulares. Fantasías que nunca he compartido con nadie.

Y Dakota es la primera mujer a la que quiero enseñárselas.

Voy a seducirla. Paso a paso. Hasta que admita que esto no tiene nada que ver con la edad.

Y todo que ver con química pura.

Dakota cree que soy demasiado joven. Que esto es un capricho.

Va a aprender que cuando un Hawke quiere algo, no para hasta conseguirlo.

Y yo la quiero a ella.

En mi cama. En mi vida. Rindiéndose a mí de formas que la asustan y la excitan a partes iguales.

Porque algunos hombres conquistan con flores.

Yo voy a conquistarla enseñándole placeres que ni siquiera sabía que existían.

«Un CEO Inalcanzable» es el libro 4 de la serie Los Halcones de Wall Street, donde cinco hermanos que lo perdieron todo construyeron un imperio... y están a punto de caer. Una historia independiente con final feliz garantizado

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas combinan romance, suspense y emoción,

garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark
Página web: https://violetadark.com
